



Ficción Científica

Red Social de literatura de ciencia ficción,
comunidad de lectores y comentarios de libros



Imagen de **Alejandro Di Marco**.

Lusus Naturæ (latín): capricho de la naturaleza; criatura deforme o extrañamente marcada; monstruosidad; bicho raro.

A mis amigos: Guillermo, Olga, Héctor, Miguel Ángel, Omar, Roxana, Inés S. e Inés G., Paula, Jorge, Marcelo (Lex), Facundo, Federico, Rolando (Rolcon), Andrea, Bernardo, Sandra, Eva, Cristina, Elías, Verónica, Jonathan (Jhon), Pedro y Lawrence; incondicionales ayudas en el camino... desde hace mucho y desde hace poco, quienes son capaces de ver belleza donde otros sólo verían "bichos raros".

Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visita <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.

"--¡Así que eso es! --dijo Carmody--. La economía de la Diosa,
o de la Naturaleza, o de Lo-que-ustedes-quieran. ¿Para qué crear un
bebé cuando se tiene uno a mano?"

Philip José Farmer, Noche de Luz

ABA

--Té de vainilla --dijo con un gesto displicente--. De seguro que no siempre es recomendable, pero ante la tercera lunación... Ya me entiendes.

La nube de vapor se disipó sobre sus cabezas. Sólo la deidad sabía qué entendería Simeón por "vainilla".

--¡Oh, no, no! --continuó éste-- Por favor, no me malentiendas, Chaske. Lo que quiero decir es...

El cuchillo de obsidiana penetró tres milímetros bajo la piel grisácea de su cuello, tocó cartílago y punzó un poco más; obligándolo así a interrumpir su exposición.

--¿Crees que soy ignorante? --gritó su interlocutor-- ¿Supones que no conozco La Lengua? Mi nombre no es Chaske. Eso no es un nombre.

Ignorando el dolor y la sangre biliosa que le escurría desde el sitio donde el cuchillo aún continuaba enterrado, Simeón giró su largo cuello de cisne pelado, y agregó con voz todavía más irónica:

--Pero, ¿entonces cómo te llamo?, niño.

La inmensa mole de pelo-plumón y músculos se lanzó con un grito de furia sobre el delicado ser; movió el cuchillo hacia un costado, abriendo una ancha herida, y lo enterró en alguna parte de esa pequeña cabeza. Pero ya era tarde, los cuatro dedos de Simeón estaban dentro del tórax de su agresor y habían alcanzado aquello que Chaske tenía

por corazón, estrujándolo.

Cuando el inmenso ser cayó al suelo, Simeón se detuvo a contemplar la pequeña bola roja que yacía a su lado. La recogió y sonrió a su extraño modo.

--Bueno --dijo a nadie--, ya me volverá a crecer.

Como si fuera un guijarro, arrojó el ojo hacia la estrella y se quedó mirándola en silencio, mientras la sangre amarillenta se le coagulaba lentamente en el cuello.

El púlsar giraba a una atormentadora velocidad, como un faro enloquecido, lanzando luz y rayos gamma por sus polos, consumiéndolo todo a su alrededor. Simeón lo contemplaba extasiado: lo odiaba y lo amaba. La pulsación era de unos casi perfectos 343,43434343434 veces por segundo.

De alguna manera se las había ingeniado, en plena lucha, para salvar un poco de eso que él llamaba "té de vainilla". Recogió el cuenco y bebió un sorbo: ya estaba frío, había perdido todo su sabor.

Miró de reojo el cuerpo inerte de Chaske y arrojó el té sobre él.

--Claro que conoces La Lengua, hijo --le habló al cuerpo muerto--. Todos lo hacen, aunque no lo quieran.

Luego de suspirar, entró en la plataforma, y se sentó; esperando pacientemente a que Chaske volviese a entrar por la escotilla.

La vida y la muerte eran muy diferentes para ellos dos, así como lo era el púlsar que Chaske adoraba como a un dios, así como lo eran

sus sentimientos.

Chaske era su obra: una pocas migajas de ADN neanderthal injertadas en una base alienígena. En definitiva, un hijo; un algo para Simeón. La mezcla entre lo que pudo ser y lo que ahora era.

Para pasar el tiempo se dedicó a observar detenidamente su propia mano. Sus cuatro dedos, duros como el metal. Él también poseía un cuerpo gráfico. O, lo que era lo mismo, la forma que había elegido la humanidad para trascender su muerte como especie. Una mezcla de seres, un grifo genético que tenía un poco de cada cosa viviente hallada en el espacio.

El resultado era un humanoide que resembleda muy lejanamente a los hombres originales, con quienes mantenían un aire exótico de semejanza.

Se pasó la mano por la cabeza.

--Algunos dicen que es un gesto antiguo, de cuando los humanos teníamos forma simiesca y pelo en el cuerpo.

Simeón alzó la vista ante la voz de su hijo.

Chaske entro cojeando. Llevaba una mano sobre el pecho aún abierto, con la otra arrojó el cuchillo de obsidiana en la mesa, frente a su padre.

--Esa pierna nunca quedó bien del todo --dijo Simeón, mientras recogía el cuchillo y lo limpiaba de su propia sangre.

--No, no eres perfecto.

--Interesante, tú cojeas y el imperfecto soy yo.

--Sí --comentó el hijo, clavando sus ojos en el padre--, es muy interesante que lo hayas comprendido.

Simeón miró a Chaske con intriga. A veces, conversar con él era como hablar frente a un espejo; un raro espejo deformante hecho de plumas peludas, grises y sucias.

El monstruoso neanderthaloide ocupó su puesto al otro lado de la mesa, agachó la cabeza y murmuró algo. Simeón sabía que le estaba rezando al púlsar, agradeciéndole la oportunidad de haber muerto una vez más bajo su luz.

--¿De verdad no quieres un té de vainilla? --le comentó su padre alegremente mientras se servía una nueva taza de la infusión.

Chaske alzó sus ojos pequeños y brillantes, dos uvas moradas en medio de una mata de plumón peludo; y se quedó mirándolo durante un largo rato. Finalmente, sonrió.

--Sabes que prefiero el aguardiente de menta --respondió con un potente susurro.

--Y ésa es, sin lugar a dudas, una decisión muy tonta --argumentó Simeón, animadamente--. Son incomparables los efectos de la vanilla planifolia, "ixtlilxochitl", la "flor negra" según La Lengua; frente a una vulgar mentha piperita. ¡Por la deidad! La vainilla es una orquídea y la menta sólo es... ¡hierba!

La risa gutural de Chaske resonó en toda la plataforma. Sus acordes casi infrasonoros mecieron aún más el vehículo que flotaba sobre el negro y lento mar de aceite.

--Ya no hay plantas, padre --replicó con suavidad Chaske--. No hay vegetales, ni vainillas, ni mentas, ni robles, ni álamos, ni ortigas. Nada. Sólo La Lengua las recuerda; nosotros jamás las vimos. Eso que bebemos no es nada de nada. Es simplemente sintético.

El rostro de Simeón pareció ensombrecerse por un instante, pero pronto recobró su habitual altivez:

--Nada en lo sintético es simple. Al fin y al cabo, nosotros somos sintéticos. Recuerda la primera ley: "La Naturaleza es una matriz desnuda, pero el hombre es un artista".

--¿Y de quién aprendió el hombre su arte? --terció Chaske, ansioso de enfrascarse en otra larga discusión.

--Eso no se aprende --dijo Simeón con un ademán apático de su mano--, se nace con el don para...

La comprensión del error ruborizó a Simeón e impidió que terminara su propia frase. Un alarido de vergüenza brotó de su larga y delgada garganta. ¡Atrapado en su propio juego!

Chaske entendía que explicar la obvia conclusión sería una ofensa terrible para su padre, y la verdad es que ya no deseaba verter más sangre por hoy. Otro día tal vez sí: otro día para discutir si el nacer es un hábito natural o una costumbre artística.

Sonrió en su mente (pues hacerlo en su boca hubiese sido de muy mal gusto). ¿Acaso él mismo, Chaske, no era una obra de la genética-gráfica de su padre? ¿Y hasta qué punto engendrarlo no había sido una "costumbre natural" y un "hábito artístico" al mismo tiempo?

Nada que fuese natural agradaba a Simeón, y él se hallaba ante la paradójica perspectiva de considerarse a sí mismo un hijo de la naturaleza artificiosa de su padre. Sin embargo, obvió el comentario, pues nada que fuese artificial era de su agrado.

Simeón sorbió el té con lentitud. Ese brebaje sintético era como sangre para sus venas. Luego miró a su hijo y respondió a una pregunta inexistente:

--Porque sí.

Chaske salió del ensimismamiento en el que se hallaba, y fijó sus ojos morados en él.

--Digo: porque sí --aclaró el ser de cuello largo y delgado--. Y signífico: eso es por lo que existimos. ¿No estabas pensando en eso? ¿No piensan en eso todos los místicos?

--Y también en comer --objetó Chaske, y salió de la plataforma para regresar, al poco tiempo, con algo sanguinolento y frío en sus manos. Ofreció un poco a Simeón, quien lo rechazó. Entonces hincó sus dientes en la carne.

--Haces eso porque sabes que lo detesto.

--No --dijo Chaske, secándose la sangre de la barbilla--, lo hago porque sabe bien. ¡Vamos, padre, el universo no gira en torno tuyo!

--Tal vez, tal vez.

El contrapunto de las fuertes risotadas del neanderthaloide y la tibia risa de su creador, se acopló al lento ulular de las máquinas.

Y luego sobrevino el silencio, un largo silencio que duró toda la noche y toda la mañana siguiente.

* * *

En pleno día, el púlsar era visible a través del cielo verdoso. Una rareza única debida a su disco de acreción, es decir, al gas y la roca que lo rodeaban, y resultaban iluminados por él.

La burbuja de atmósfera que resguardaba la plataforma, le daba un halo azulino al aire contenido en su interior. Simeón y Chaske se afanaban en sus aparatos mientras la nave oscilaba quedamente en el mar de aceite; una inmensidad negra y viscosa que se extendía hasta el horizonte.

Pielago, la diminuta y blanca estrella del sistema, era una F3 V según la ABA, la "Antigua Biblia Astronómica". Una estrella promedio muy débil como para interferir en las lecturas del púlsar.

Desde el quinto planeta que la orbitaba, los chorros de energía eran perfectamente visibles, lo que convertía a este mundo en un emplazamiento ideal para su observación --además del hecho de que los códigos oraculares lo habían predicho como "el sitio de la lectura"--. También era un lugar seguro y tranquilo, sin población alguna. Las plantas aulladoras que nadaban bajo el aceite no constituían más que una tibia amenaza para el vehículo, unas sirenas lerdas que apenas si rasguñaban el blindaje del casco y que, a cambio,

le ofrecían alimento a la plataforma y una triste y suave elegía a su tripulación.

Simeón se hallaba bajo el plato del radiotelescopio. El púlsar --justo en el cenit-- y sus chorros de energía, barrían la superficie de lectura del aparato con tal intensidad, que los lectores crujían bajo el peso de la información.

--Rango de emisión... desde ondas de radio hasta rayos gamma. Específicamente, de los 3,4 milímetros a los 3 picómetros, hijo.

Chaske estaba parado en medio de la plataforma con su rostro cubierto por el ondrión, su particular máscara-lectora sacra, a la que él llamaba Dagda, y con la que lograba visualizar las interpretaciones proféticas de la ABA.

--"El alma del mundo se estrella en sus fauces" --citó con la voz distorsionada por la máscara--, es el verso 34 del Nuevo Tonalpohualli-Tzolkin. La lectura se corresponde con la figura del conejo que huye, según la ABA.

Simeón dejó de mirar las líneas glíficas que trazaban las agujas, para mirar a su hijo. El uso augur de la ABA le parecía obsceno, pero no podía ignorar que la ABA era tanto un compendio de ciencia antigua como un libro religioso.

--La ciencia y la religión, por mucho que te pese --se dijo Simeón a sí mismo--, siempre han ido de la mano en la humanidad...

Podía imaginar a Chaske sonriendo dentro de su máscara ¿Por qué había pensado aquello en voz alta, exponiéndose de esa manera? Volvió

a sus lecturas y prosiguió con la traducción de la multitud de cifras que la máquina le enviaba:

--Su diámetro es de unos 34 kilómetros. Humm, demasiado pequeña quizás.

--No lo creo padre, espera un segundo... La visión se está formando ante mis ojos. Es Ozomatli-Chuen, el mono. Sin dudas, el verso 243: "La sabiduría del gran artista y el sol protector".

»Dame unos momentos, el ondrión está empezando a inquietarse. Son demasiadas coincidencias numéricas.

Chaske comenzó a murmurarle un canto apaciguador a su máscara. Simeón había visto unas pocas veces las imágenes que se formaban en el córtex visual de su hijo. Una mezcla del herético I King y las no menos profanas cartas del Exotarot hubiesen dado una aproximación bastante certera a lo que había contemplado allí. Y así se lo había dicho a Chaske. Pero su hijo le había reprendido violentamente ante tal comparación, rebanándole una oreja en represalia por semejante blasfemia.

Chaske continuaba cantando. Su rostro parecía un jaguar de jade iridiscente bajo la máscara que ostentaba una enorme lengua colgante y unos ojos saltones. Cuando por fin se detuvo, Simeón supo que era hora de seguir enviándole datos:

--Masa de 3×10^{30} kg. Si no estuviese condensada sería una estrella promedio. Es muy densa. Concéntrate en eso, hijo.

--Lo haré... ¡Sí, acertaste, padre! Ésa es la clave: es el verso

complementario 1.5. ¡Por la deidad! ¡Es Oc! El Itzcuintli que La Lengua no quiere nombrar: ¡Goshe!, "El animal nunca reproducido, aquel que no puede ser copiado, el tan largamente buscado. El sol del inframundo". ¡Es el perro!, ¿entiendes lo que eso implica?

--Sí, lo entiendo, hijo mío. Hasta yo entiendo eso a la perfección. Estamos cerca de la fuente, del niño puro --las manos le temblaban. Simeón aspiró hondo y trató de controlarse, de recordarse que sólo eran coincidencias, simples juegos de probabilidades; las ensoñaciones de un oráculo de 40.000 años de antigüedad. Con lógicos pensamientos matemáticos volvió a su habitual calma y prosiguió--. Período de rotación, 343,43 veces por segundo. ¡Esta cosa no puede ser real, todo coincide en una misma sucesión numérica! --explotó en un grito de incredulidad.

--El ondrión está temblando. Es congoja santa, terror sacro. Nos estamos acercando al núcleo peligroso. El púlsar es santo, es la mano que señala, padre. No sé si podré controlar la máscara por mucho más tiempo.

Durante casi una hora, Simeón permaneció en silencio, viendo la lucha mística que su hijo sostenía con la máscara y con la propia ABA. Casi una tonelada de neanderthaloide reconcentrada en algún sitio de su propia mente, con la tensión en cada uno de sus pelos-plumas, la mano derecha empuñando el cuchillo, blandiéndolo sobre imaginarios enemigos. De pronto, todo cesó, y Chaske pronunció el nombre del vigésimo octavo verso: Chujllu.

--Chujllu --dijo con el cansancio reflejado en la distorsionada voz--, el nombre eterno. Chujllu, hijo de Mahis; el Elotl hijo de Tlayoli. Oro solar, abundancia divina.

»Aquí no hay epigrama alguno, solo silencio.

--Zea Mays, el maíz; un alimento mítico --dijo Simeón para sí mismo. Luego tradujo con voz clara la última lectura del radiotelescopio. Los glifos-números desfilaban en cantidades asombrosas ante sus ojos, pero su cerebro los descifraba al instante--. Fuerza de gravedad en superficie, creo que unas trescientas mil millones de veces la estándar.

Chaske recitó su lectura de la visión en forma simultánea con la última palabra de Simeón:

--Verso 304, Xipe, "Nuestro Señor el Desollado, el de piel de obsidiana. El Tezcatlipoca Rojo". ¡Es mi santo patrono, padre!

Simeón saboreó la respuesta con recelo. ¡Si hasta era lógica! Xipe Tótec, el maíz autosacrificial, el que se quita la piel para alimentar a su pueblo. Todo resultaba demasiado obvio: muerte y vida en un solo símbolo. La perfección. Y le había seguido al verso 28, el del maíz. Aquello no podía ser coincidencia y, sin embargo, estaba completamente seguro que Chaske jamás falsearía una visión. Entonces, ¿qué estaba sucediendo? El estupor dio paso al miedo, y el miedo a la cólera:

--¡Jamás entendí cómo sacas esas conclusiones, y menos aún cómo esperas que sirvan de algo! --gritó.

Chaske se quitó el ondrión y miró a su padre. El pequeño ser que conformaba la máscara se estremeció cuando sintió las sinapsis del neanderthaloide alejarse, y gritó débilmente. Chaske colocó una mano sobre el biomecanismo para calmar su angustia y, al mismo tiempo, preguntó a Simeón:

--¿Por qué buscas que genere una profecía, entonces? ¿Para qué me sigues si crees que esto es una locura?

Simeón respondió al instante:

--Por la extraña y remota posibilidad de su resultado. Imagina un humano puro, tal como éramos hace cuarenta mil años atrás. Antes del mito. Un humano como el que muestran las imágenes de los museos. Uno pre-evolucionado, sin ramificaciones divergentes. ¿Me comprendes, hijo? Dos manos, dos pies, una boca... Es lo que todo genetista ansía hallar, el homo originalis proveniente de la época en la que todos los integrantes de la humanidad eran iguales entre sí, sin radiación adaptativa, sin diferencias.

Chaske extendió sus manos a su padre:

--¿Así, tal como quisiste que yo fuera?

Simeón sonrió con orgullo:

--Como casi eres. ¡Ay, mi hijo! ¡Casi! Eres el fruto de todos mis genes recesivos, de lo más oscuro de unos huesos muertos hace millones de años y de lo más auténtico que pude rasguñar con mi intelecto: ¡Casi un hombre puro! Oh, Chaske querido, eres mi orgullo más grande y mi falla más estrepitosa.

Los dientes del neanderthaloide rechinaron al escuchar aquel apelativo ("chaske", "niño"), y faltó poco para que retomara el viejo pleito; pero la mirada ilusionada de su padre y el gemido de su ondrión lo contuvieron.

Los muchos años de lucha con ese hombre al que llamaba "padre" --a cuyos genes le debía la mitad de su ser, y a cuyo ingenio le adeudaba la otra--, le habían curtido el espíritu y las técnicas de ataque. Pero ahora era el tiempo de la profecía y del análisis, no de las rencillas familiares.

Colocó cuidadosamente a Dagda en su caja de mármol, le susurró un canto de sueño, una canción de cuna, y el ondrión abandonó su forma de máscara, plegó su estómago expandido y se arrolló en el fondo de la caja como una lagartija.

Entonces Chaske se sentó en el piso, cerró sus ojos, y ayunó en silencio durante tres días.

* * *

Simeón ya estaba trazando el mapa con los datos que su hijo le había entregado. Coincidían con cuatro planetas. Al parecer, cada uno aportaría algo para la búsqueda del niño humano. La ABA estaba dando su oscuro mensaje por medio de la interpretación del ondrión: bien podrían encontrarse, en los habitantes de esos mundos, los genes recesivos para recrear un humano puro. Pero, con un ojo menos luego

de su última lucha, no deseaba volver a discutir con Chaske, explicándole cómo era el aspecto científico del ABA (y no el religioso) el que lo guiaba por medio del ondrión.

Chaske, por su parte, había elaborado un sendero tan sinuoso para navegar por entre los sistemas estelares que albergaban a aquellos planetas, que Simeón intentó darle un significado racional. Trató con la serie de Fibonacci y con la proporción áurea y hasta con determinaciones fractales, pero no halló más coherencia en ese itinerario que la tibia idea de que, por ese camino, jamás perderían de vista al extraño Púlsar oracular que estaban analizado.

El derrotero estaba trazado en base a cada verso: 34 - 243 - 1.5 - 28 - 304 y relacionado en su totalidad con "la constante púlsar" --como le gustaba decirle (una manera de dominar su misterio mediante un nombre vulgar)--: 34/43. Además, Chaske había reinterpretado cada logos, cada palabra sacra del epigrama que acompañaba a los versos, para que expusiesen más claramente qué cosa debían buscar en cada número.

Aún se hallaban en Pielago I; desde ahí deberían recorrer unos doscientos años luz hasta R'li, su primera parada. Y no precisamente por el camino más directo.

--¿Qué clase de humanos hay allí? --preguntó Chaske cuando le hubo dado la información a su padre.

--De los que toman té, eso te lo aseguro. Es un mundo civilizado, tiene una colonia de la subvariante humana ABA/9. Los últimos

registros de colonización que tengo son de hace 9.000 años, pero los cálculos no describen grandes cataclismos ni frustraciones en su civilización a futuro. No creo que su tecnología haya evolucionado más allá de lo artesanal.

--¿Por qué supones eso?

--Esa cepa humana en particular no es especialmente virulenta, así que no debe haber habido mayores conflictos o guerras; con lo que tampoco el gran desarrollo tecnológico que los acompañan. A mayor belicosidad, mayor desarrollo técnico: ésa es una constante con pocas excepciones en la historia humana.

Chaske meditó aquello. Él hubiese pensado lo contrario: que era la técnica la que engendraba el deseo violento. Pero luego lo comprendió. El deseo siempre lo precede todo.

Decidió pensar en voz alta:

--¿Qué clase de deseo es éste que nos mueve a nosotros, padre?

Simeón giró su pequeña cabeza sobre el mástil de su largo cuello. Sus ojos diminutos y rojos se achicaron aún más como si intentasen distinguir algo en la lejanía. Toda su piel grisácea se arrugó mientras respondía:

--El deseo de la verdad, ¿qué otro puede ser?

Chaske decidió seguir pensando en voz alta; monologando consigo mismo a partir de las respuestas de su padre. Simeón se dio cuenta de aquello al ver los pequeños y hundidos ojos morados de su hijo, cuyas pupilas dilatadas estaban fijas en ninguna parte.

--El ser humano se asentó en un tercio de cada planeta o luna disponible en la Vía Láctea, autoadaptándose en lugar de luchar contra los elementos. Cambiándose a sí mismo y no a su entorno. Rediseñándose para encajar con la vida y las condiciones locales. El hombre se inculturó, pero genéticamente; adoptó como norma el sitio al cual se dirigía. Esa fue su victoria: renunciar a su pureza en favor de su diversidad. Ése fue el nacimiento de la humanidad-grifo. ¿Por qué entonces buscar el eslabón cero, el punto de radiación original? ¿Qué pecado estamos engendrando, padre? ¿Qué monstruo resucitaremos?

--¿Acaso tú eres un monstruo? ¿O nuestro hijo lo es?

Chaske se hundió por un momento en sus recuerdos. Recuerdos cálidos del jovencito que los esperaba en Luminosa, en las cercanías del centro galáctico (ese microcosmos de miles de millones de apiñados soles supergigantes, sin noches ni días; con las enormes estrellas tan cercanas las unas de las otras, que sólo reina la luz. Un reino de azules, rojos y blancos deslumbrantes). Allí, en la Plataforma del Panóptico 85, entre doscientos mil millones de hombres, mujeres, neutros, bios y trinos, los esperaba su hijo; rodeado de la omnipresente luz de mil soles, y brillando en su corazón más que todos ellos.

--Estás pensando en Mārama--la voz de Simeón lo arrancó del núcleo galáctico, y lo trajo de golpe, veinticinco mil años luz más acá, hasta Pielago--, ¿verdad?

Chaske salió de su ensimismamiento y respondió:

--Él es mi deseo. El más bueno que he tenido. La mezcla de nuestras sangres que no dio un hombre, pero sí algo puramente humano; nuestro hermoso Mārama. Sé que es un deseo noble, uno que sigue al tuyo en sus huellas: mi propia creación. Y sé también que lo que estamos haciendo es una ley del ABA, la más importante de sus leyes: el retorno al origen. Pero, no sé si es... oportuno.

Simeón abandonó las cartas estelares tridimensionales y se sentó junto al neanderthaloide. Extrajo de entre las plumas de los cabellos de Chaske un delgado hilo rojo y lo colocó tenso sobre la palma de su propia mano: el hilo se convirtió en un holograma de no más de quince centímetros de altura, la imagen de un jovencito de piel como cuero rojizo, con cuatro enormes discos achatados, opacos y absolutamente negros por ojos, y una actitud feliz en la enorme sonrisa de su fina y longilínea boca. Sus cuatro brazos, mucho más largos que sus piernas, sostenían las tablas ABA que los niños leían en el parvulario.

--¿Oportuna? --preguntó retóricamente Simeón-- ¿Acaso Mārama no es la respuesta?

--Es el año del gato... --atinó a decir Chaske.

--Exacto, el año de la purificación, una nueva oportunidad. Es algo más que el ABA para nosotros, hijo mío, es mucho más que eso. Mārama es la cuarta inter-generación endogámica de nuestro linaje, el último posible en la cadena de engendrados.

El familiar árbol genealógico, esa mezcla de incesto y empalme genético con otras especies, apareció en lugar de la imagen del muchachito. Simeón se lo explicó por enésima vez, tal como lo había hecho cuando era pequeño, tal como lo hizo cuando decidieron engendrar a Mārama:

--Mi tatarabuelo inició la cadena engendrando a mi bisabuelo con su propia sangre y la esencia de los yuphras de Rigel II. Y luego, cuando fue el tiempo oportuno, ambos trajeron al mundo a mi abuelo --los nombres Irará, Lem y Ndura se iluminaban a medida que Simeón los señalaba y Chaske sentía que la historia comenzaba a correr por sus arterias--. Mi abuelo continuó la cadena engendrando a mi padre con su propia sangre y la esencia de los holonis de Baten Kaitos IV. Y nuevamente, cuando el tiempo correcto llegó, ambos me trajeron al mundo a mí --todos ellos, todas esas generaciones de humanos no eran más que un mismo ser reproduciéndose a sí mismo, clonándose, mezclándose con otros organismos y remixturándose endogámicamente al cabo de cada inter-generación; era como si estuviese observando la sucesión de sus propias reencarnaciones biológicas. Las palabras rituales, tal como se las repetía en las ceremonias del nombre, continuaron en su letanía--. Yo cerré la cadena engendrándote a ti con mi propia sangre y la esencia de los neanderthales de Sol III. Y una vez más, cuando el tiempo fue el adecuado, ambos, tú y yo, trajimos al mundo a Mārama.

Siete generaciones del mismo ser. Tres inter-generaciones donde

la endogamia enamoraba a ese ser consigo mismo, y donde el empobrecimiento genético lo obligaba a aliarse con otra especie para no agotarse. Pero el camino estaba concluido. Mārama, su hijo-hermano, ya no podría autorreproducirse. La sangre se había agotado. Habían llegado al límite. Su familia, la "gens Irará", terminaba allí.

Sólo las familias sexuadas y exógamas podían continuar indefinidamente. Las neutras, como la suya, sólo podían permitirse un corto tiempo de supervivencia antes de mezclarse con otra o morir. Toda la información genética, todo el refinamiento de artísticos diseños biológicos logrados en sus propios cuerpos, toda la riqueza de miles de años de vidas acumulados en una memoria común, se perderían para siempre en la séptima y última generación de ese único ser que se había extendido por el tiempo, a través de sus miembros, como padre, hijo y hermano de sí mismo.

Reforzando los pensamientos de Chaske, Simeón completó:

--Somos Irará, y Mārama es su último avatar. Piensa en lo que lograríamos si consiguiésemos que Mārama, en lugar de aparearse con un sexuado, hiciese lo impensado: volviese a mezclar su sangre con la esencia de otro ser. Ahora imagina que ese ser fuese un humano puro, genéticamente fresco, original... Él, tú, yo, todos los Irará tendríamos nueva vida, y una vida sin límites de inter-generación.

Chaske sabía que era una locura, que era altamente improbable... no, prácticamente imposible que su linaje

Irará/Lem/Ndura/Elur-hontz/Simeón/Chaske/Mārama fuese el linaje profetizado en la ABA: el ser humano intergeneracional elegido, el eterno... Pero, ¿qué impedía que lo fuesen?

Simeón intentaba autoperpetuarse, era lo obvio, pero él sólo quería que su amado Mārama viviese por siempre. En cierto sentido ambos amores eran egoístas, ambos eran amores propios porque, en esencia, todos ellos no eran más que variaciones de un mismo ser original (de Irará). No obstante, Chaske veía a Mārama como algo más que a él mismo y su padre perpetuados, era su hijo y su hermano, un ser individual nuevo, alguien-otro a quien amaba más que a su propia vida.

Algo dentro de Chaske se reveló de pronto. Una furia ciega y descontrolada.

Un solo golpe bastó para derribar a Simeón. Y, mientras yacía en el suelo, Chaske lo miró con asco; el asco que siempre había sentido desde que, siendo muy pequeño, averiguara que Simeón y él no eran sólo padre e hijo, sino una misma persona.

De un manotazo le arrebató el hilo rojo que aún pendía de sus dedos y lo entrelazó con un mechón del pelo-plumón de su brazo izquierdo. Luego, calmándose, se acuclilló junto a él.

--Tenías la guardia baja --susurró-- nunca imaginé que alguna vez te sorprendería así.

Simeón esperó algunos segundos hasta recuperar el aliento. Un ardor de fuego le corría por el costado:

--Él también soy yo, y lo sabes. ¿Es eso lo que te enfurece?

Chaske giró la cabeza y lo miró con ojos vacíos:

--Que poco te conoces --las palabras siseaban en su media sonrisa--. No es lo que hay de ti en él lo que me aterra, es lo que hay de mí en ti.

Simeón alzó su largo cuello y se quedó mirándolo intrigado. Por primera vez en su vida, verdaderamente intrigado.

Chaske continuó:

--Sé de lo que soy capaz, sé lo que puedo hacer y lo mucho que me urge mi pasión; y no puedo soportar el pensar en lo que podría, o podrías, hacer por la razón equivocada.

Simeón gorgéo una risa débil y entrecortada:

--Por favor, hijo, no me hables de medios y fines; esas son especulaciones huecas. Las dos partes vienen unidas en la práctica y no pueden combinarse como más convenga. Fin, medio... son la misma cosa contemplada desde dos puntos de vista: el de quien va a hacerlo y el de quien ya lo hizo.

--No hablo de eso... padre.

Y el sonido "padre" salió de los gruesos labios de Chaske como un escupitajo negro y maloliente. Uno que apenas si rozó a Simeón cuando este clavó sus uñas en el pecho de su hijo.

Quizás fuese la propia ira o la costumbre de esperar un contraataque o aquel amor que, en definitiva, engendrarse a Mārama; pero cuando Chaske irguió su pecho acuchillado en cuatro surcos

sangrantes, su única reacción fue devolverle el beso que Simeón le ofrendó.

* * *

Acondicionar la nave para que saliese del océano de aceite en el que flotaba y se remontase una vez más al medio interestelar, tomó dos días locales completos. Había que reconfigurar su estructura invirtiéndola para que fuera capaz de soportar el vacío del espacio, luego de haber estado soportando las terribles presiones atmosféricas de ese mundo. Aquello era como dar vuelta un guante.

Pero tanto Simeón como Chaske estaban excitados por la posibilidad de empezar con el reclutamiento de genes o con el cumplimiento de la profecía, tal como cada uno lo veía.

Chaske solía acariciar la plataforma mientras se generaba la burbuja que resistiría la travesía; intentaba calmarla, darle confianza en la mutación a la que estaba siendo sometida.

Simeón, por su parte, pasaba cada vez más tiempo con los instrumentos, aleccionándolos e impartiendo las órdenes para el periplo.

El viaje en sí era una imposibilidad física y requería de una preparación adecuada: la consciencia debía adaptarse a viajar hacia atrás en la línea temporal y el alma debía aprontarse a soportar la duplicidad en este universo.

El ritual exigía ser preciso y hasta Simeón coincidía en su importancia (aunque por motivos más psicológicos que espirituales).

La noche transfigurada, de Schönberg, era la canción que siempre elegía Chaske para la ceremonia, siempre la misma, una antiquísima melodía de tiempos perdidos; de cuando el planeta y la raza humana eran únicos.

En una espiral creciente y metamórfica, la música ascendía entre versos cuyas palabras inspiradoras apenas si eran recordadas por La Lengua; Chaske ni siquiera lograba entrever, adivinando, lo que aquella melodía podría significar. Pero la amaba.

Su padre tenía otras preferencias, pero él era el guía en este viaje y lo respetaría.

En realidad, el rito y el viaje eran una y la misma cosa.

--Las últimas horas de la formación de una nueva burbuja son siempre tensas y enigmáticas --meditó para sí o para nadie Simeón.

--El previaje es muy traumático para la plataforma, padre; sufro observando cómo le duele la transformación. A veces me pregunto...

Ambos tripulantes contuvieron el aliento al ver cómo vibraba y se retorció el capullo, segundos antes de cuajar finalmente.

Simeón se acercó al límite perlado e iridiscente de la esfera que engullía toda la plataforma y la acarició con una delicadeza casi sensual:

--Es un huevo de atmósfera muy frágil, demasiado suave.

Observa: aún tiene baba de espuma en la parte superior. No creo que

resista una jornada por el espaciotiempo de más de doscientos años luz.

--La plataforma está asustada, huele la misión, sabe que estamos desafiando la profecía.

--No la estamos desafiando, la estamos cumpliendo.

Chaske asintió con la cabeza; el argumento era irrefutable: desafiar era cumplir, Simeón tenía razón. Padre e hijo se miraron bajo la iridiscencia del huevo-atmósfera, entre la saliva y la transpiración que rezumaban las paredes y el piso; y, por una vez, en el silencio, ambos estuvieron de acuerdo.

El cálculo de trayectoria fue rápido: era una simple conjunción entre la información aportada por la interpretación de Chaske y las conclusiones cartográficas de Simeón. Los datos físicos del púlsar habían profetizado, en primer lugar --y a la luz del Nuevo Tonalpohualli-Tzolkin--, al verso 34. Cada verso había sido puesto en correspondencia con una coordenada del catálogo estelar de la sacra ABA, de este modo, el neanderthaloide había predicho a la estrella IRXS J160929.1-210524 (ABA) como su primera parada en el periplo. A partir de esos datos, Simeón calculó la trayectoria hiperbólica (también influenciada por la interpretación de su hijo) directo a su quinto planeta: R'li.

Con esto habían sido alimentadas las máquinas de la plataforma: cada ser mecanovivo había recibido sus instrucciones directamente del cerebro de Simeón, y cada uno se había reconfigurado a sí mismo,

mutando sus redes neuronales, para empatizar con esta trayectoria en particular. En los cuerpos de los biomecanismos que conformaban la plataforma, se había grabado la ruta Pielago-R'li bajo la forma de sensaciones de placer y displacer. Eso les generaba una urgencia por llegar a ese sitio en particular, a ese planeta, que los arrastraría por el vacío interestelar a una velocidad imposible o, más bien, a una no-velocidad.

La música comenzó con una vibración general, con un tono bajo y tembloroso que pronto impregnó todas las células y mecanotipos de cada una de las biomáquinas (cuya simbiosis constituía la plataforma de viaje).

Chaske elevó la oración, bailando y rozando con sus manos y pies las máquinas orgánicas de la nave; esa jungla de criaturas que los transportarían tras su sueño.

De manera increíble, un coro de movimientos se esparció por la plataforma. El entrelazado de seres vivos se balanceaba dentro de la burbuja en una repercusión armónica de la música. La burbuja en sí, el más primitivo y, por ende, el más vivo de los integrantes de la nave, también percibía, de alguna forma, aquella música.

Entonces, la nave cobró vida y cada uno de sus mecanismos retomó sus exóticas apariencias originales: reptiles, insectos, peces y aves, alargados y deformados, insólitos, que se unían y separaban en movimientos serpentinos. El piso, las máquinas, las propias paredes; todo se movía y bailaba al compás de la danza de Chaske,

con un solo objetivo dado por la mente de Simeón: R'li.

R'li era vida y placer, alimento y perpetuación, paraíso y descanso, lo que fuere que cada ser maquinal anhelase. Y todas sus fuerzas estaban vertidas hacia allí.

En pocos momentos la burbuja se elevó por sobre el océano de aceite azabache. Las gotas resbalaban pesadamente desde su superficie, y los esqueletos de las plantas aulladoras también se desplomaban sobre la extensión viscosa; eran los restos del alimento de la plataforma (Simeón se había encargado de satisfacer su hambre inculcándole el gusto por la forma de vida local más básica de cada planeta que visitaban; era bien sabido que una plataforma mal alimentada, o que no se sintiese feliz, terminaría digiriendo a su propia tripulación).

La música empezó a desplegar su melodía, el compositor (hacia miles de años sepultado en un planeta mítico llamado Tierra), tejía versos sonoros, y la nave formaba su propósito a partir de ellos, acelerando hacia la atmósfera y hundiéndose en su manto arremolinado de nubes verdosas. La velocidad aumentaba a medida que la plataforma, como una jauría compacta, olía su destino a más de doscientos años luz de allí.

Por fin superaron la atmósfera y Simeón reforzó la idea de R'li en la nave, tal como un aguijón en su costado (si llegaban a perder la motivación podrían quedar varados en medio de la más absoluta de las nada).

Chaske sostenía el movimiento en forma suave y continua, pero Simeón arreciaba con las ideas del itinerario hasta que a la comunidad de seres que conformaban la plataforma le fue imposible refrenarse más, y se lanzó en una loca carrera por el trans-espacio.

El deseo de las biomáquinas no estaba perforando el espacio sino aboliéndolo, destruyéndolo entre sus garras hasta cancelarlo. Y el instrumento para realizarlo era el único propio de los seres vivos: el tiempo.

Según la ABA, todo lo material que hay en el universo es espacio, pero todo lo viviente que hay en el universo es tiempo. Las estrellas brillan por su hidrógeno y su presión y su fusión, pero también por la vida que poseen. Cuanto más efectivamente viviente es un ser, más puede ocupar o influenciar el tiempo.

Y mientras la música alcanzaba su clímax, el continuo latir ultrarrápido del púlsar empezó a reverberar en contrapunto. Era un pulso preciso, urgente, perfecto; la firma del universo. Ese ritmo, y no otra cosa, llevó la carrera de la plataforma a un éxtasis de velocidad a partir del cual el espacio se abrió en dos como una vaina, y el tiempo se derramó ligero y brillante a sus pies en una untuosa espiral sin fin.

Habían cancelado el espacio y estaban jugando con el tiempo: la nave viajaba.

Las criaturas que conformaban la plataforma estaban remontando una ola de temporalidad distorsionada. Desandando su corriente.

Y, dentro de la burbuja, el transcurrir retrocedía: a ese ritmo llegarían a R'li unos dos días "antes" de haber salido de Piélago. Lo que significaba que, durante dos días, podría haber dos de cada uno de ellos en el universo: dos naves, dos Chaske, dos Simeones... en efecto, eso era posible, pero la vida-tiempo no lo permitiría. La burbuja se contraería en el último instante y expulsaría fuera de sí los últimos dos días como un vómito, arrojándolos en R'li en el preciso instante siguiente de haber partido de Piélago.

Era como tensar un resorte durante el viaje y soltarlo al arribo; de modo que, en última instancia, el efecto del viaje en el tiempo quedaría anulado.

Pero la duración sí se estremecía.

Chaske detuvo su danza y se quedó como petrificado.

La plétora de vida de las biomáquinas de la plataforma, y la fuerza de la vida básica de la burbuja, combinadas; estaban volcando la duración misma. Y con ello estaban deshaciendo la propia materialidad.

Entonces toda existencia se volvió duración pura. Onda de tiempo inmaterial. Ser sincrónico chorreando hacia atrás, como melaza.

La distancia no está en el espacio, decía la ABA, sino en el lapso que transcurre durante su recorrido. Con el tiempo volteado, el espacio no tiene modo de componer materia.

Simeón sentía cómo la subsistencia de su ser se decantaba poco a poco en la corriente única del transcurrir puro. La burbuja, el

entretelado de seres que constituían la nave, Chaske y él, todo era tiempo y el tiempo tendía a ser uno.

Tal como múltiples ondas pueden entrar en fase, del mismo modo las temporalidades de cada ser en la nave y la nave misma, se unificaron en una sola duración. Una duración inversa.

El mantra surgió de los labios del neanderthaloide en una sucesión imprecisa y sin cadencia porque el tiempo se aceleraba y pausaba sin lógica alguna. Chaske no podía percibirlo porque lo sufría, pero Simeón advirtió cómo el ritmo de inversión del tiempo fluctuaba.

Con todas las cosas hechas duración pura, inmaterializadas y empatizadas, cada fluctuación equivalía a una muerte sucesiva.

Una voz colectiva surgió en la consciencia de Simeón: «Detención = Existencia».

La empatía a la que lo sometía la unificación durativa, hacía que todo pensamiento, sentimiento o intuición fuesen suyos; así como los suyos eran de todos los demás.

Pero eso no era un pensamiento, parecía más bien una urgencia aterradora, un puro sentimiento de desasosiego, algo como estar atrapado en una red que se reduce... ¡La burbuja!

Una suma de pensamientos se formó: pobrecilla. lo sabía. aaaaaaaaaah. Y un temblor mudo.

Era una mezcla de Chaske, Simeón, nave y burbuja.

En el fondo de la consciencia colectiva, una pulsión fuerte y

básica gritaba Detención y pugnaba por hacerlo. La plataforma le oponía resistencia, liderada por Simeón; mientras Chaske intentaba consolarla. Pero la cacofonía era terrible.

La ABA decía que el Ser es transcurrir puro y que aquellos lugares donde el Ser se detiene son las cosas: aquí, el Ser se había detenido a mirar el mundo (una estrella), allí había cesado de moverse para respirar (un hombre), acá había descansado un segundo (una luna). Cada cosa que existía no era más que la detención del Ser.

¿Alguien había pensado en esto o era la memoria genética de la especie rezumando mito? Lo cierto es que eso sólo empeoró la situación. El tiempo fluía desparejo y absurdo; mil respiraciones en un segundo y una única inhalación larga como siglos, un tranco interminable y otro apenas perceptible.

Las mentes no podían huir de ese delirio porque eran ese delirio, su substancia.

La burbuja vibraba erráticamente.

La plataforma empezó a desintegrarse ante la falta de armonía: cada biomáquina siendo en una fase diferente.

Y entonces algo sucedió, algo digno de una profecía. El tiempo cobró un ritmo súbito, rápido, preciso y perfecto, como el latir de un colibrí: 343,43434343434...

El pulsar.

Verso 34

Té de vainilla fue lo último que la consciencia colectiva pensó. Entonces la burbuja se contrajo en un espasmo, recuperó todo el tiempo desandado, y escupió la plataforma al espacio normal tan sólo un segundo después de haber partido de Pielago; pero a doscientos cuarenta y tres años luz de allí.

Una estrella pequeña y anaranjada pendía en medio del negro vacío del espacio. Por detrás, muy a lo lejos, un faro estelar lanzaba destellos azulados con precisión abrumadora.

--El púlsar nos ha salvado --la voz de Chaske sonaba agotada y llena de temor-- es el espinazo que sostiene.

La burbuja aún temblaba indecisa entre el ser y la nada; pero la vida de la nave, estremeciéndose al compás de la estrella de neutrones, la retenía consigo en un esfuerzo titánico.

Simeón se afirmó en sus cuatro piernas con decisión. Pequeño frente a su hijo, el cuello largo y flexible estirándose hasta su altura, iba a cometer un sacrilegio y lo sabía:

--Hace unos días lo llamaste "la mano que señala", ahora "el espinazo que sostiene", sólo estás antropomorfizándolo. ¡Debes hacerte dueño de tu destino de una vez!

Podía sentirse cómo los biomecanismos de la plataforma pugnaban por luchar de una manera animal, feroz. En medio de la crisis, Simeón

captó un destello del desastre venidero: la burbuja y la nave estaban en guerra, los instintos desatados habían elegido dos vías opuestas de supervivencia y cada una pelearía por imponer la suya. La furia de las máquinas destilaba fluidos amarillentos sobre los controles; Simeón se quedó mirando por un instante esa bilis viscosa parecida a su propia sangre justamente por ser hija de ella. La burbuja se estaba ennegreciendo porque la plataforma vertía su veneno digestivo sobre ella. La nave ganaría aunque eso implicase su propia muerte. Simeón comprendió que debía salvaguardar la burbuja aunque más no fuese hasta que lograsen hacer eclosionar otra y, en un grito desesperado, le ordenó a todos los sistemas entrar en estasis.

La vida de la nave se congeló al instante. Sólo quedaron circuitos y luces, relés y cables; los organismos estaban duros, petrificados, durmiendo su forzada retirada de emergencia. La burbuja era un espejo opaco.

Renqueando, Chaske se acercó a su padre con sigilo casi mortal. En el más denso de los silencios, justo cuando Simeón esperaba sentir la obsidiana en su pecho, el neanderthaloide se dejó caer y mientras se abrazaba a las piernas de su padre, lloró de felicidad:

--La profecía --dijo entre sollozos-- se ha cumplido en ti, oh padre.

Y con un salto simiesco, hundió el cuchillo... en su propio pecho.

* * *

Simeón estuvo junto a su hijo hasta que la herida se regeneró. Era algo que no había vuelto a hacer desde que Chaske tuviese cuatro años de vida. Lo movía una ternura inusual. Por momentos incluso pudo ver, en el rostro hundido y emplumado, algo de la mirada de Mārama y algo de la sonrisa de Elur-hontz: su pasado y su futuro (su padre y su nieto) resumidos en ese ser enorme, masivo y terco.

Pero, ¿qué parte de él mismo era Chaske?

La pregunta correcta hubiese sido: "¿qué parte de Irará era Chaske?" Así como, ¿qué parte de Irará era Simeón? Pero nunca había logrado pensar en sí mismo como en algo menos que un individuo autorreferencial. No podía concebirse como parte de otra cosa. A lo sumo Irará era parte de él; su prefiguración. El pensamiento era absurdamente egoísta, pero inevitable: Simeón era el centro de sí mismo, y aunque le era posible ver a Mārama como una parte de él, como un zarcillo de su propio tronco, algo oculto y profundo había logrado que jamás pudiese ver a Chaske como parte de sí mismo.

Chaske era... "otro". Y aun así lo amaba; quizás más que a Mārama y a Elur-hontz, y tal vez... No, no más que a sí mismo, pero demasiado cerca de ello. Y eso lo enfurecía porque el poder gravitacional del amor de Chaske lo descentraba de su propio ego, lo abría a algo más que él mismo.

Acarició el rostro del neanderthaloide:

--Debe ser la base humana --se dijo a sí mismo en voz queda--, debe ser lo prehumano que hay en ti; eso es lo que me atormenta, lo cerca y lo lejos que estás de un humano puro. Un neanderthal, no un cro-magnón; casi un hombre, pero no.

Entonces un pensamiento atroz asomó a su consciencia: ¿Y qué sucedería cuando lograsen resucitar, de entre las ruinas de los genes gríficos, a un ser humano original? ¿No perdería esa familiaridad que tenían Mārama o Lem o Ndura? ¿No se volvería el Simeón injertado en los genes humanos puros, un Simeón extranjero, ajeno, distinto de sí?

Un miedo atávico se apoderó de él.

Pero Chaske, el original, el "otro", estaba volviendo en sí; y su padre se apartó rápidamente de esos pensamientos.

Y, mientras lo veía despertar, pensó: "Tú eres más original que yo". Y lo amó y lo odió con igual intensidad.

* * *

--¿Qué forma gráfica habrá aquí, padre?

Simeón dejó de atender la maltrecha nave por un instante y se concentró en ver cómo las fuertes mandíbulas de Chaske destrozaban la carne sintética cruda; la sangre manchándole la barbilla, los pelos-plumas del dorso de su mano enrojecidos por el fluido. ¿Así habrían sido todos los humanos en el principio?

--Si intentas preguntarme si estas criaturas estarán más cerca del homo sapiens original que nosotros, creo que no. Nada en los registros genético-astronómicos dice algo al respecto; y una cosa así no se oculta, hijo mío.

Chaske se limpió con mucho cuidado y pasó la mano por el exterior de la nueva burbuja límpida, suave, fresca, recién formada. Hacía días que la cuidaba y alimentaba. Con frecuencia parecía ausente y solía mirar a su padre con reverencia.

La plataforma, hambrienta y débil, se había posado por sí misma en lo profundo de una hondonada (hubiese sido imprudente intentar forzarla a buscar otro emplazamiento).

Descender en un planeta era como descender en un universo nuevo. A pesar de habitar un tercio de la galaxia, un planeta todavía era demasiado grande para la escala humana, y probablemente siempre lo sería. Sólo la longevidad achica los mundos; y aún ésta nunca es suficiente.

El alto mar de hierba grisácea de R'li los rodeaba. El viento mecía la masa vegetal en ondas que se quebraban aquí y allá contra promontorios de roca. Algo en el pasto hacía que, con cada movimiento, una sutil lluvia de chispas saltara de sus puntas; así que, al compás de la brisa, todo un resplandor centelleante se esparcía en olas alrededor de la plataforma, la cual pastaba moviéndose imperceptiblemente sobre miles de diminutas patas.

Chaske estaba de pie, inmerso en la hierba hasta el pecho.

Mimetizado con su color. Las chispas centelleando sobre su cabeza como una nube de insectos, la boca llena de sangre y carne. El sol, de un anaranjado absurdo, relucía perfectamente en un cielo leve, cuyo celeste diluido era tan tenue que, aún en pleno día, permitía ver las estrellas a través de la delgadez de su atmósfera.

Por alguna razón, la luminosidad naranja de su sol, no parecía teñir el paisaje, sino tan sólo el halo de las sombras.

Simeón permaneció en la nave, preparándose para el análisis de lo que fuera que su hijo le trajese de vuelta.

Chaske terminó su carne, se revistió de los ornamentos de su profesión, y partió como una figura plateada y carmesí por entre la vegetación y su chispeante luz.

Los primeros habitantes lo advirtieron desde lejos y la noticia se expandió en minutos por toda la ciudad (quizás por todo el planeta). Era fácil reconocerlo por su vestimenta; la propia de un místico en plena búsqueda.

Cuando Chaske apareció en el pueblo, llevaba el ondrión como la calavera de un tigre dientes de sable sobre el rostro, su cuerpo estaba cubierto por completo de una especie de capa roja que era en realidad las lenguas de los caparazones metálicos de los tres biomecanismos que lo revestían (la saliva que corría por ellas impregnaba todo su cuerpo, proporcionando la interfaz entre el sistema nervioso de sus vestiduras y el suyo).

Ahora él respiraba, veía y percibía el mundo a través del filtro

del ondrión, a través de sus siete sentidos (apenas tolerables para un ser humano) y a través de todo el conocimiento de la ABA asimilado en su cuasi-córtex.

Pronto la gente comenzó arremolinarse a su alrededor, pero manteniendo una prudente distancia. Las biomáquinas del traje iban rezumando un líquido rojizo que dejaba un rastro en el suelo tras Chaske, y muchos seguían ese camino.

En los susurros de estática del lenguaje eléctrico de los r'lianos se traducían la admiración, el temor o la reticencia de quienes venían a ver al "rastreador". Y es que todos sabían cómo debería lucir uno por las ilustraciones de la ABA --aunque no muchos se hubiesen presentado en la historia del planeta--: el "rastreador", aztarnari en La Lengua, era aquel que intentaba alcanzar la perfección, hallar al hombre puro, conseguir la vida eterna.

Un "rastreador", en pocas palabras, era alguien que buscaba convertir a la humanidad en dios, perpetuarla eternamente y, con ello, cumplir con el objetivo básico y universal de la humanidad: la pervivencia sin fin.

Nada en el universo aglutinaba más a la humanidad que ese sacro mandato, herencia de milenios atesorado en las páginas de la ABA. Cada ciudadano humano, no importaba su forma gráfica o su elección de género (bio, trino, hombre, mujer o neutro), ostentaba como marca de fe y meta última, el cumplimiento del máximo mandato humano: la eternización del hombre.

El carmesí de la capa de lenguas indicaba que quien estaba reclamando este derecho era un neutro, y eso significaba que su vía de trascendencia era otro-en-mismo. Cuando alguien de entre la multitud lo gritó a toda potencia eléctrica, un sacudón de estática recorrió el cuerpo de Chaske; el cual, de no ser por su bioarmadura, habría resultado gravemente dañado.

R'li era un mundo en su mayoría sexuado. Su vía de trascendencia era otro-en-otro. El grito había sido una advertencia: Chaske no tenía derecho a reclamar nada allí, tan sólo podía sugerir y suplicar.

El neanderthaloide continuó su camino intentando ignorar el gentío. Le resultaba imposible fijar su vista en ese mar de similitudes, donde la misma forma gráfica se repetía una y otra vez con leves variaciones particulares: éste era más alto, aquel más delgado, el de más allá mucho más oscuro que el resto; no había dos iguales y, sin embargo, todos pertenecían a la misma clase. Los sexuados sostenían que así había sido la humanidad en principio: una enorme igualdad fundada sobre diferencias individuales. Pero, para los ojos del místico, la visión resultaba insoportable, casi como contemplar una figura geométrica imposible.

Chaske buscó el ágora --la plaza principal que todo asentamiento humano edificaba en primer lugar; el sitio de las profecías y las declaraciones de guerra-- y hacia allí se dirigió en silencio. Cuando hubo llegado, se irguió sobre las lenguas de su capa e hizo que Dagda, su ondrión personal, tradujese a fonemas eléctricos el llamamiento

que debía formular en La Lengua, el idioma común y sacro para todo ciudadano-grifo de la galaxia.

Con frases breves y puntuales describió su búsqueda, y cómo el púlsar los había señalado como la primera etapa de su camino.

Un estremecimiento eléctrico crispó todos sus pelos-plumas. Era un murmullo de admiración y temor que salió de la multitud al solo nombre del púlsar; el "corazón de la muerte" --tal como ellos lo llamaban--, un cuerpo celeste apreciable a simple vista desde su planeta.

Una voz eléctrica habló por entre la muchedumbre:

--¿Qué quieres de nosotros?

El neanderthaloide sabía qué responder:

--No lo sé.

Y era la verdad.

Chaske se quedó mirando el mover de las bocas de los r'lianos, un aplastante silencio pesaba sobre sus oídos, pero Dagda traducía cada término en su cerebro y la cacofonía de miles de conversaciones superpuestas lo abrumaba. Miró con detenimiento esa forma gráfica particular que la humanidad había elegido como propicia para R'li: cuerpos como peras, enormes bípedos, más altos que él mismo. Caras alargadas y una piel como el celeste de su cielo, tan pulida que brillaba bajo el sol anaranjado. Tres apéndices cónicos similares a orejas caían desde su cabeza hasta el suelo, surcadas de ranuras como agallas, y su interior (incluso más pulimentado), se hallaba

cubierto de manchas marrones. Unas manos largas y huesudas terminaban en delgadísimos dedos-aguja al final de unos brazos fuertes. Y todos eran iguales aunque no exactamente.

La similitud lo mareaba. Trató de fijar la vista en un solo individuo, pero le era imposible ignorar a los demás que se hallaban a su lado. Era mucho peor que ver bios; porque los clones, al menos, eran perfectamente iguales, y ver una muchedumbre de ellos era como contemplar una retícula cristalina a través de un microscopio. Aquí, lo que aparentaba orden no era más que caos, y lo que aparentaba caos, orden. Los r'lianos eran un líquido desordenado y móvil. ¿Qué secreta enseñanza guardaba la ABA en esta gente, para él? La idea le parecía desconcertante.

Un individuo blanquecino y doblado se acercó al "rastreador". Aún encorvado lo superaba en altura a él y su plataforma lingual.

--¿Sabes, rastreador, que el "corazón de la muerte", el púlsar, es un latido eterno en nuestras mentes? Su voz eléctrica, sus transmisiones de ondas de radio, llegan a nuestros oídos como un susurro frío y constante desde el cielo. Con una exactitud abismal nos recuerda, con cada latido, que somos mortales. Nacemos bajo su influjo. Todos saben que acercarse a él es morir. La ABA explica cómo las estrellas de neutrones bañan de radiación mortal todo a su alrededor y exterminan toda vida que los rodea. Son sirenas. Y su hermosa canción es imposible de ignorar, pero seguirla es ir directo a la muerte. Cada r'liano conoce la propia finitud de su vida por

esa voz omnipresente; ni aún en nuestro dormir nos libramos de ella --el hombre hizo una pausa. Chaske esperó en silencio. Por la forma en que se expresaba, reconoció en su interlocutor a otro místico--. ¿Qué esperas que eso te haya enseñado?

El neanderthaloide alzó la vista y buscó en el cielo. Alejó sus ojos del anaranjado y vívido sol del sistema y recorrió el resto de esa atmósfera traslúcida y celeste que permitía ver todo el cielo estrellado. Entonces halló algo que titilaba con una velocidad increíble. Cerró los ojos y dejó que los sentidos eléctricos que le prestaba su ondrión lo empapasen. El constante parloteo quedó de la muchedumbre se destacaba, pero había algo más. A lo lejos reconoció los estallidos de los pájaros de fuego cazando en las alturas; también estaba el chasquido lento de los noticieros y canales de información, en una sub-onda suave y lejana. Con un poco de esfuerzo reconoció el crepitar del chisporroteo de la hierba mecida por el viento. Y, finalmente, más allá, mucho más allá de todo sonido eléctrico, un tintineo de fondo, un sonido puntual que se repetía con una frecuencia tan rápida que semejaba un tono continuo: el púlsar.

Abrió los ojos. Haberlo percibido distintamente fue el comienzo de algo extraño. Desde ese momento ya no pudo ignorarlo más; parecía estar en todo lo que oía. Miró al místico r'liano y respondió:

--¿Quién mejor que la muerte para enseñarnos qué es la vida?

Una sonrisa amplia y llena de dientes cruzó la boca de su interlocutor. El hombre giró y enfrentó a su pueblo:

--Hermanos humanos, éste hombre no es sabio, pero no lo ignora --la gente comenzó a gritar y saludar de alegría. El místico alzó una mano para calmarlos--. Es un verdadero rastreador, ayúdenlo --y girando hacia Chaske, comentó--. Ahora sabes por qué el "corazón de la muerte" es nuestro protector y nuestro más amado oráculo.

Y dicho esto, se alejó.

También el gentío se diluyó poco a poco. Algunos lo saludaban al retirarse, otros mecían la cabeza y sonreían.

* * *

En los pocos días que llevaban allí, Chaske le había enviado más de nueve mil muestras, y Simeón apenas si podía con la cantidad de análisis necesarios para rastrear los genes correctos.

La plataforma había comenzado a hallarse ligeramente incómoda en la pradera a causa de la constante emisión de chispas de la hierba, y aunque ramoneaba aquí y allá, caminando lentamente por la hondonada, Simeón notaba la tensión en su nave.

Finalmente decidió trasladarla a una colina no muy alta, lejos del pasto, y reprogramarla para que asimilara otras formas de vida básicas.

Y, mientras la plataforma lamía líquenes de la roca o atrapaba uno que otro pájaro de fuego con sus tentáculos, Simeón se sumergía en el análisis genético.

Inserto en su traje de presión, se paseaba por entre las decenas de r'lianos que esperaban pacientemente su turno, sentados en la piedra y conversando entre sí como en un picnic. Atiborrado de droga los miraba fijamente sin verlos, los instrumentos del traje buceando en sus cadenas de ADN, decodificando, río arriba, los cambios genéticos de cuarenta mil años de evolución artificial. Un pensamiento absurdo se aferraba a su consciencia mientras intentaba dar con los genes que necesitaba para lograr su propósito purificador: La menta que amaba el paladar de su hijo, su propia ansiada vainilla, las naranjas que recordaban el sol de R'li, incluso el tamarindo prohibido de la ABA o el sacro maíz, habían desaparecido para siempre gracias a la acción humana. Varios milenios antes, había ocurrido con los animales... Ahora, la biodiversidad perdida de la legendaria Tierra estaba representada por una sola especie cuyas variaciones alcanzaban el infinito: el hombre. La humanidad se había reconvertido en la biosfera de su propio ser. Había humanos-grifo de toda forma, tamaño y característica posible; todos adaptados a los mundos que habían colonizado, manteniendo el carácter original de la vida de esos planetas (si es que la había) y transformándose a sí mismos para encajar en ellos. Se decía, incluso, que toda una colonia humana había decidido vegetalizarse en Miaplacidus VI para no alterar el ecosistema local.

Trató de volver al objetivo de su búsqueda; a veces era necesario forzarse a no divagar con ese cóctel de drogas en su sistema. Su parte

humana trataba de dejarse llevar por los ríos de su imaginación...
...más allá de todo límite...

--...lejos... siguiendo la corriente de un tiempo sin fin...
hacia el océano de sus sueños... hacia sus deseos más... ¡Basta!

Se enfocó en su tarea, se obligó a hacerlo una vez más.

Su lejana herencia holonis le permitía el movimiento opuesto:
remontar río arriba el tiempo, dirigirse al mundo de los antepasados,
comunicarse con los inicios de esta variante humana.

En su mente el tiempo simplemente permanecía inmóvil. Los
tirones en sentidos opuestos --el prospectivo, correspondiente a su
imaginación humana, y el retrospectivo propio de su mnemeprolis
(memoria de una raza) holonis-- dejaban el tejido cronológico de la
vida tenso, quieto; una planicie por la cual deslizarse a voluntad.
Simeón se disponía a ser, a reencarnar en su consciencia, a todos
y cada uno de sus antepasados. Necesitaba sus conocimientos, sus
experiencias y su fuerza de voluntad combinadas, para que lo ayudasen
a encontrar, dentro de los r'lianos, el gen humano que estaba
buscando.

Simeón tanteó en un suelo de nieblas. La blanda superficie
absorbía sus pisadas y crujía como una alfombra de hojas secas. Podía
sentir la presión de las generaciones sobre su cuerpo, la multitud
agolpada delante de él como relámpagos de sensaciones ajenas
apretadas en su mente. Oscuridad, brillo, miedo, libertad...

Estiró la mano temblando, los dedos aferrando una burbuja, tres

dedos oscuros y nudosos entrelazados entre sí. Ahora era una estrella y se escurría de sus cilios cayendo. A duras penas logró sostener el trozo esférico de carbón antes de que tocara el suelo. Su mano palmada le sirvió de escudilla... Iba y venía entre los seres que había sido y, delante de él, las sombras de humo en que se habían convertido los r'lianos cambiaban de forma constantemente, a medida que sus ancestros se revelaban a los ojos drogados de Simeón.

Sus manos de cuero rojas se acercaron a la primera sombra y se metieron en su interior; buscaban algo entre los remolinos de gas de que estaba hecha y parecían haberlo hallado. Podía ver en el infrarrojo con total claridad. Sabía que era a través de Mārama por quien estaba viendo ahora el mundo; un Mārama real en su conciencia y en su ser, pero a miles de años luz de allí. Por un instante el cosmos fue prístino y fresco, y la maravilla se asomaba a su espíritu; por un momento fue él y luego dejó de serlo. Contempló aquello que había extraído de la sombra, el fragmento era familiar pero aún no era lo que buscaba:

A-C-G-A-T-G-C-C-G-T-A-Rx31-N-N-P-Q-N-T-A-G-P-P-Q-Lk981-C-G-G-C-R
-B. Cerca de las cuatro bases originales, pero no lo suficiente.

Sus ojos comenzaron a reconocer el mundo en formas de movimiento: negro contra amarillo contra una breve escala de grises. Los dedos nudosos retornaron. Otra forma brumosa brilló en la escala de los 5.758 angstroms frente a sus rendijas oculares. Una sensación de hambre, de insatisfacción pútrida recorrió su ser: odiaba tocar

esas cosas que tenía frente a sí, pero el Simeón en él lo obligaba. ¿Por qué lo habían despertado de su sueño para esto? ¿Por qué hurgar entre los escombros olvidados de una raza insignificante como ésta? ¿Por qué no seguir enterrado en el pozo genético de sus hijos-semejantes y simplemente seguir soñando con la vida eterna? Era horrible; podía sentir la náusea, pero los dedos de Irará igualmente entraron en la neblina amarillenta que se contorsionaba repugnantemente frente a sí, y aferraron algo parco y obtuso que se escurrió por sus nudosidades negras, y lo envolvió en vértigo y asfixia.

Los cilios de Ndura tomaron su lugar, y lograron recoger esa solución vítrea que resplandecía ante sus sensores: un brillo pulcro de genes entrelazados en rigurosa cortesía. Cada cilio envolvió un trozo y lo seccionó, pero el vidrio nucleótido se hacía arena y sólo perduraban unos pocos A y T y C-G-C aquí y allá en el piso; sus agallas se extendían azules y venosas a su alrededor, captando el nitrógeno del aire. Todo era tan brillante, tan sutil y fascinante, tan digno de atención: las sombras líquidas de los r'lianos se esparcían a su alrededor como volutas de un licor suave y embriagador. Ndura quería abrazarlas todas, y extendió sus cilios y su mente hacia cada sombra r'liana aspirando más y más de ese brebaje genético que tanto lo excitaba.

Entonces, cuando la droga y la consciencia holonis habían perforado lo suficientemente su individualidad, ya no supo si era

Mārama o Ndura o Irará o Simeón quien veía; pero las imágenes eran fuertes y firmes ante él. Supo entonces que su voz, la de todos ellos, era la que determinaba lo que contemplaba: no enunciaba lo que veía, veía lo que enunciaba. Y con esto en mente perdió el control de la situación:

--El frenesí de los millones de estrellas de la Vía Láctea bullen en mi sangre hirviente --recitaba o se lamentaba a voz en cuello--. Burbujas efímeras de apenas si piel de estrellas; hojas secas de los árboles que ya no existen o nunca lo hicieron en este otoño de la humanidad. Avestruces de tristeza corriendo más rápido que la luz de mis días. Y un círculo imperfecto que jamás llega a completarse.

Todo estaba fuera de control. Las sombras lo zambulleron en su esencia, estaban por todas partes: una humanidad-grifo entera en torno suyo.

--Entonces las estrellas se encadenan en una hélice, y la hélice gira hasta tragarse el cielo --prosiguió--. Las manos hinchadas tratan de asir burbujas enormes como mundos y los mundos se desploman en una hojarasca de avestruces muertos. Y el círculo se disloca y me estrangula.

Algo en un rincón de su mente pugnaba por imponerse. La armadura que vestía, confundida, comenzó a liberar más y más droga para soportar la tensión generada. Simeón apenas si sabía ya quién era.

--Las sombras r'lianas se retuercen levemente, son llamas frías que esparcen oscuridad, mientras las burbujas estallan a su contacto

abriéndose en millones de estrellas-semillas que se siembran en el ojo de un avestruz cuya cabeza es un enorme saco de carbón --lloraba su soliloquio--. Y el avestruz se hunde gritando en estridencias circulares en el seno de un océano de puras hojas secas.

Algo como un coro de voces lejanas trepaba por encima de los gritos de los antepasados. Era la electricidad estática del discurso de los nativos, abrumándolo como martillazos sobre su piel y su cerebro.

Acicateado por el peligro, se desplegó un atisbo de consciencia: algo estaba ocurriendo en el mundo "real". Pero Simeón, o quienquiera que fuese en ese instante dentro del colectivo Irará, no podía salir de sí mismo por más que lo intentaba.

--Ya no más estrellas, ni hojas, ni círculos, ni r'lianos; sólo una lluvia de avestruces pequeños como genes: 64... no 68... tal vez 182... Exactamente 34, en la palma de una burbuja-universo.

Simeón gritaba con desesperación.

Los golpes llovían sobre él, pero su ser estaba dividido. Por un lado, su córtex se hallaba perdido en el interior de sí mismo, en medio de un mundo de ancestros e imágenes sólidas. Por el otro, su corteza límbica y su biotraje hacían que su cuerpo luchase, en un acto reflejo, allá en el exterior, en la realidad de R'li.

Algo alcanzó a comprender acerca de un ataque, de cientos de r'lianos muertos a los pies de la plataforma, de algo o alguien que golpeaba una y otra vez con mazas de obsidiana, desparramando

vísceras y sangre (la suya propia entre todas las demás).

Era un ataque; alguien los estaba atacando. Alguien los estaba masacrando con furia y precisión.

Entonces, como cientos de veces le había sucedido antes, Simeón se vio vaciado de Mārama y de Ndura y de Irará y de sí mismo, y murió.

Pero no era como otras veces, ahora no lo había matado el celo o el amor de Chaske sino algo diferente. Algo que era mucho peor, incluso, que el odio que solía acompañar a aquel amor. Lo supo mientras agonizaba con el largo cuello seccionado en dos partes y las piernas dobladas en extraños e imposibles ángulos: los estaban matando en nombre del miedo.

* * *

La plataforma olió y esperó: sangre.

La plataforma captó y esperó: gritos.

La plataforma vio y esperó: trozos de cuerpos seccionados.

La plataforma oyó y esperó: el murmullo de un biotraje que era parte de su biomasa.

La plataforma actuó: sus tentáculos se arrastraron por entre los muertos y su asesino, hurgaron en medio de carne cortada y hojas filosas, y finalmente dieron con el biotraje y su ocupante. Lo asieron firmemente y lo elevaron hasta la nave.

Y mientras la carnicería continuaba allá abajo, la plataforma

esperó.

* * *

Cuando Simeón despertó, sólo había silencio. No se escuchaba el golpe de madera y piedra contra hueso. En el ancho de banda eléctrica tampoco se oían los gritos de los r'lianos.

La noche estaba muy entrada. Con gran esfuerzo logró asomarse a los bordes de la burbuja de la nave y se concentró en entrever algo en medio de la oscuridad. Le dolía el cuello y apenas si lo sostenían sus piernas. Entonces notó que aún tenía el traje puesto. Enfocó todos sus ojos en el suelo y pidió a su traje que le proporcionara una mejor visión.

Los cuerpos estaban esparcidos por todas partes. Aquí y allá los tentáculos de la plataforma se habían desplegado para lamer la sangre acumulada en el piso.

--¡Por la deidad, los r'lianos no son auto-regenerativos!

El paisaje era horripilante. Las hachas de obsidiana eran una de las armas más salvajes que se le permitía poseer a un ciudadano humano, y casi nadie las utilizaba. Los cráneos abiertos y los espinazos partidos eran una constante allá abajo. Niños, mujeres, hombres, todos por igual.

Simeón no solía sentir náuseas por muchas cosas, pero esta vez vomitó.

Todos los gritos silenciados se agolparon en sus oídos, ocluyéndolos, mareándolo hasta que sus rodillas y sus manos se encontraron con el piso de la nave.

--Pero, ¿por qué?

En ese momento algo lo perturbó todavía más. Deberían de haber pasado horas desde la masacre, pero nadie se había acercado. La ciudad no estaba muy lejos, y la ventaja de un sistema de audiofonación basado en ondas de radio o electricidad, radicaba en la posibilidad de la comunicación a muy grandes distancias. Así se difundían los noticieros en este planeta: simplemente emitiendo en una onda básica. Pues bien, los gritos de miles de personas debían haber sido imposibles de ignorar por el resto de los habitantes. ¿Qué estaba ocurriendo?

Algo muy dentro suyo se estremeció al caer en la cuenta de que Chaske seguía en aquella ciudad.

Cuando por fin logró ordenar sus pensamientos, descendió de la plataforma ayudado por su traje biomecánico y comenzó a caminar por entre los restos.

Era difícil decir cuánta gente había muerto allí esa tarde. La saña de sus atacantes había sido tal, que la mayoría estaba irreconocible.

La fragmentación de los cuerpos era un mensaje; Simeón comenzó a reconocer el patrón poco a poco. Era obvio que aquello quería significar algo y que ese algo era muy simple. Muerte y

despedazamiento significaban no-eternización, no-unidad. Los símbolos hablaban por sí mismos.

Las mazas de obsidiana, por otra parte, eran armas rituales. Aún luego de tantos milenios, los habitantes de Caph III las utilizaban al proclamar su derecho de autodeterminación, realizando su ofrenda al ABA --el Día de la Simplificación de la Sumatoria Infinita-- en una ceremonia en la que despellejaban vivo a un voluntario que se ofreciera para el sacrificio (el nuevo Xipe, la encarnación del dios maíz), con el fin de que el Maestro Matemático se revistiera con su piel fresca y efectuara el cálculo sacro. Pero allí todo sucedía de mutuo acuerdo; y la maza sólo era un ornamento del sacrificado, ya que el despellejamiento se hacía con un bisturí de luz coherente.

¿Por qué entonces con mazas de obsidiana?

--No soy bueno si los símbolos que leo no son matemáticos. Mi hijo debería hacer esto --murmuró para sí mismo.

Incluso Chaske poseía un cuchillo de esa misma roca.

Tal vez el mensaje de la matanza estuviese dirigido a ellos. Tal vez no fuese una simple venganza entre ciudades rivales r'lianas sino algo más profundo: un deseo de evitar que los neutros cumplieran con el destino del ABA.

Incluso podía ser que un grupo de sexuados estuviera retándolos a duelo. Y si era así, ¡eso significaba guerra sacra!

Se sentó entre los restos de los r'lianos. En parte le recordaban

la carne sintética que Chaske comía; en parte, la suya propia. El aire estaba empezando a heder. El traje traducía la fetidez creciente como una sensación de pestilencia y dulzura. Sin embargo, no podía irse, algo lo retenía allí; era como si el horror lo hipnotizase. Como si la atrocidad que tanto aborrecía, al mismo tiempo lo embelesara bajo la forma de una belleza extraña y hedionda, degenerada de sí misma.

Tuvo miedo de hallarse tan poco incómodo entre tanta muerte e intentó huir de allí, pero no movió ni un solo músculo. Una inercia, un sopor lo dominaba y le resultaba cada vez más sencillo mantenerse en compañía de esos cadáveres mutilados.

Fue entonces que su traje tradujo un débil sonido eléctrico, un sollozo apenas audible más allá del lento sorber de la sangre de los tentáculos de la nave.

Corrió por entre los cuerpos, rastreando el sonido electrónico, esculcando bajo piernas y torsos y cabezas; hasta que, en el límite entre la montaña y el abismo, vio una forma intacta que se movía.

Sus manos asieron al jovencito sin dificultad. Estaba en cuclillas y tan envuelto en sí mismo que parecía una esfera: los ojos pequeños permanecían cerrados y apretados. Las largas orejas giraban en torno a su cuerpo envolviéndolo, al igual que sus brazos ciñendo sus piernas.

La fuerza con que se autocontentía era tal, que las venas hinchadas se vislumbraban bajo la piel.

Lo sostuvo con cuidado contra su pecho.

El sollozo era ahora casi una serie de espasmos mudos.

Decirle que él no le haría daño hubiese sido estúpido, así que simplemente se lo demostró.

Y mientras regresaba a la nave con el jovencito a cuestas, una idea martilleaba su consciencia: ¿por qué los habían dejado a ambos con vida?

* * *

Chaske logró que hablara luego de tres días de cuidado, y lo único que repetía era: "La sombra blanca quiere que lo sepan". Sin embargo, no recordaba nada más, ni siquiera el calvario por el que había pasado como testigo de la masacre. No obstante, se lo veía constantemente junto a Simeón, en una suerte de empatía de sobreviviente. No se despegaba de él jamás, ni siquiera para dormir.

La gente de la ciudad se había enterado de la matanza al mismo tiempo que Chaske y gracias a la transmisión de información que había realizado la propia nave al ondrión del neanderthaloide. Pero al llegar al sitio en cuestión sólo hallaron a Simeón y al jovencito, silenciosamente sentados en la burbuja, y un círculo de cadáveres destrozados de trescientos metros cuadrados alrededor de la nave.

Cuando al fin se dispuso de los cuerpos, el viejo místico de R'li sólo dijo una frase:

--Los muertos se encargan de los muertos.

Y se fue.

No hubo investigación, ni búsqueda del responsable, ni siquiera lágrimas: la muerte era un fin absoluto en ese planeta; algo tan serio y cotidiano, que no extrañaba a nadie.

Los huesos limpios de los miembros cercenados iban a parar al interior de la caja-pie del altar familiar de cada casa. Y sobre esos huesos se cenaría y desayunaría diariamente, y sobre esos huesos se hablaría y discutiría, hasta que, un día, sus propias osamentas fuesen a parar también allí.

En R'li todo cesaba y todo continuaba con la muerte; así que, al otro día, la ciudad prosiguió su vida, con quinientos treinta y un ciudadanos menos, y sin mirar atrás.

Pero ni Simeón ni Chaske pertenecían a esa cultura.

Varios interrogantes se acumulaban: la identidad de los asesinos era el primero; la elección de los supervivientes, el segundo; el motivo de tal atrocidad, el tercero.

Chaske llevaba más de tres días locales mezclándose entre la gente, intentando hallar una pista en el modo de vida --en la exégesis local de la ABA--, cuando una familia se le acercó. El padre de familia tenía dos cónyuges: una esposa y un esposo; y uno de ellos parecía ser el no-madre --así se explicó el hombre-- del muchachito sobreviviente.

El término se aplicaba, al parecer, a alguien que transgredía

alguna norma local de procreación. Era obvio que el sujeto en cuestión era su cónyuge masculino. Era un hombre adulto y traía la cabeza completamente envuelta en sus orejas, en señal de vergüenza.

El padre de familia declaró que su esposo había confesado una felonía impensable pero que la confesión era el propio perdón y que, después de todo, el fruto del delito jamás había sido puesto en "existencia humana".

Luego de una larga charla, en la que Chaske portaba el ondrión como la efigie del cráneo descarnado de un Styracosaurus (en señal de dolor compartido), el místico logró desentrañar el significado de aquella expresión con la que designaban al muchachito.

Las familias sexuales poseían una variedad increíble (la mayor de todas las expresiones posibles): monógamas, polígamas, heterosexuales, homosexuales, mixtas, sucesivas, e incluso más aún. Jamás hubiese imaginado que una expresión tan básica produjera tanta riqueza de variaciones posibles.

Y esta familia, en particular, era la extraña generadora del muchachito sobreviviente.

Simeón había supuesto que los padres del jovencito habían sucumbido en la matanza y así lo había creído también su hijo, pero ahora esta noticia lo cambiaba todo. El asesino se había detenido en su carnicería frente a dos extravagancias impropias de R'li: un neutro y un degenerado.

Un degenerado era un hijo de una expresión sexual dada,

engendrado bajo el código de otra; como por ejemplo el fruto de la interacción sexual de dos neutros o la clonación de un trino, etc.: La acción correcta en el tipo humano incorrecto.

El muchachito, al parecer, era el producto de la mezcla de genes del susodicho cónyuge masculino, con los genes de un pájaro de fuego. Una abominación para sexuados y algo común entre los propios neutros.

"Estos eventos surgen cada tanto, siempre que las interpretaciones del ABA son realizadas por alguien inexperto y no por un místico", meditó para sí mismo Chaske.

--La exégesis libre es muy riesgosa --agregó lacónicamente en voz alta.

La verdad es que el muchachito no tenía familia reconocida y, por ende, no tenía nombre ni identidad: no era nadie. Eso era lo que había salvado de la ignominia a su progenitor y lo que había protegido su propia vida durante el asesinato en masa.

Chaske volvió a la nave con esta información, nimia pero contundente.

* * *

La mente del neanderthaloide funcionaba de manera distinta a la de Simeón; allí donde su padre veía un mensaje, él veía un absurdo. Pero donde aquél ni siquiera se detenía a mirar, él descubría incalculables riquezas simbólicas.

--Es claro, padre, que el carácter sexual del hombre es responsable de su belicosidad, pero no creo que este ataque sea el producto de una lucha entre facciones. Y tampoco creo que se trate de una guerra sacra contra nosotros; su mensaje es mucho más sutil. En principio, y basados en la memoria subliminal que implantó en el jovencito "la sombra blanca", este mensaje fue ejecutado por uno y solo un individuo. Además, por la forma en que el hacha de obsidiana fue blandida, por lo certero y económico de los golpes mortales y por la meticulosidad del destazado posterior, el ejercicio es casi... elegante.

Simeón sostuvo la mirada de su hijo con un rictus de repugnancia.

--Lo sé, padre, sé que no puedes entender el arte del uso de las hojas de combate; pero aquí hay maestría y sutileza. Cada uno de estos espantosos y aborrecibles ataques está diseñado, planeado y ejecutado por una mente maestra en el arte de la creación de símbolos de sangre. Y sólo un persecutor puede hacer algo así.

--¿Sugieres acaso que, por la forma en que la matanza se ha producido, lo importante no es quiénes han muerto sino cómo lo han hecho?

--Y a quiénes se les ha perdonado la vida.

Ambos miraron al jovencito sentado contra la burbuja. Los ojos enormes de asombro. La evidencia de que aun intentaba comprender una forma de comunicación inaudible a sus sentidos.

Ese muchachito había sido la clave para descifrar el código de

aquel mensaje; posiblemente uno de los más despiadados y refinados modos de darles tan vital información por parte de su persecutor.

--Debemos llevarlo con nosotros, padre.

Simeón asintió en silencio.

--Y debemos darle un nombre --completó Chaske.

--Eso es algo delicado --discrepó su padre--. Si le damos un nombre lo estaremos integrando a la cadena Irará, pero él no es uno de nosotros, no es este yo-nosotros que nos conforma como familia. Ni siquiera podría ser un injerto.

--Se lo merece --insistió el neanderthaloide--. Creo que no sólo nosotros hemos de amarlo, supongo que también es amado por nuestro persecutor... de todos los posibles entes no canónicos, lo eligió a él para darnos un mensaje.

--Quizás sólo sea el caso de que el inocente ni siquiera tiene idioma.

--No --enfaticó Chaske--, creo que demostró compasión al elegirlo. Además, no tenemos otra opción. Nuestro persecutor ya ha elegido por nosotros: al salvarte a ti y a él, no sólo ha establecido una marca de equiparación sino que ha creado una deuda de vida. Para él, un Irará y este muchachito son lo mismo y ambos merecían ser salvados.

Simeón volvió a mirar al jovencito. El muchachito le sonrió al instante. Por un momento casi le pareció estar mirando a su dulce Mārama.

--...si tenemos éxito, un Irará nuevo, adoptivo, formando una cadena alterna con pájaros de fuego, sería algo novedoso --había estado diciendo Chaske.

Simeón se concentró de nuevo en la conversación.

--¿Una cruza con un ser no inteligente? En su nacimiento no ha habido arte, ni planificación, ni ciencia, sólo... la deidad sabe qué oscuras intenciones --dijo Simeón espantado.

--No lo sé, padre; los pájaros de fuego son tan bellos y delicados y, al mismo tiempo, fuertes y sanguinarios. Tal vez, en un mundo sin recursos y sin conocimientos para el arte de la procreación neutra, fue la elección más artística.

--El hecho es que no tengo otra opción, ¿no? Aquí hay un juego de honor de por medio, una deuda de vida... Bien, cuando tenga un nombre será un Irará adoptivo y tendrá derecho a formar una nueva cadena, quizás una familia alterna. No lo sé, habrá que enseñarle mucho... a hablar (por lo pronto), las técnicas, la historia, el arte. Incluso habrá que acondicionarlo como neutro. Oh, por la deidad, será como darlo a luz nuevamente.

--Y eso es, exactamente, lo que todos necesitamos, padre.

* * *

La operación se llevó a cabo mediante una extensión de la propia nave. Los aparatos envolvieron al jovencito en una burbuja-matriz

y comenzaron su recreación.

La nave aún se estaba reponiendo de su viaje, pero tenía la suficiente fuerza como para enfrentar el desafío.

Reengendrar a un hombre en otra familia era algo posible pero poco practicado. En el caso del muchachito r'liano requería muchas modificaciones que usualmente se realizaban en las primeras horas de gestación de un neutro, y una habilidad artística que pocos humanos poseían.

Simeón se encargó de la reformulación del muchachito mediante una serie de mutilaciones y regestaciones perfectamente coordinadas.

La nave --siguiendo las instrucciones mentales de aquel que le había dado la sangre y la vida--, aportó el material necesario y controló la supervivencia de aquel chico. Habiendo asimilado ya, en su alimentación, materia orgánica tanto de los r'lianos como de los pájaros de fuego, la nave estaba familiarizada con sus fisiologías y, por ende, con una posible cruza entre ambas.

Finalmente, Chaske procedió a ejecutar la ceremonia del nombre a medida que la operación se llevaba a cabo. En ella debía elegir un nombre para el jovencito en base a su conocimiento de él. Y su conocimiento de él era casi nulo. Así que decidió pensar en lo que el chico le evocaba y, sobre todo, en lo que auguraba. El neanderthaloide portaba a Dagda como un costado de res y, por entre las costillas descarnadas, habló su boca cuando comenzó con la evocación:

--Sus ojos me recuerdan el tono ámbar de Luminosa.

La mención de una de las estrellas binarias, madres de su sistema natal, provocó en él una oleada de adrenalina que el ondrión interpretó como una mancha negra en medio de la imagen de la estrella supergigante.

El jovencito se convirtió en una mancha frente a su sol: un hijo más de Irará, su hermano en las manos reformadoras de Simeón --su ahora nuevo padre-- y, por ellos, en un padre más para Mārama.

La voz de Simeón pareció provenir del propio corazón de la estrella.

--Sabes que no puedo injertarle nuestros genes, tan sólo aproximarlos a nosotros. Él será mi hijo, y por lo tanto tu hermano; ¿estás preparado a ser uno con alguien que no es nosotros?

La fórmula era antigua y nunca había sido utilizada en la familia Irará, sin embargo su padre la había recordado a la perfección. Chaske lo admiró por eso.

--Sí, padre. Estoy dispuesto.

Con una simple orden mental de Simeón, la nave posicionó diversos aparatos-organismos sobre el cuerpo yacente del jovencito. El muchachito tenía los ojos muy abiertos y temblaba; pero debía estar consciente en su renacimiento: era una condición indispensable para volverse un miembro de otra familia.

--Hablará nuestra palabra...

Las máquinas comenzaron a trabajar en el injerto de un nuevo

sistema fonador en reemplazo del anterior. No más impulsos eléctricos; de ahora en adelante, sonidos. La ruta sináptica debió ser readaptada y nuevos órganos aparecieron en su boca y laringe. Finalmente, su cerebro adquirió la programación química correcta para manejar su nueva capacidad y la memoria exógena de su contenido: todo un idioma nuevo, toda una historia de la especie y del cosmos se formó de pronto en su mente.

--Oirá nuestra historia...

El procedimiento se repitió en su sistema auditivo. Paso por paso, dolor por dolor, un antiguo modo de existir era reemplazado por uno nuevo. Un modo innato por otro adquirido. Años de ser un r'liano, por un nuevo conquistador que lo estaba reformando a su imagen y semejanza. La idea golpeó la cabeza de Chaske con brutalidad inusitada.

Un terror impiadoso se apoderó de él haciéndolo arrojar la máscara a un lado para tenderse llorando sobre la burbuja del jovencito. Los espasmos del llanto bañaban las máquinas-organismos que seguían con el curso de su reforma mientras bebían la salada pócima.

Simeón continuó impassible, sabía que esto era parte de la ceremonia: el despertar de la consciencia de otredad justo en el exacto momento de su muerte, la manifestación de lo uno en su más cruel faz homogeneizadora.

--Será nosotros...

El sexo del muchachito dejó de ser masculino en una castración absoluta de toda identidad sexual. La neutralidad estaba en su cuerpo ahora y pronto lo estaría también en su espíritu.

Un grito desgarrador arrancó un charco de sangre de la boca de Chaske. Las máquinas se apresuraron a recoger el líquido y unirlo a las lágrimas para injertarlo en el nuevo cuerpo del jovencito.

--Será alguien...

La idea golpeó la mente del neanderthaloide con crueldad: lo estaban asimilando. Lo estaban matando a su antiguo modo de ser para convertirlo en ellos; ¿acaso tenían ese derecho? ¿Alguien lo tenía? Pero ya era tarde para retroceder; sólo había un camino posible: adelante.

El místico se irguió lentamente y recogió el ondrión del suelo. La máscara se adaptó a su cara con la forma de una flor de rododendro del color de la salamandra ígnea: la vida estaba resurgiendo del veneno, la vida estaba resurgiendo de la llama.

A través de Dagda, el muchachito era una salamandra de fuego retorciéndose en su burbuja-matriz, una pequeña porción de Luminosa desterrada de su hogar estelar. Estiró sus manos y, utilizando su gran fuerza, arrancó al muchachito de dentro de la gelatinosa bolsa, sujetándolo en el aire mientras éste gritaba. Y, en un impulso de pura visión, susurró un nombre antiguo de La Lengua al tiempo que le extirpaba de cuajo, con sus dientes, un dedo-aguja para luego comérselo.

El hilo de voz gimió ahogado por el grito de dolor del muchachito:

--Sarraillarotz, el cerrajero.

El chico cayó al suelo, envuelto en sus orejas como un capullo, sollozando en una nueva forma de comunicación que aún no podía manejar del todo. De pronto se detuvo y estiró su mano derecha: en el sitio de la amputación ya le estaba creciendo un nuevo y delgado dedo.

Chaske se desplomó a su lado semiinconsciente y Simeón se agachó para envolver al jovencito en mantas. Mientras lo hacía, le susurró lentamente y con dulzura, tal como se le habla a un bebé:

--Hola Sarraillarotz. Algún día perdonarás a tu hermano y comprenderás todo lo que hizo por ti. Ahora, hijo mío, debes descansar, dormir mucho. Tu cerebro debe adaptarse a tu nuevo ser, tu mente debe aprender a desolvidar su nuevo contenido, y tu atormentado espíritu debe sanar de esta horrible ordalía.

Lo acunó en sus brazos y lo llevó a uno de los rincones de descanso de la plataforma.

--Ya eres un miembro de la familia humana; debes estar orgulloso y apenado por ello. Pronto aprenderás por qué.

Entonces los párpados del jovencito se cerraron lentamente. Lo rodeaba una nave hecha de cosas vivientes y, sobre su cabeza, se extendía una burbuja iridiscente que parecía querer acariciarlo. Sabía que el ser de largo cuello lo amaba, y algo le hacía tener confianza en el enorme mono emplumado que tanto lo había herido. En

duermevela acarició su mano derecha y comenzó a chupar su renovado dedo índice. En sueños, sintió gusto a sal y a hierro; y también un calor que manaba de su cuerpo como una fiebre intensa. Por un momento, supo con certeza, cómo era volar como un pájaro de fuego.

* * *

--La mutación estaba aletargada; no sé en qué se convertirá. Tenías razón, los pájaros de fuego son por demás complejos y aportan sutilezas inimaginables en su ser. Sutilezas que, al unirse a tu sangre y a su fisiología original, no sé en qué desembocarán.

Simeón hablaba sin dejar de acariciar la frente de Sarraillarotz que se debatía en la inconsciencia contra enemigos invisibles. Tal vez hachas de obsidiana, tal vez máquinas transformadoras.

--"El conejo que huye". Su antiguo ser se retira --las lágrimas empañaban la vista del neanderthaloide mientras hablaba--, es el verso 34.

Simeón miró a su hijo y volvió la mirada a su nuevo hijo. Algo en él sería por siempre extranjero, ubicado más allá de su comprensión racial; pero jamás tan extraño como sentía a Chaske: sangre de su sangre.

--Yo manipulé el arte sobre un cuerpo grosero, pero tú le diste vida Irará con tu sangre y tus lágrimas --acotó Simeón--, debes estar feliz por ello.

--¿Recuerdas lo que dice ese verso, padre? "El alma del mundo se estrella en sus fauces".

Simeón pensó en esas palabras, en lo crudo que sería para Sarraillarotz el mundo desde esta nueva perspectiva. Aunque, quizás, no tanto como haber sido criado como un no-hombre.

--Ahora es alguien, nos tiene a nosotros, y si el mundo quiere estrellarse en su boca, ¡ya tiene con qué masticarlo!

Chaske se quedó pensando un buen rato. Puso su mano sobre la de su padre, ambas sobre la frente húmeda de su nuevo hermano, y sonrió cansadamente:

--Pero, padre, no es en su cara en la que se ha estrellado todo un mundo; es en la mía.

Sarraillarotz estiró repentinamente su mano. Los dedos, finos como agujas, aferraron la mano de Chaske.

El neanderthaloide se quedó petrificado mientras los ojos brillantes del muchacho destellaban miel en su mirada. Todo en él estaba acentuándose o cambiando. La piel celeste lucía como vidrio traslúcido, las venas fulguraban por debajo como vetas de mármol sinuoso, el cuerpo se encogía en una figura más esbelta y longilínea, las orejas se volvían como alas de alabastro. Era una escultura hermosa, casi... neutra, ¡sí, neutra!

Sarraillarotz acercó la mano de Chaske a su boca y comenzó a succionarle el dedo índice con real fruición. Una corriente de placer inundó el cuerpo del enorme ser, mientras la lengua de jade de su

hermano acariciaba su falange. Era como contemplar una estatua cobrar vida, una que tenía mucho de él y mucho de pájaro de fuego. Las pupilas de Sarraillarotz se afinaban como las del ave; oro sobre ámbar, brillantes, destellantes como dos soles en miniatura.

Chaske se arrodilló junto al jovencito, acarició su cuerpo de vidrio y se tendió junto a él. El muchacho introdujo una de las agujas de sus dedos en la boca del neanderthaloide, que sorbió despacio, temiendo romper su sutil delicadeza ahusada. Era como una vara de marfil en su paladar, en su lengua, en su garganta.

Los soles volvieron a cerrarse mientras el cuerpo seguía estirándose, cada vez más leve, como una salamandra vítrea retorciéndose en torno al cuerpo de Chaske.

Simeón sonrió y dejó solos a los hermanos. Ya era tiempo que ambos reconociesen su unidad.

* * *

Chaske despertó envuelto en un pellejo transparente. Un par de soles brillaban sobre su rostro: uno era ambarino y dorado; el otro, dorado y lechoso. ¿Luminosa y Oov?, ¡era imposible! ¡Imposible que estuviese de regreso en casa! ¡Pero allí estaban los dos soles de...!

--¡Sarraillarotz!

Una sonrisa amplia reveló una hilera de dientes negros como la obsidiana. Con esfuerzo, un sonido ronco surgió de la nueva garganta:

--Sí, mi hermano.

El ser parecía sutil como una burbuja, suave y alargado. Recordaba a una salamandra mitológica. Ahora tendría casi su misma altura y menos de la mitad de su peso; y, no obstante, una fuerza comparable a la suya. Sus orejas, tejidas de agallas, caían como un manto hasta sus pies, mientras que sus ahusados y multiarticulados dedos estirados tenían casi la misma longitud de aquellas.

Cuando lo abrazó, el neanderthaloide sintió la fuerza que traicionaba su imagen, como si una escultura de cuarzo lo retuviese entre sus brazos. Las arterias marmóreas latían contra su piel. Un frío capaz de apagar todo fuego... o de encenderlo.

Chaske apartó de sí a su hermano para observarlo con detenimiento.

Las venas y arterias se translucían en su piel apenas celeste, tal como las estrellas se colaban por el delgado cielo diurno de R'li.

Jamás había visto algo más bello en su vida.

Jamás se había sentido tan enamorado.

Sarraillarotz sonrió en su oscura sonrisa y colocó cuatro de sus delgadísimos dedos en la boca de su hermano. Los soles dorados de sus pupilas destellaban en sus iris: blanco y ámbar. La frialdad de su cuerpo contra el suyo refrescaba su ardor. Era algo hipnótico y etéreo. Poco a poco los dedos de su mano izquierda quitaron del cuerpo de Chaske los restos de su propia piel muerta mudada, y poco a poco los dedos de su mano derecha buscaron la glotis de su hermano.

Luego de la primera arcada, Chaske sintió como si un vino suave lo embriagase, un vino de pura sensualidad.

Sarraillarotz acercó su boca a su oído y susurró:

--No sé qué es esto que siento por ti, hermano, pero me quema...

Chaske sintió los dedos del muchachito bajando por su esófago; y los otros dedos de su hermano acicalando cada pelo-plumón de su cuerpo, liberándolo de la piel muerta. Sintió la boca de su hermano sorbiendo encarnizadamente cada uno de sus dedos. Sintió el cuerpo de su hermano reptando por el suyo envolviéndolo como una serpiente. Y sintió por fin su voz, su ronca y pétrea voz:

--...y nunca había sido tan feliz con el fuego, oh hermano mío; mi raíz y mi fin.

Chaske jamás había sospechado de las delicias del placer y sabía que Sarraillarotz tampoco. Por un momento sintió pena por Simeón y mucha culpa por Mārama... Pero pronto se dejó llevar por las caricias internas de su amado hermano y por el abrazo feroz de sus propios brazos en las agallas que tapizaban las inmensas y aterciopeladas orejas de esta bellísima escultura viviente.

Así, entrelazado con él, se sintió completo, feliz, libre. Ni el abrazo de su padre ni el de su hijo se les comparaban. Su nuevo hermano era como un néctar de amor, como un fuego vivo en su ser. Cuando sus propios dedos treparon, agallas arriba, hasta los lóbulos de Sarraillarotz, su hermano estalló en una sucesión de gemidos incontrolables, largos y ululantes. Cuando los dedos de su hermano

alcanzaron su pílora, fue él quien ahogó un grito acorralado por esos mismos dedos.

El abrazo constrictor del muchacho hizo crepitar sus costillas, pero el dolor no importaba; al contrario, aumentaba el placer del mutuo abrazo. Una y otra vez se repetía que era una obra de arte la que lo estaba amando, y una y otra vez se sentía agradecido.

Entonces se experimentó derramado, como si saliese de sí para volcarse en el otro. Otro que era genuinamente alterno y también perfectamente su igual.

La voz de su hermano lo trajo de regreso al mundo:

--Cómete siempre mi ser, que yo respiraré el tuyo.

Chaske sostuvo esos ojos de estrella en su mirada: por fin estaba en casa.

--Sé uno conmigo para siempre --le rogó a su hermano, con la finísima aguja de su dedo aún dentro de su garganta.

Y el bello ser de turmalina y azurita le respondió:

--¿Es que hay otra alternativa?

* * *

La educación de Sarraillarotz estaba principalmente a cargo de Simeón.

El arte-de-sacar-a-la-luz era algo que ya había practicado con Chaske y con Mārama y ahora debía practicarle una vez más. Parte de

la sutil belleza de la procreación neutra era la posibilidad de implantar conocimientos en la mente del feto durante su formación. Así, un neutro nacía con un caudal de conocimientos inmenso, tanto que la mayoría jamás hacía uso de la totalidad del mismo. La Lengua, la genética, la astronomía, el ABA, la historia del pueblo humano, la secuencia del cosmos, y mucho más, estaban presentes en cada mente neutra ya en el momento del alumbramiento. Pero que estuviesen allí, no significaba que su portador fuera consciente de ellos.

Hacía falta una larga y lenta educación para sacar a la superficie de la consciencia todo aquello que yacía dormido en el interior de la mente. Los neutros llamaban a ese acto: desolvidar. De este modo, un padre o un maestro sencillamente hacía aflorar los conocimientos que el joven ya portaba dentro de sí. Nada nuevo se le enseñaba, pues un buen maestro sólo sacaba lo que yacía en el pozo genético de su discípulo.

Luego, cuando el conocimiento básico había salido a flote, un místico debía guiarlo en el arte del auto-alumbramiento. Era entonces cuando un joven neutro aprendía a sacar por sí mismo los conocimientos enterrados en su interior, sin ayuda de un maestro; y a descifrar los símbolos de los sueños, que usualmente mezclaban vida y no-recuerdos. Pero, fundamentalmente, se le enseñaba cómo adquirir nuevos conocimientos a partir de sus propias experiencias, y a utilizar el ABA como medida interpretativa de su existencia.

Por supuesto que esta tarea y el desolvido de la espiritualidad

astronómica del ABA correrían por cuenta de su hermano, una vez que Simeón terminara con la primera fase de su conocimiento.

Simeón estaba sorprendido de cómo el no-recuerdo de La Lengua había surgido por sí mismo en la mente recién injertada de Sarraillarotz. Casi como por instinto, el muchacho había empleado el idioma-base en sus encuentros amorosos con Chaske. Luego, con un mínimo de práctica, había aflorado en sus conversaciones con Simeón el uso de la lengua vernácula de la Plataforma del Panóptico 85; la hipernave que giraba como un mundo plano en torno a Luminosa y Oov, en el centro galáctico: el hogar de los Irará.

Simeón consideraba altamente provechosa su relación unitivo-extática con Chaske. Después de todo ése era el modo natural de relacionarse dos hermanos neutros, el modo altamente hiperbólico pero perfectamente funcional del incesto prescripto. La relación era mítico-sacra y se remontaba a los primeros neutros de que se tuviese memoria: la pasión fraterna. Técnicamente era un autoerotismo, visto por los bios como una masturbación dual, por los trinos como poesía física y por sexuados como una degeneración vomitiva.

Siendo que el engendramiento de dos neutros de la misma generación, en una familia, constituía una verdadera extravagancia genética que sólo aquellos que recargaban el arte solían practicar --algo que, en el modo sobrio pero refinado de los Irará, jamás había sido explotado--, la forma en la que Chaske y Sarraillarotz se relacionaban era óptima y completamente original en su expresión

amatoria: la recreación de pseudo-órganos de placer destinados a una unión simbólico-física. La fusión se consolidaba a medida que Sarraillarotz se hacía más y más a la manera humana. Esa entrega mutua realizaba en el alma lo que la replicación genética neutra hubiese realizado en la carne: la identificación, la perfecta simbiosis de dos en uno.

"Sí", pensaba Simeón, "las cosas entre los hermanos están dándose de la manera más natural y sacra posible".

Las lecciones de su padre, mucho más canónicas, se desarrollaban a lo largo de una cadena de preguntas que el muchacho desplegaba de a miles cada vez que conversaban.

--¿Por qué somos todos distintos?

El joven volvía una y otra vez al mismo tema. Simeón sonreía.

--¿En verdad somos distintos, hijo?

Las estrellas binarias que parecían constituir los ojos de Sarraillarotz se encogían buscando algún indicio de respuesta. Entonces Simeón continuaba:

--Sé que debe dolerte el haber cambiado como lo hiciste. ¿Esa es la diferencia de la que hablas?

El joven sonrió con su sonrisa nocturna.

--No. Nadie me miraba siquiera cuando dejaban un plato de comida a mi lado, en el suelo, como si fuera un animal; pese a que yo era idéntico a ellos. ¿Por qué habría de dolerme volverme distinto de quienes me ignoraron toda mi vida?

--Entonces, ¿cuál es tu dolor?

--No sólo me he transformado en algo que jamás había visto antes, sino que me he vuelto adulto de pronto y aún sigo sin saber qué soy.

Simeón comprendió el dilema. La transformación lo había arrancado de la pubertad y lo había llevado a la misma edad biológica de su nuevo hermano, Chaske.

--Eres un Irará, ¿eso no te basta?

--Al contrario, es lo único que le ha dado sentido a mi futuro. Pero soy muy distinto de ti y de... mi akāraku Chaske.

--Hijo mío, tu "amado-loco", como llamas a tu hermano, es único. Nadie más es igual a él en todo el universo, nadie más tiene o ha tenido su forma gráfica. Yo la diseñé. Lo mismo sucede conmigo y con cada neutro que existe: es la mezcla exacta de la cepa del único ser que todos somos y de diversas especies indígenas de cada planeta habitado; especies inteligentes especialmente escogidas para ser unidas a nuestro ser de una forma estética. Por supuesto que contigo sucede otro tanto y el hecho de que hayas nacido de un modo casi azaroso no quitará jamás lo Irará que hay en ti.

--Y estas diferencias... ¿No les duelen?

Simeón intentó entender aquello, pero algo se lo impedía. Era como si la lógica de Sarraillarotz le fuera totalmente ajena.

Entonces comprendió: era su mente sexuada la que aún hablaba. El dolor de su infancia retenía esa etapa de su vida. Habría que enseñarle mucho.

--Sólo en un ámbito donde todos son idénticos, lo diferente se distingue. Pero si todos somos diferentes, únicos, entonces nadie lo es. Incluso cuando miras bien, hasta los clones-bios son diferentes entre sí. Y si lo piensas con detenimiento, todos los neutros de una familia son un mismo individuo expresado en muchas variaciones. En la conjunción de las diferencias es donde se halla la verdadera igualdad, no en la homogeneidad patógena que siempre conduce a la extinción. Y no sólo hablo de rostros o culturas, hablo de ideas, hablo de nosotros mismos cambiando a lo largo de nuestras vidas...

--¿Todos somos iguales? ¿Todos somos distintos?

--Depende del punto de vista, y eso lo es todo. Sólo hay puntos de vista, jamás una visión humana absoluta. En el fondo no somos ni iguales, ni distintos, sino únicos.

Sarraillarotz se quedó mirándolo, pensativo; algo dentro de él comprendía y algo se resistía. Simeón sostuvo en su mente una intuición inquietante y la dejó remontar su vuelo natural: los humanos originales eran sexuados y Sarraillarotz lo había sido; él estaba siguiendo, en su propio ser, el camino de todo el hombre.

Se formó un nudo en su larga y flexible garganta cuando decidió expresar su más grande esperanza en voz alta:

--Es necesario que te diga algo, hijo mío; algo de tu destino. Nuestra forma, divergente de la forma original humana, nos enseñó el tesoro de la singularidad. Nuestra búsqueda de la reunificación,

también. Es... como un viaje. La humanidad emprendió ese viaje hace mucho, mucho tiempo, cuando se transformó a sí misma en un conjunto casi infinito de grifos homínidos. Un grifo es un animal hecho de otros animales, un símbolo de diversidad y unificación. Nos hicimos mundo, vida, fauna: fuimos nuestros pájaros inexistentes, nuestros peces perdidos, nuestros árboles ya muertos; nos convertimos en lo que hicimos desaparecer, para experimentar desde dentro la humillación y la redención; pero, sobre todo, la verdad y el punto de vista inexorablemente perdidos. Ese viaje de lo uno a lo múltiple implica retornar al origen, y eso es lo que la ABA nos dicta: porque todo viaje que se emprende es un viaje de retorno. Tú eres parte de la búsqueda de nuestra familia, una parte esencial. Chaske, tu amado, tu hermano, te llamó "el cerrajero", solo tú puedes abrirnos una puerta... Sólo que aún no sabemos cuál es y hacia dónde conduce.

--Pero yo simplemente era un chiquillo sin nombre que mendigaba comida.

--Nadie es simple.

Sarraillarotz se quedó pensativo. Sus orejas de alabastro ondulaban en una leve respiración acompasada a medida que sus agallas colaban el oxígeno de la atmósfera interna de la burbuja de la nave. El latido de sus venas y arterias, bajo la piel traslúcida celeste, las retorcían en vetas plateadas.

Por fin habló:

--Y, tal vez, yo sea el más complejo de todos. Ustedes siempre

fueron lo que son. Yo fui algo y ahora soy otro. En realidad, fui nada y ahora soy. Pero esa nada estaba, por así decirlo, determinada.

Simeón intuyó un poco de filosofía carampahala detrás de esa idea y alabó en secreto la memoria que estaba resurgiendo por sí misma en Sarraillarotz a partir de esas pocas gotas de sangre de su hermano. Pero lo que era en verdad maravilloso, era la rapidez --en relación con su estado evolutivo actual-- con que estaba sucediendo ese despertar. Sí, lo que había en él de pájaro de fuego alimentaba el no-olvido de forma casi instintiva.

--Muy bien, así es. Quizás te convertiste de nada en uno, pero un uno múltiple en más de un sentido. Tú eres yo y eres Chaske y eres el hermoso Mārama, a quien conocerás pronto en tus memorias y luego en persona. Pero eres el paso de lo sexual a lo neutro, de lo belicoso a lo sensual, de lo instintivo a lo artístico. Y eso puede ser interesante, mi querido hijo. Piensa que tú tienes dos formas de ver el mundo unificadas en una sola persona; y un solo ser repartido en dos personas: tú y tu hermano. Lo bello y lo bestial. Dos en uno y uno en dos. Chaske y tú, lo neutro y el sexo. Debo admitir que, de todas las probabilidades, ésta es la simbólicamente más rica. Su unificación es un hallazgo maravilloso. Ahora bien, piensa: no sólo eres tú la fuente de la complejidad, son tú y tu hermano. Ya nunca más serás uno (nada o algo) sino una multiplicidad.

--¿Probabilidades? Pero, ¿qué otras probabilidades puede haber?

--¡Oh pequeño, aún no sabes nada! Hay otra expresión: los bios, los clonados. Ellos son mismo-mismo. Cada ejemplar es idéntico al ideal de perfección que, hace miles de años, creyeron descubrir. Millones de copias idénticas de un solo ser. Si nosotros somos el arte y, los sexuados, el instinto, ¿cómo crees que son los bios?

Sarraillarotz pensó unos segundos, masticando la respuesta:

--¿Lo mecánico?

--¡Bien! ¿Por qué?

--Porque son mismo-en-mismo, una simple copia. Si fuesen otro-en-otro tendrían variaciones azarosas, como los r'lianos. Si fuesen otro-en-mismo habría libre elección de la forma de existencia, como nosotros. Pero ellos son simples repeticiones, iteraciones mecánicas de lo idéntico; sin novedad, sin fuerza, sin cambio.

--¿Y qué deduces de ello?

--Deben ser una raza indolente, agotada, tal vez aséptica en su inerte pureza.

--¡Por la deidad, hijo! ¡Eres brillante! Nunca vi a nadie recuperar no-memorias o generar ideas como tú. ¡Brillante como un pájaro de fuego! Agradeceré eternamente al que te puso en el camino Irará para integrarte a nosotros.

Sarraillarotz bajó la cabeza. Por un momento quiso envolverse en sus orejas en señal de vergüenza. Pero ya no eran orejas sus miembros agallados y respiraba con dificultad, así que desplegó nuevamente su triple ala.

--Sin embargo, padre, hay algo que me inquieta. Una falla en mi pensamiento. No puedo dejar de pensar en que podría haber una cuarta posibilidad, algo distinto. Pero no logro controlar esas ideas. Lógicamente esta posibilidad fantasma debería consistir en una especie de fuga, de transferencia de ser. No lo sé. ¿Estoy divagando acaso?

Simeón abrió ampliamente sus cinco ojos y, en un susurro, exclamó: "Sigue".

--Creo que debería haber algo así como una clase de humanos trascendentes, seres que vayan más allá del instinto, el arte o la mecánica. Y, lo único que hallo, es la religión. Pero no logro dar con el método de trascendencia. Sospecho que he ido demasiado lejos.

Simeón abrazó a su hijo con todas sus fuerzas; parecía que el cristalino ser se quebraría bajo la fuerza de esta especie de centauro que era su padre.

Apenas lo soltó, comenzó a girar alrededor del joven, dando cabriolas y gritando su lección, con una euforia que nadie había visto en él jamás.

Chaske se acercó para ver el evento. La propia nave, en alerta, dejó de pastar y se enlazó con la mente de su creador y co-parte.

Simeón exclamó:

--Se llaman a sí mismos "trinos" y, supuestamente, deberían ser el equilibrio, el centro, pero en realidad están en fuga. Migran hacia lo irracional, hacia lo no-significativo. Son los locos cósmicos

porque buscan la trascendencia lejos de ella.

--¡Confusión! --gritó Sarraillarotz contagiado de la alegría de su padre--. En lugar de transferir sus seres en algo no material, no energético, huyen hacia la locura: se convierten en un sólo ser, en un panandros (sea maquinal o biológico). Una única entidad que los reúne a todos como un gran panal: en definitiva, ni un todo verdadero, ni un hombre real; sólo la visión limitada y limitante de la unificación artificial, albergando algo que no puede cumplir su destino. Horrible, horrible forma, padre.

Chaske se adelantó y tomó en sus brazos al joven, su otra mitad. Sarraillarotz le devolvió un abrazo diáfano, feliz, amante:

--Tú eres el cerrajero, amado mío, hermano mío; aquel que abrirá las puertas del hombre a la humanidad. Tú eres mi ideal.

Y mientras sostenía contra sí la figura tersa del joven, algo comenzó a resonar con una frecuencia conocida dentro de su cristalino ser, una vibración persistente y rápida que hacía eco en cada fibra del propio cuerpo de Chaske.

--¡La voz de tu corazón me habla con la lengua del púlsar!
--susurró asombrado el místico.

Con los ojos desorbitados, el neanderthaloide sostuvo a Sarraillarotz frente a sí mientras lo miraba entre el horror y el éxtasis:

--Me aterras y me fascinas, amado mío.

Sarraillarotz intentó dar un paso atrás, pero los brazos de

Chaske y una voluntad extraña dentro suyo se lo impidieron.

Chaske continuó su profecía:

--Estoy viendo la boca del púlsar en tus labios de jaspe estriado. Estoy viendo la palabra del púlsar hecha carne. En la línea de tus pupilas doradas se cuelga un mundo de oscuridad perfecta; los soles no brillan, las estrellas se apagan en silencio...

Las manos del neanderthaloide se aferraban al joven. Sarraillarotz no podía dejar de ver los ojos de su hermano; estaba como clavado a su mirada. Poco a poco sus labios comenzaron a moverse al compás de los de Chaske, poco a poco empezaron a hablar al unísono, como en un trance:

"...Nada queda que no sea negro. Nada, excepto un haz de luz blanco-azulado en el fondo eterno de la noche".

En silencio, siguieron contemplándose, hasta que Sarraillarotz habló:

--Vi una estrella que crecía y decrecía en su brillantez. Estaba en la cabeza de un lobo, creo que eso era el animal.

Simeón se acercó al joven, aún en brazos de Chaske.

--¿En qué parte de la cabeza?

El neanderthaloide intervino:

--No comprendo.

--Bajo su oreja derecha --aclaró Sarraillarotz.

Simeón caminó unos pasos mientras meneaba la cabeza. La burbuja se consolidó a su alrededor en un arco iris de iridiscencias. El

diálogo silencioso con la nave prosiguió unos minutos más ante los pasmados hermanos. Al fin, estaba lista para el despegue.

--Es sencillo, hijo mío; la estrella es Alfa de Lupus según la ABA. Sarraillarotz acaba de indicarnos nuestro próximo destino, ha debido leerlo en tus visiones. Después de todo, son dos en uno.

Chaske soltó de pronto al joven y corrió.

Sarraillarotz se acercó a Simeón, asustado ante el comportamiento de su hermano. Pero el padre conocía bien al hijo y lo consoló:

--Calma, intentará completar la profecía, trazar el mapa con el verso indicado.

Chaske entró portando la máscara Dagda bajo la forma del cráneo de un karaurus --según se decía, la más antigua salamandra-- y se detuvo ante Sarraillarotz y su padre.

--El conejo intercambia con el mono. Cinco semillas rojas y dos semillas doradas. ¡Claro, el verso 243! ¡"La sabiduría del gran artista y el sol protector"! El padre y el hijo... La respuesta son ustedes dos.

Chaske se quitó a Dagda con tal entusiasmo que ésta calló al piso. Suelta, la máscara volvió a su estado animacular y corrió hacia Sarraillarotz. El joven lo recogió entre sus largos y ahusados dedos. El ondrión trepó por ellos y se acurrucó en su palma con un murmullo de satisfacción.

En este instante, la nave se elevó con un impulso suave y

delicado. R'li quedaba lentamente más y más abajo.

Simeón contuvo a su primogénito para que no interrumpiese la conexión: el ondrión estaba comunicándose con la nave, traduciendo las visiones del joven en deseos para la plataforma. Deseos plácidos como su vuelo.

El padre se conectó con las biomáquinas y percibió la profundidad del llamado que la nave sentía en su interior. Una dulce voz cristalina que repiqueteaba a 343,43434343434 veces por segundo, instándolo con ternura a un sitio feliz como un vientre materno.

Al cortar la conexión, Chaske y Sarraillarotz lo estaban mirando.

--Tu herencia r'liana acaba de tomar sentido ante nuestros ojos
--dijo mirando a su hijo menor-- llevas el ritmo del púlsar en tu corazón.

El hijo

La oscuridad se colaba por las pantallas del navío estelar como un alimento espeso y resinoso que lo nutría.

Sabía, saboreaba con deleite su condición: era una anormalidad, una transparencia entre la propia oscuridad. O quizás, la cristalinidad misma de la oscuridad.

Y la oscuridad era caos; pero no un caos amorfo, sino uno multiforme. El espacio negro y profundo no era un vacío, para nada; era un pleno, una nube de posibilidades infinitas.

El espacio profundo era el caos y el caos era una galera de mago de la que todo podía surgir.

Y él tanteaba en esa viscosa oscuridad plena de potencias, en busca de algo que se le pudiera sonsacar a la plana realidad, algo que pudiera tejerse en la rica imaginación o, simplemente, algo que pudiera ser en acto.

Un instante, un microsegundo sería suficiente.

El no-ser del caos espacial era un horizonte tridimensional, límpido e ininterrumpido de posibilidades. Pura y fresca esperanza.

Y quizás hasta sería mejor que continuara así: anticipación pura y simple.

Pero no, no era esa su condición. Cumplimiento. Sí, cumplimiento.

El espacio profundo, interestelar, solía parecerle uno de esos yaguaretés negros de los antiguos grabados electrónicos. Una piel oscura y sin luz que, sin embargo, desde cierto ángulo, translucía dibujos complejos enterrados bajo ese color. Así era el espacio: aparentemente vacío y negro, pero complejamente bordado de luz.

Y él era sencillamente transparente, una apertura constante al medioambiente, una invitación a lo que fuese que resplandeciera u oscureciese.

Translúcido, se desvanecía en cualquier medio, invisible al ojo y al espíritu.

No es que fuese proteico; su poder de camuflaje no consistía en una emulación o un cambio, sino solamente en permear la cultura, la naturaleza o la disposición del sitio en el que se encontraba.

Tore Q'om era su nombre, dios y hombre, leopardo de la cacería y verdadero humano. Hijo de Nga Whetu, las eternamente brillantes. Un tanalahy por derecho propio. Un camaleón humano.

Él era etéreamente transparente gracias al calor y la fluidez, a la fortaleza y a la vitalidad amoldante, y a la electricidad conducente. Él era la elementariedad y la razón.

Un goshe, un perro de la guerra.

* * *

Saltó por encima de una pila de material electrónico a medio

ensamblar que olía a cable chamuscado y metal recalentado, y llegó hasta el puesto de observación en donde la oscuridad era viva y no una simple imagen (si es que es posible que algo no lo fuese en la mente humana).

Los biomecanismos se agitaban por entre los retorcidos trozos de metal, ensamblando y curando lo que fuera que estaba causando la detención absoluta de la nave.

Q'om se había colocado la máscara respiratoria para no consumir la atmósfera de la nave y que así sus piezas vivientes tuviesen el suficiente oxígeno como para respirar y trabajar con comodidad.

Las únicas luces eran las de las distantes estrellas y apenas si alumbraban lo suficiente como para saber que no se estaba en medio de la nada.

"Izarbel" era el nombre que le había dado el anterior dueño a esta nave. En La Lengua significaba "planeta" pero también "estrella negra". Q'om la había rebautizado "Itzal Zuria", "sombra blanca".

Se sentó en el puesto de control. A su derecha el nuevo nombre de la nave aparecía grabado a punta de cuchillo sobre el antiguo nombre raspado. Un palimpsesto de luces y sombras.

Y eso parecía él mismo: un palimpsesto de cicatrices y muertes.

Como la nave era antigua, estaba diseñada para tener un capitán en un puesto determinado, y ese puesto estaba configurado para una clase específica de grifo. De modo que había tenido que efectuar ciertas reformas.

Los controles estaban reestructurados para sus dedos tentaculares; y la pantalla de proa había sido remplazada por una burbuja mecánica que permitía ver el exterior sin filtro alguno, un aditamento inútil puesto que los ojos de Q'om podían filtrar lo que fuera necesario.

Sus dos ojos izquierdos brillaban como diamantes en la oscuridad, mientras que el único ojo derecho se hundía en un pozo de negrura. El otro lo había perdido en alguna acechanza que ya no recordaba.

Concentrado en dirigir los parámetros de reparación, su cabeza parecía flotar sobre el tablero con la gracia de un pulpo en plena cacería. Las manchas de ocelote de su cuerpo cambiaban de color a medida que su ánimo se iba crispando o suavizando. Para cuando lo esencial de las reparaciones estuvo finalizado, un suspiro de calma volvió su camaleónico cuerpo a su habitual tonalidad imposible, inexistente: de una casi total transparencia.

Se recostó en el sillón. A excepción de sus dedos y cabeza, era un hombre clásico, original; lo más cerca de un hombre verdadero que el linaje neutro Nga Whetu había podido llegar. Reclinó su cuello hacia atrás y fijó la mente en las estrellas, mientras cerraba sus ojos e imaginaba un juego de luces magenta, azul eléctrico y dorado sobre su faz. Abrió sus fosas nasales y absorbió una dosis gruesa de olor artificial: pino fresco, bosque húmedo en invierno.

Su mente voló por cielos imposibles mientras la droga olfativa

lo limpiaba desde la propia alma, dándole una paz que probablemente nunca habría saboreado por sí mismo.

La droga, que siempre flotaba en la atmósfera de la nave, le traía esa reminiscencia de sitios en los que jamás había estado, y hacía que la propia nave trabajara más eficientemente. Claro que cualquier otro ser viviente que ingresase en ella sería presa de alucinaciones espantosas a poco de respirar su aire.

Por un momento olvidó el hacha de obsidiana pendiendo de su cintura y la lanza apoyada en la pared del fondo. Pero sólo bastó ese momento para que su fiel arma, al captar los pensamientos tranquilos de su amo y amigo, se licuara en el piso y reptara hasta su sillón: ¡alguien debía permanecer de guardia! Como un anillo de fuego vivo rodeó a Q'om y se tendió en el suelo a vigilar, la cola bajo su cabeza de diamante, un círculo perfecto.

El hacha, por su parte, ronroneaba en su cintura.

Aquel chico asustado, envuelto en sus orejas, pasó por la mente de Q'om.

Ahora, la semilla que había implantado en su sangre estaría floreciendo y, para cuando Irará lo incorporase a su clan, lo ayudaría a renacer en un bello ejemplar digno de verse.

Sonrió en su semisueño-semivigilia. ¡Ya podía verlo! Enhiesto, ahusado; los dedos largos y blancos, la tersura de su lengua, el amor a flor de piel. Sí, había sido una buena elección. Y para cuando hubiese cumplido con su utilidad, quizá hasta fuese un magnífico

consorte para tomar.

El hacha se retorció de lujuria en su funda ante el pensamiento de su dueño.

Sí, después de todo había insertado en él los genes Nga Whetu. Era digno de ser su hermano y su pareja.

La contaminación de los genes Irará lo tenían sin cuidado, él no era un purista.

A estas alturas, probablemente el muchachito ya estaría uniéndose al enorme o al de cuatro piernas.

Q'uom imaginó esa carne fresca como vidrio contra su piel y comenzó a ondular su cuerpo rítmicamente. Kauk'n, el hacha de obsidiana, imitó su ritmo jadeando al compás de los gemidos de su amo. La lanza continuó impertérrita, vigilando.

Sabía que, cuando el muchacho lo mirase a los ojos otra vez, la fuerza de su sangre parecería muda frente al grito de su memoria, y el terror volvería a ellos, como cuando lo vio en plena faena.

Sí, el chico le pertenecía genéticamente; Nga Whetu era su legítimo dueño, pero eso no era suficiente.

Recordó entonces los ojos apagados del consorte de su padre; éste solía decirle que un consorte siempre ha de raptarse a otro dueño: "Todo lo que te pertenezca, hijo, debe ser conquistado, tomado de otro por medio de la lucha para que tenga valor: tu nave, tu arma, tu ropa, tu hermano-pareja. Toda empresa y todo plan debe iniciar con una guerra y terminar engendrando otra. Porque la vida misma es

lucha".

El consorte de su padre, Maola, lo había acunado por las noches cuando era un niño y le había enseñado no pocas tácticas de lucha y el arte de la música fonemática. También él había sido un ser sexuado antes de ser absorbido por el clan Nga Whetu, pero nunca supo de cuál de los sexos había proveniendo.

Su padre había condicionado genéticamente a Maola para que el deseo fluyese por sus venas con sólo verlo. Así que, día y noche, Maola satisfacía a su obligado hermano-pareja por la voluntad propia de un deseo condicionado y corrompido, pero odiándolo en su espíritu; mientras aún amaba a aquel de quien había sido arrancado en combate. Era un rasgo particularmente sádico el de su padre: tener por amante a alguien que lo odiase y obligarlo a que lo deseara con toda sus fuerzas, sin que por ello dejara de odiarlo.

Un rasgo que él detestaba.

Podía tener perversiones exquisitamente retorcidas, como cualquier otro ser humano, pero jamás había pasado por ese tenebroso lugar.

Por un momento intentó imaginar los horrorizados ojos del jovencito r'liano encendidos de amor y su cuerpo ardiendo de deseos, sólo por él. Ser amado era una extraña forma de dominio mediante la rendición, y eso lo excitaba enormemente.

Pero una y otra vez el rostro de Maola volvía a cruzársele, sus ojos de zafiro --contra los dorados ojos del niño--, su pelo azabache,

su piel que parecía aterciopelada pero era áspera como lija al contacto. El roce de esas caricias ríspidas con las que había crecido...

Maola, ¡cuánta paciencia al enseñarle a luchar, a pintar, a acechar, a matar, a amar!

Q'om trató de mantener ambos rostros en su mente, superpuestos: el dulce jovencito r'liano, ahora de cristal, y el esmeril de su Maola tan querido. Entonces soltó la traba de la funda de Kauk'n liberando así a su hacha de obsidiana. Y, en el paroxismo final de sus lucubraciones, el arma se arrastró sobre el cuerpo de su amo y satisfizo sus necesidades de placer.

A sus pies, la fiel Kerren, su lanza amiga, seguía vigilando estoicamente.

* * *

Cuando la nave inició su marcha, mezcla de proceso neural y de ruptura del tiempo, un halo de gases color azul metálico comenzó a separarse lentamente del navío estelar. Grandes ondas y rizos de plasma plateado y dorado la envolvieron: kilómetros de largo de color en movimiento. La "Itzal Zuria" en plena aceleración era un espectáculo digno de verse... E imposible de hacerlo pues, el espectáculo de volutas y corazas de gases incandescentes estaba desfasado del tiempo de la galaxia por unas cuantas décimas de

segundo, las suficientes como para sacarla de toda posible realidad visible (a menos que el observador se hallase en el mismo intervalo de desfase).

Ignorada por el resto del universo, la sombra blanca avanzaba envuelta en un cortejo fantástico de colores y energías, como una reina triunfante. Había captado el olor de la nave Irará y ya había fijado el curso de intercepción siguiendo su rastro.

Q'om tenía las terminales nerviosas del puente conectadas a sus tentáculos craneales, intentando mantener el desfase en una proporción constante para no caer en algún universo alterno peligroso. Era sabido --y él lo había comprobado en sus primeros intentos--, que había universos desfasados, en los cuales la cola de pavo real que emitían los motores de la nave hubiese atraído a miles de monstruosas criaturas hambrientas de plasma, metal y carne. Eran mares peligrosos, plagados de engendros.

El tanalahy sostenía, firme pero delicadamente, el timón neurálgico de la nave. Amasaba en sus manos una bola imaginaria de energía que lo ayudaba a mantener su concentración y ritmo constantes.

Entonces algo sucedió justo cuando estaban entrando al sistema al que había arribado la nave Irará.

Primero fueron los rizos de plasma, volviéndose verdes; luego fue el propio espacio ondulando tal como lo haría una ola en un estanque de miel. Finalmente, fue un aroma como a cedros y tuyas,

o a cipreses y alerces; un olor tan cautivador, que lo estremeció del miedo a quedar pegado a su resina agridulce.

Con un esfuerzo dolorosísimo sacó la nave de cuajo del desfase y la ancló al tiempo galáctico normal. Toda la estructura sufrió indecibles dolores, al igual que el cuerpo de su capitán, quien permanecía conectado a ella.

Cuando por fin logró restablecer algo de su calma, Q'om sólo podía pensar en una cosa: ¿qué había sido aquello?, ¿qué era aquella fuerza que él podía sentir en su estructura genética y que estaba agitando a la propia galaxia?

Algo inmenso se estaba aproximando y era obvio que los Irará tenían que ver con eso. Abandonando toda precaución, el guerrero decidió dar un paso desesperado --una fuerza instintiva lo estaba empujando a ello--, y se aprestó para tomar la nave enemiga.

* * *

La estrella brillaba gigante y azul como un vientre que se contraía y expandía al respirar. Era un espectáculo apabullante. Habían llegado en el segundo mismo de su partida (tal como el motor temporal les permitía) y estaban frente a Alfa Lupi (ABA).

Al parecer, se mantenían en el mismo grupo estelar, ya que aún eran visibles los pulsos de la estrella de neutrones.

A lo lejos, verde como una lima, se divisaba el gigante

planetario We'enai. La célebre cicatriz sobre su superficie era visible incluso desde esa distancia: una enorme cadena de volcanes que cruzaba su territorio de noreste a sudoeste.

--Una estrella variable --susurró Simeón.

Sarraillarotz estaba como hipnotizado por el brillo del sol que se copiaba sobre su vítrea epidermis.

Chaske se acercó a su lado y tomó con delicadeza una de sus alargadas manos entre las suyas.

La escasa tripulación de la plataforma miraba abstraída la estrella profundamente azul, mientras la nave pastaba con indiferencia la energía y las partículas que desprendía ese sol.

Era como contemplar un mar en calma, vasto, profundo y esférico.

We'enai caminaba lentamente por su órbita y era la única isla a la que asirse.

La nave sintió la fuerza del planeta y comenzó a dirigirse hacia allí.

El sacudón hizo que Chaske y Simeón saliesen de su ensimismamiento y se concentraran en el inminente aterrizaje en ese nuevo mundo. Pero Sarraillarotz permanecía en contemplación, como viendo al Uno.

Y entonces sucedió todo.

La nave estaba alcanzando la atmósfera planetaria cuando el joven r'liano sintió su cuerpo palpar como la estrella azul. Su muslo derecho se contraía y expandía con el ritmo del astro y un dolor

inmenso lo acuciaba. En cuanto su hermano-consorte se abalanzó a ayudarlo, el grito de alerta de Simeón lo detuvo: una nave enorme y envuelta en rulos energéticos de brillantes colores se había colocado súbitamente a la par de la plataforma.

Chaske saltó con el cuchillo de obsidiana en la mano, enfrentando la nave como si pudiese saltar al vacío para desafiarla. Dagda estaba en su espalda, las crestas inmensas de su forma de guerra plasmándose en su superficie, reptando hacia el rostro del neanderthaloide.

Las dos naves se precipitaban en la atmósfera de We'enai, dos rastros incandescentes los seguían. La nave recién llegada había atrapado a la plataforma en sus halos y la arrastraba tan sin control como su propia caída.

Simeón luchaba por instruir a la nave ante el inminente choque con el planeta; quería que la nave se separase en sus componentes y liberase la burbuja a unos pocos metros de altura, los suficientes para que la tripulación cayese sin peligro en la baja gravedad de ese mundo, y para que la plataforma tuviese el tiempo necesario como para poder salvarse de un choque letal.

Y Sarraillarotz gritaba y gemía en dolores como de parto.

Una sombra extraña surgió de la otra nave justo antes del impacto. Era casi translúcido pero aún visible en el fondo de nubes rojizas que los rodeaban. Era una forma muy humana que estremeció a Chaske con un temor casi sobrenatural. Sin embargo, la cabeza

parecía una colección de pulpos apilados en extrañas posiciones. El neanderthaloide se aprestó al ataque. Si era necesario saldría de la burbuja. Pero no hizo falta.

A pocos metros de la superficie, la nave enemiga se paró en seco en medio del aire, y la plataforma se separó en sus miles de componentes.

Chaske, Sarraillarotz y Simeón cayeron lentamente en medio de algo que parecía un bosque gigantesco, seco y petrificado. Por sobre sus cabezas, la nave enemiga flotaba tranquilamente.

* * *

Cuando Chaske tomó consciencia de lo sucedido, comenzó a buscar a su padre y su hermano. Pero, por mucho que se esforzó durante horas, no halló a ninguno de los dos. Sabía que habían comenzado a caer desde muy alto y que la disgregación de la plataforma había separado sus trayectorias lo suficiente como para separarlos varios kilómetros los unos de los otros. Pero también intuía que, si su padre estaba bien, lo primero que haría sería intentar entrar en conexión con los componentes vivos de la nave para reunirlos y así poder resintetizar la plataforma.

A pesar de lo que le gritaba su corazón, Chaske sabía que tenía más oportunidades de hallar primero a Simeón que a su amado Sarraillarotz; sólo debía localizar las piezas animales de la nave

y seguirlas hasta su padre. Sin embargo, el amor podía más y, mientras buscaba piezas de la nave en migración, continuó gritando el nombre de su hermano-consorte por entre las ciclópeas y verde-azuladas formas petrificadas.

* * *

Simeón se sentó en el piso flexionando sus extremidades bajo su cuerpo casi como un caballo y se concentró en suturar la herida de su cabeza, que manaba demasiada sangre. El pequeño casco conector que había caído con él tardó varios minutos, pero finalmente cerró la herida. Como el esfuerzo al que había estado sometido el casco había sido considerable, Simeón dejó que el dispositivo descansara y comiese a voluntad en la hierba-plancton antes de exigirle que estableciera un lazo con los demás componentes de la plataforma y los reuniese.

Un dolor punzante se instaló en su alma; Chaske había caído en plena posición de combate, lo que significaba que había visto a su agresor y posiblemente ahora estuviese luchando con él. La sospecha de que pudiera ser el mismo que los atacase en R'li lo preocupaba; ese hombre era un profesional de la muerte. Y también estaba el pequeño Sarraillarotz, recién convertido en neutro, empujado a la madurez pero aún demasiado joven para valerse por sí mismo. Y para colmo, afectado por esa extraña reacción a la estrella del sistema.

¿Qué haría el pobrecillo solo? Recordó cómo lo había hallado la primera vez, mudo, tembloroso, envuelto en sus orejas, aterrado. Debía buscarlo. ¿Qué sería de él sino? Además, estaba el hambre, la conexión casi simbiótica que había establecido con su hermano Chaske y que lo haría anhelarlo con desesperación y agonía cuando se hallasen separados. Era tanto el amor que había surgido entre ellos, que tuvo miedo por ambos.

¿Por qué sucedía esto? ¿Qué podía querer ese hombre de ellos para atacarlos así?

--¿Y si efectivamente es él, el mismo carnicero de R'li y viene por Sarraillarotz, para "cosechar" el fruto de su transmutación? ¿Y si lo dejó vivo sólo para eso, para que los Irará lo transformaran? ¿Qué tal si todo era parte de una enorme y única maquinación?

Pero maquinación o no, el jovencito era su hijo: sangre Irará, parte del clan, y eso era lo único que siempre importaría. Su hijo lo necesitaba y él debía hallarlo.

Recogió el casco y lo guardó en un pliegue de su ropa. Se paró en sus cuatro piernas y comenzó a correr por entre aquello que alguna vez confundiera con árboles inmensos y que, en la baja gravedad de We'enai, había crecido cientos de metros: colonias, sí, colonias de corales aéreos.

* * *

Era semejante a un banano pero muchísimo más alto, con formaciones pétreas aún más grandes que la propia nave. Y él se hallaba a sus pies, acurrucado contra su base, aguantando como podía el terrible dolor.

Sarraillarotz se había arrastrado desde el sitio de impacto hasta ese grupo de corales y estaba agotado, asustado y adolorido.

Había logrado esconderse en una concavidad bajo una de las inmensas hojas y permanecía quieto, con los larguísimos dedos entrelazados frente a su cuerpo, mientras apretaba sus negros dientes para evitar gritar de pánico y sufrimiento.

¿Dónde estaba su Chaske, su amor, su mitad? ¿Por qué no venía a consolarlo?

¿Dónde estaba su padre que lo había salvado una vez? ¿Por qué estaba tan sólo?

¿Y qué era lo que esa extraña estrella le había hecho? Su pierna estaba hinchada y morada, latía intensamente y dolía de un modo enloquecedor.

Se acurrucó asustado y cerró los ojos con fuerza como para negar lo sucedido o escapar de la situación. Lloraba en silencio.

No sabía cuánto tiempo había pasado así, cuando oyó el susurro de la hierba-plancton moviéndose más rápido de lo habitual. Era un caminar furtivo casi insonoro, pero sus orejas podían captar cualquier mínimo ruido. Cuando por fin dominó su temblor, giró la cabeza para poder ver qué o quién estaba allí, y lo vio.

El horror, el mismo indecible horror de R'li estaba allí mismo. Era ese ser fantasmal, ese nudo de tentáculos con cuerpo humano: la muerte que había diezmado a cientos y le había perdonado la vida sin un por qué.

El hombre estaba cerca pero aún no lo había visto. Sarraillarotz tenía que escapar. Pero, ¿cómo hacerlo así, con esa pierna abultada y latiente?

Tal vez pudiese trepar, subir por el banano hasta un nivel superior.

Y, mientras pensaba cómo hacer pié en el frágil tronco, sintió esa mano --perfectamente humana y perfectamente translúcida-- aferrando su antebrazo, y quedó nuevamente paralizado de terror.

* * *

Tore Q'om tomó al muchacho por el brazo y lo obligó a seguirlo. Debía caminar lento porque algo le sucedía al chico r'liano en la pierna. Pero era imperioso salir lo antes posible a campo abierto para así volver a la nave.

El muchacho guardaba un silencio aterrado. Q'om agradeció por dentro la ausencia de palabras.

Esa herida de la pierna no lucía nada bien. Tendría que hacer algo si quería mantener con vida a su presa lo suficiente como para que le fuese útil.

Era realmente extraño lo sencillo que le había resultado reconocerlo, pese a la notable transformación que había sufrido.

El muchacho era realmente hermoso.

Las largas garras le resultaron familiares, así como los dientes negros: el rastro inconfundible de la herencia genética Nga Whetu que había implantado en él cuando perdonara su vida.

Los Irará se habían mezclado con los Nga Whetu en este hombre, sin siquiera saberlo.

Miró al joven por unos minutos mientras lo llevaba. El muchacho lo seguía sumisa y pacientemente. Algo le dijo que aquello era más que miedo.

--Eres Irará, ¿no es así?

El joven bajó la vista y asintió.

--Pero eres algo más también.

El muchacho lo miró con tímida extrañeza, buscando con sus ojos un rasgo entre la fantasmal bruma de su figura semitransparente.

--¿Cuál es tu nombre original?

Un susurro le respondió:

--Nunca tuve nombre.

Tore asintió pensativo. Eso era notable; un ser humano sin nombre. Sí, notable y profundo.

--¿Y qué nombre te dieron los Irará?

El orgullo asomó por entre las palabras del chico:

--Soy Sarraillarotz.

--¿Lo eres?

Por primera vez los ojos del joven lucieron desafiantes y, de alguna manera, lograron hallar los suyos:

--Yo soy el hijo de Simeón. Yo soy heredero de Elur-hontz y Ndura, de Lem e Irará. Yo soy hermano-consorte de Chaske.

Se habían detenido.

Q'om supo que había amor en aquellas palabras. Y eso le dolía.

--¡Y eres Nga Whetu! Hijo de la simiente neutra de Wahya. Contaminado con la noble sangre de su consorte Maola. Hermano de Tore Q'om --dijo golpeándose el pecho, al par que adquiría coloratura ante sus ojos: una figura oscura de hombre y tentáculos-- y mi futuro consorte.

El joven se revolvió en un grito de asco y rebeldía.

Q'om lo golpeó. Un golpe suave y calculado, suficiente para derribarlo sin herirlo, suficiente para asegurarse que supiera quién era el dueño y quién el dominado.

--Mi sangre corrió aletargada por tus venas antes que los Irará te recogiesen. Yo mismo me escondí, recesivo, en tus genes, esperando el momento de salir a la luz. Tu sangre es tan mía como de él. Te llamas Sarraillarotz, "el cerrajero", y lo eres; pero no sólo abres las puertas a los Irará, sino que también me las abres a mí.

Entonces Sarraillarotz hizo algo que el goshe jamás hubiese esperado: lo atacó.

La dulce estatua de alabastro se abalanzó sobre el camaleón

humano con tal fuerza, que lo derribó. Sus dedos aguja rasgaron su carne y mordió sus tentáculos como queriendo arrancárselos.

Pero Tore sólo reía. Aquello era delicioso. El ataque de esa criatura bellísima lo embellecía aún más a sus ojos. Con tranquilidad le aferró los brazos y se los colocó tras la espalda. Luego, con cuidada y lenta pasión, lamió su propia sangre salpicada sobre la piel del joven. Los tentáculos deteniéndose aquí y allá sobre el cuerpo marmóreo, ignorando el llanto y los insultos del muchacho.

Pero aquello que latía en la pierna del joven lo hizo volver en sí.

Soltó al muchacho y dejó que se alejara corriendo, ya lo alcanzaría. Primero debía aclarar sus ideas, entender qué le estaba sucediendo.

Por un momento la luz intensamente azul que todo lo bañaba lo obligó a mirar el cielo. La estrella del Lobo parecía tener algo que decirle, algo realmente temible.

* * *

Sarraillarotz se detuvo agotado bajo la sombra de una formación fragante. Era como una tuya tan enorme, que ni siquiera podía abarcársela con la vista. La luz azulada de la estrella latía levemente en el cielo y en todo lo que iluminaba, y a su compás la pierna dolía de forma insoportable.

Ya no lo aguantaba. Sin siquiera pensarlo, Sarraillarotz extendió sus garras y se las clavó con fuerza en el muslo derecho. Con un impulso sobrehumano se abrió pierna por la herida y apartó la piel de alabastro.

Algo gritó.

Aunque era más bien un llanto débil.

El muchacho reunió fuerzas y miró. Dentro de su pierna había algo vivo, algo pequeño y palpitante... ¡un niño!

Un pavor sacro se apoderó de él. Esto era algo sacro, algo imposible.

Con cuidado extrajo al bebé de su pierna. Era tan pequeño que cabía en la palma de su mano. Una delicada criatura de escamas de bronce. Los ojos de Chaske lo miraban en él, pero como labrados en madera.

Olvidó la sangre y el dolor, olvidó la muerte translúcida que lo seguía y olvidó su propio terror. Todo lo olvidó por el pequeño ser que lloraba en la palma de su mano como un ramillete iridiscente bajo la palpitante luz azul del sol. Y, en su olvido, comprendió: ¡Éste era su hijo! ¡Éste era su hermano!

Como un espejo bronceo vio su mirada en el cuerpito, sus ojos dorados sobre el dorado de su piel... Sí, también había algo de él en la criatura.

Y había algo más.

Los pasos de su perseguidor sonaron claros en su mente. Estaba

muy cerca.

Un terror vivo se apoderó de él: ¡aquí estaba!

¿Qué haría?

La pierna abierta le sangraba profusamente, el niño había dejado de llorar y temblaba en su mano. Debía huir, debía abrigarlo. Debía luchar.

Tomó su abrigo y colocó al niño dentro para luego apoyarlo cuidadosamente junto al tronco del árbol.

Se ató la herida lo mejor que pudo y corrió hacia el otro lado del árbol para alejar al cazador de su hijo.

Con las largas uñas extendidas y rechinando los dientes, Sarraillarotz esperó a Q'om por un muy breve lapso.

La palpitante luz azul del sol delataba al tanalahy perfectamente. Avanzaba describiendo un amplio semicírculo alrededor del joven.

--¡No intentarás luchar!, ¿o sí?

La voz salía de un hoyo distorsionado en el aire.

Sarraillarotz alzó los brazos instintivamente, las uñas hacia adelante, asegurando un área mayor a su alrededor.

El tanalahy se volvió de pronto negro; un sinfín de manchas de ocelote brillaban o se opacaban en distintos tonos de oscuridad sobre su piel desnuda. Los tentáculos crispados en su rostro se arracimaban en torno a sus pocos rasgos.

Sus dos ojos izquierdos eran dos perlas orladas de pupilas

ínfimas; algo se advertía en su lado derecho, algún oscuro ojo aún más negro que su piel.

--¿Dónde está el niño que oí llorar hace un momento? --dijo.

Q'om bajó la guardia, se detuvo, y comenzó a mirar a su alrededor. Luego se concentró en el joven. Los tres ojos se volvieron unas líneas escrutadoras:

--Tu pierna ya no está hinchada... Y el llanto... ¡Imposible! ¿Salió de ti, acaso?

Susurró algo y una especie de serpiente dorada salió reptando desde la profunda oscuridad de las ramas más bajas del árbol-coral, y comenzó a rodear el tronco.

--Bien, veremos qué es.

Y se sentó en el suelo.

Por unos momentos Sarraillarotz no comprendió esta acción, hasta que oyó el llanto.

Su instinto lo llevó a correr desesperado, arrastrando la pierna, hacia el otro lado de la ciclópea tuya. Llegó sólo para ver cómo se alejaba la serpiente de su abrigo vacío.

Con un grito de terror siguió al animal de fuego dorado nuevamente hasta Q'om.

El hombre, que seguía sentado en el suelo, sostenía en sus manos al bebé que había vomitado la serpiente, para luego convertirse en una tiesa lanza de metal.

El muchacho se quedó petrificado. Oía la respiración de su hijo

y eso era todo lo que le importaba.

Los ojos del tanalahy estaban desorbitados; miraba al niño como si estuviese viendo el pozo sin fondo de un agujero negro. Alzó las manos hacia Sarraillarotz como mostrando al infante.

--¿Es nuestro?

Sarraillarotz hubiese querido gritar que no, que era suyo y de Chaske, y de nadie más; pero sabía que la sangre Nga Whetu también corría por sus venas. Así que no dijo nada.

--¿Cómo es posible? ¿Fue el cuadrúpedo el que lo hizo? ¡No, no, él no lo haría! Pero, ¡es imposible! Es... ¡Oh niño hermoso, que magnífico regalo nos has dado!

Sarraillarotz había comprendido lo que sucedería, lo que no podría impedir ni aunque luchase hasta la muerte. Así que, mientras las fuerzas lo abandonaban, susurró entre lágrimas:

--Al menos llévame a mí también.

Q'om se levantó despacio, mientras el muchacho se desmoronaba. La herida lo estaba desangrando de a poco pero, probablemente --pensó Q'om--, se regeneraría como todo Irará.

Se acercó a él, le colocó al niño en las manos, y luego lo besó profundamente en la boca. Al final, con un movimiento rápido y certero, hundió el hacha sacrificial entre el cuello y la cabeza. Y, mientras el muchacho moría lentamente, le dijo:

--No, mi bello amor, nuestro hijo debe ir sólo conmigo; tú, cuenta lo que viste, una vez más.

Q'om cerró los ojos yertos de Sarraillarotz y volvió a besarlo con desenfreno. El niño lloraba en su palma.

Caminó lentamente hasta una zona abierta y dejó que la nave lo izara hasta su interior.

* * *

--Kóoklol es un buen nombre, hijo, un muy buen nombre. Sus padres son el sol y la luna, si mal no recuerdo el mito.

Chaske apretó el puño al responder:

--Y el que fue arrastrado a nadar en las profundidades.

Simeón sintió el nudo formarse en su garganta.

Sarraillarotz aún dormía. Tres días y tres noches habían esperado su revivificación, temiendo que no pudiese lograrlo; pero los genes Irará habían actuado. Luego, llegó el tiempo del relato minucioso y detallista de todo lo sucedido. Finalmente, el silencio y el sueño.

La risa de Chaske inundó la plataforma, los instrumentos vivientes parpadearon un segundo antes de continuar la tarea de rearmado de la nave. Toda una parte del fuselaje aún se dirigía hacia allí, en lenta procesión, desde las zonas más bajas de la ladera norte de la cadena volcánica.

Habría que esperar esas piezas con paciencia, pues deberían recorrer decenas de kilómetros hasta llegar al actual emplazamiento

de reunión de la plataforma.

Aún restaba una pieza clave: la burbuja. Simeón sabía que se hallaba en algún lugar de la gran cicatriz. Debían apurarse en llegar hasta ella pues aún era joven e impetuosa. Era obvio que ni la lava ni los vapores sulfurosos lograrían dañarla allí, donde se encontraba, justo en el corazón de la cadena de volcanes; pero era seguro que se sentiría asustada y perdida sin la guía de Simeón y sin la compañía del resto de las piezas simbióticas de la plataforma.

La risa gutural del neanderthaloide siguió resonando un poco más, hasta convertirse en una vibración de baja frecuencia que hizo reverberar las piezas metálicas de los biomecanismos.

--Será un buen consorte para Mārama, ¿no lo crees padre?

Simeón lo miró con asombro y con asco.

--Pero, ¿qué dices? ¡Está mezclado!, ¡nuestra línea ha sido contaminada por el tanalahy! No, Kóoklol no podrá ser para Mārama. La naturaleza de nuestro hijo, el arte con el que fue concebido, exige otro consorte. Para Mārama deberemos engendrar, tú y yo, un nuevo hijo.

Chaske bajó la cabeza, pensativo. Era cierto, la línea de Sarraillarotz había sido contaminada por ese goshe. Pero el niño, aun cuando tuviese la sangre de los tres, era su hijo, tan hijo suyo como Mārama.

--Entonces será hora de probar nuevos caminos... No te daré otro hijo, padre. Será Kóoklol el elegido, o no habrá más Irará en este

universo.

Simeón clavó sus ojos, rojos como la lava de los volcanes distantes, en el alma de Chaske. Sabía que no podía obligarlo a concebir un hijo con él, pues engendrar era un arte delicado que requería de libertad; pero tampoco aceptaría a ese bastardo como enlace genético. Aún si ese goshe era tan similar a un humano original como Sarraillarotz decía, no podía permitir que la sangre de un ser tan inescrupuloso para la cópula genética ensuciase los preciosos siglos de delicada combinación Irará. El arte sería socavado por el caos. No habría armonía, ni proporción, ni finalidad; nada.

Chaske sabía lo que su padre pensaba. Y lo sabía porque, en el fondo, él pensaba lo mismo. Era tanta la repulsión de romper la endogamia Irará que apenas si podía soportar el pensarlo. Pero su amor por ese hijo desconocido también era igual de enorme.

Su sangre había sido ultrajada por medio de un cebo maravilloso: Sarraillarotz. Y él amaba a Sarraillarotz pese a lo que ahora sabía que era: una trampa involuntaria.

Debían recuperar ese hijo casi sobrenatural, ese ser nacido de una triple conjunción, de una mezcla abominable. Seguramente Simeón intentaría re-asimilarlo, probablemente en una comida ritual. Pero Chaske no quería recuperar a su hijo para devorarlo o para dejar que el mayor del clan lo hiciese, no. Él quería a su hijo para amarlo, para ver en él el horror de lo que el goshe le había hecho y la maravilla de lo que Sarraillarotz le había dado.

Un hijo de la vergüenza y del amor, eso sería Kóoklol y, como tal, el más digno consorte de su otro amado hijo, Mārama.

--Si es necesario, yo controlaré el clan --susurró Chaske al fin.

Simeón rompió el enlace con la plataforma tan abruptamente que ésta chilló en un aullido de dolor estremecedor.

--¿Es que estás loco? ¡El goshe te robó la sangre, tu sangre pura, cuando nos dejó al jovencito contaminado con su propia esencia! ¿Y tú quieres al fruto de ese ultraje más que a tu padre, más que a aquel que te ayudó a dar a luz a tu hijo Mārama? ¿A nuestro hijo?

--No asimilarás a Kóoklol.

--Bien, si así lo quieres, entonces sabe esto que diré formalmente: asimilaré a ese bastardo porque te amo y no dejaré una semilla Irará libre, para que sea recombinada al azar. Pero antes de asimilarlo, te mataré definitivamente. Y sabes que sólo mi veneno, con el que te di la vida, puede hacerlo.

Chaske lo miró con cansada calma, completamente convencido de que ése era el camino que debían tomar las cosas, y respondió:

--Así será entonces, padre. Armaremos la nave, recuperaremos a Kóoklol y haremos lo necesario con el goshe. Y, luego, tú y yo combatiremos, veneno contra veneno; sin sangre, sin lucha, de modo simple y digno. Si tú ganas, supongo que sellarás el destino de Irará o tal vez puedas acoplarte con Mārama, no sé, tú decidirás. Si yo gano, mi Kóoklol vivirá y con él Irará. Pero sabe esto que diré

formalmente: si rompes el contrato de honor y devoras al niño, al bastardo de mi sangre, antes de luchar conmigo, yo he de matarte a ti y a Mārama aunque eso me destroce el alma eternamente.

Simeón cerró los ojos y tomó aire con lentitud. Su hijo no le dejaba alternativas. El destino de uno de los dos estaba fijado. Cuando el niño fuese recuperado, uno de los dos moriría.

* * *

Tore Q'om miró al pequeño con regocijo.

Lo había depositado sobre el tablero de comando de la "Itzal Zuria" y lo admiraba, mientras conducía la nave lo más lejos posible de allí, hacia los templos perdidos de Atolón.

--Hola hijo. Tranquilo, mi niño, a ti no te comeré. No, no lo haré. Pero cuidado con tu abuelo, el cuadrúpedo, ja, ja. ¡Mira qué hermoso eres!

Quería conocer qué forma gráfica ostentaba su hijo. Palpó el centro de su pecho, donde algo se agitaba rítmicamente:

--¡Branquias! Bien, bien hecho, hijo. Anfibio; sí, eso me gusta... Me pregunto qué gen recesivo se despertó en ti con mi sangre, qué especie dormida en la noche de los tiempos de tu sangre abrió los ojos en estas branquias. ¿En qué mar nadarás? ¿En las aguas ácidas de Nizhoni, o en el negro aceite de Piélagos? O, tal vez, sí... en el océano de plasma de Oov o Luminosa. Bien, hay tiempo para averiguar

eso. ¿Y qué tenemos aquí?

Q'om miró la boca del niño: era como la de un dragón de Belrodo. Y las escamas bronceas de su cuerpo, que se elevaban y retraían cuando lloraba o reía, le parecieron exquisitas. Colmillos de jaspe rojo. Sí, colmillos como de opaca y venosa piedra sacra. Y había señales inequívocas de ser hermafrodita.

--¡Sexuado!, ¡y con ambos sexos! Oh dioses, esto es maravilloso. Cuando los Irará se enteren de esto no querrán siquiera tocarte. Pero yo, yo, hijo mío; yo te amaré por siempre, porque eres el espejo en el que siempre quise mirarme. Pequeño mío, mi hijo, mi luz.

Las lágrimas de Q'om bañaron con ternura el diminuto cuerpo del bebé.

--Bien, supongo que este es un bautismo tan apropiado como cualquier otro. ¿Cómo te llamaré? ¿Cómo? ¡Ah, sí! "Quimera". Maola me contaba viejas historias sobre ese océano de Belrodo, y tú pareces nacido allí.

Entonces, en un instante inesperado, el bebé abrió sus ojos por primera vez. Dos rugosas y bellas almendras lo miraron con fijeza. Cada uno, una única pupila ranurada que llenaba toda su cuenca. Pero, de algún modo, había expresión allí, y esa expresión llenaba el alma del tanalahy como nada lo había hecho jamás.

Ajustó la droga odorífera de la nave para que no dañase al bebé y dejó que lo acunara el aroma de miles de cipreses. Tal vez fuera mimético, tal vez cantara como un Nga Whetu. Tal vez las

ramificaciones en su cabeza florecieran como un almendro.

--No sé mucho de cuentos de cuna, así que te contaré sobre nuestro futuro --comenzó a narrarle al niño, en voz muy queda--. Los templos perdidos de Atolón se hallan más allá de la Puerta de Tannhäuser. Sus enormes semicírculos de protopiedra afloran por entre el plasma de Oov como los dientes de un hadrosaurio. Hay que entrar dentro de la estrella, ¿sabes? Poca gente conoce cómo hacerlo, pero tu padre lo ha hecho dos veces. Y tú, mi niño, entrarás fácilmente allí, porque fuiste concebido y anunciado por la estrella que estamos dejando atrás.

Q'om estaba seguro de que el presagio que había hecho atacar a la nave Irará era un mensaje de la propia estrella Alfa Lupi. Había visto la pierna del joven Sarraillarotz latir al compás de la estrella azulada, y veía la respiración de Quimera seguir ahora ese mismo ritmo. El niño era un regalo de los cielos. Tal vez, algún día, pudiera hablarle de sus otros padres, pero por ahora sólo serían ellos dos. Acarició con un dedo el rostro pequeñito.

--Ya verás, soñarás por años con esas piedras negras, cuando las veas. Una vez dentro, la estrella no será una estrella, y el templo... Pero tú no verás los templos desde afuera, Quimera. Tengo miedo de que tu mente recién formada no pueda soportarlos. Sin embargo, yo te llevaré hasta su interior. Y sabrás, una vez adentro, porqué son miles de templos al mismo tiempo que ninguno.

En el interior de Q'om algo tomó el control de sus recuerdos.

Imágenes imposibles, con perspectivas contradictorias, se materializaron frente a los ojos de su mente. Adentro y afuera, adelante y atrás, derecha e izquierda, nada tenía sentido y todo se intercambiaba una y otra vez. ¡Y pensar que la gente de los Panópticos ni siquiera sabía que, sobre sus cabezas y frente a sus propios ojos, justo en el centro de una de sus idolatradas estrellas, se ocultaban los templos perdidos!

--Amarás ese sitio. Verás lo hermoso que es. Yo mismo te llevaré allí, mi Quimera, hijo de mi sangre, de mi enemigo, de mi deseo y de una estrella.

Besó suavemente al bebé dormido y lo colocó entre los anillos de Kerren, su lanza.

--Amiga, tú que me lo trajiste en tu estómago por primera vez, cuidalo como a mí mismo.

La punta de diamante de la lanza tocó uno de los dedos del bebé y bebió una microgota de su sangre. Desde aquel momento, Kerren cuidaría al infante como al tesoro máspreciado del cosmos.

* * *

Los volcanes de We'enai se extendían por miles de kilómetros. La lava brotaba por todas partes. Había crestas y fumarolas laterales, hoyos en el piso, grandes barreras de roca vítrea negra, gargantas con cascadas lentas, muy lentas y viscosas. Pero, si la

lava en sí era lenta, su color rojo, en cambio, daba paso rápidamente a un verde vítreo incandescente. Rojo, verde profundo y negro se mezclaban con el color gris del granito. El paisaje era aterrador y fascinante.

A lo lejos, muy abajo y casi indiscernibles, las ramificaciones de los petrificados árboles-coral, semejaban brazos alzados pidiendo clemencia al cielo.

La burbuja pendía sobre una fuente especialmente grande de lava, un enorme lago circular de varios kilómetros de diámetro, veteado de rojo y verde, discurriendo lento y feroz en enormes ondas expansivas, parsimoniosas y algo torpes.

La burbuja estaba famélica (apenas si podía absorber algunos microorganismos en estos páramos), y se sentía exhausta y desesperada.

Simeón podía ver lo que ella veía y sentir lo que ella sentía a través de la interface de la plataforma.

Sin el aislamiento, el calor en la nave era atormentador.

La burbuja también podía sentir los remordimientos de Simeón y su lucha interna. No los reconocía como deber hacia su familia o como piedad para con el hijo de sus hijos, pero sí como una angustia lacerante y furiosa, como el paso continuo y sin divisiones de la pena a la conmiseración y de allí al odio.

La retroalimentación entre Simeón y la burbuja de la nave era perfecta y esta última latía frenéticamente en la imposibilidad de

la comprensión y en el fuego líquido que la rodeaba.

--Cálmate, padre.

La voz de su hijo hizo que Simeón entrara en un remolino de pensamientos obsesivos: ¡Chaske lo advertía! ¡No podía permitirse tal flaqueza! ¡El niño debía ser devorado! La execración debía ser eliminada, borrada de los anales genéticos Irará; reabsorbida, reutilizada. Comida del odio aún latiendo en sus fauces.

La mano de Chaske arrancó el casco de conexión de la cabeza de Simeón justo a tiempo para evitar la implosión de la burbuja.

Simeón se arrojó sobre su hijo con los puñales de sus uñas desplegados, directo a la base de la garganta. Quería evitar que hablase, que lo convenciese con su repugnante amor a un repugnante retoño de la execración, a un hijo que más que parido había sido excretado de la pierna de Sarraillarotz.

Chaske evitó el golpe fácilmente y hundió su cuchillo entre las costillas cartilaginosas de su padre.

El ímpetu del ataque murió al instante, y Simeón cayó al suelo como deslizándose fuera del cuchillo.

Chaske miró la burbuja latiendo sobre la lava verde-rojiza, arrastrada por las corrientes expansivas hacia una de las orillas, y se sentó a esperar.

En su mente comprendía a su padre. Él mismo había devorado varias execraciones en su vida. Hijos monstruosos, carne sin arte ni naturaleza. Era su deber como místico encargarse de ello cuando sus

padres sufrían lo suficiente como para negarse a hacerlo por sí mismos. Pero lo entristecía la idea del corazón tibio de su hijo palpitando aun cuando estuviera sobre su lengua. No había tenido la oportunidad siquiera de verlo, pero Kóoklol existía en el recuerdo de su amado Sarraillarotz y por él sabía cómo era. Un ramillete de escamas doradas, la boca-hocico del cráneo de un lobo o un dragón, el llanto de un pájaro de fuego dormido... No podía sacrificarlo, ni permitir que Simeón lo hiciese. Era su hijo, suyo, por más que también lo fuese de otro.

En algún rincón de la plataforma, escondido entre los cables y los neurotransmisores del fuselaje, Sarraillarotz se acurrucaba en un sueño empecinado. Desde la desaparición de Kóoklol no había querido despertar y Chaske había tenido que alimentarlo a través de los mecanismos de soporte de vida de la nave.

Ahora se sentía sólo, como jamás lo había estado.

Simeón gruñó en el suelo, a su lado. Tosió con la cara apoyada en un charco de su propia sangre biliosa.

--Es lo que debe hacerse --musitó con voz débil.

Chaske respondió apretando la mano contra la herida, hasta que el aullido de Simeón se ahogó en un desmayo.

Un hilo de culpa cruzó su mente: ¿cuántos padres se habían sentido como él? ¿Cuántos lo habían llamado porque eran incapaces de hacer "lo que debía hacerse"? ¿Cuántos corazones infantiles había devorado, cuánta carne neonata había reasumido en su cuerpo?

¡Cuarenta y cuatro! Sí, los recordaba bien. Cuarenta y cuatro. El sabor de la sangre fresca, el chillido comprimido, el latido en su boca. El sacrificio rápido, cruel, viejo como el mundo. El inocente no era un hombre y nunca lo sería; su sangre estaba contaminada o su línea pervertida... Si Sarraillarotz hubiese nacido en el seno de una familia neutra, ése habría sido su destino apenas parido.

No podía permitírsele a un neutro, a un artista, algo menos que la perfección. Y las execraciones se sacrificaban a los dioses del ADN, a las sacras dendritas que compartían el pensamiento y a los sólidos ganglios que los defendían de todo mal.

Cuarenta y cuatro voces lloraban en su interior y reclamaban un sentido a su existencia.

--Si la estrella de este mundo engendró a mi hijo... Quizás esos otros pequeños también guardaban otro sentido más que el del error que permite el éxito.

Las voces se volvieron audibles: llantos de bebés, el gusto fresco de la sangre. La sensación fue tan material que Chaske vomitó una y otra vez, en cuarenta y cuatro oportunidades seguidas.

Parsimoniosamente, el neanderthaloide se levantó y fue hacia Sarraillarotz. Recogió a Dagda y se la calzó en la cabeza, la efigie de un tamandúa: contrición.

Pasó sus dedos por las agallas auriculares de su amado y buscó.

Dagda le suministró la imagen que yacía en los sueños de Sarraillarotz: un niño pequeño como una mano, brillante como un sol

K, intermitente en su respirar como la estrella azul sobre su cabeza.

Las memorias frescas de su hermano-consorte lo reconfortaron. Sintió la pierna latiendo, sintió el dolor y el miedo, y fue inundado de una alegría tan profunda que transfiguró todo su universo cuando el calor de ese pequeño llenó la palma de su mano.

Acarició el aire mientras, en su mente, mecía a su hijo.

Dagda tradujo sus sentimientos en lágrimas de turquesa.

Jamás sintió el golpe en la nuca.

* * *

Simeón atacó con las pocas fuerzas que aún tenía, pero eso era suficiente para una forma gráfica tan poderosa.

El golpe desprendió a Dagda de la cabeza de su amo, pero el fiel ondrión tuvo tiempo suficiente para maniobrar y aterrizar sobre el rostro de Sarraillarotz.

Lo que sucedió luego fue extraño y quizás equitativo.

La burbuja de la nave, impulsada por la descarga de adrenalina tanto de Sarraillarotz como de Simeón --ambos conectados a ella por sendos ondrones--, se arrojó en una actitud suicida contra la plataforma.

La nave, a su vez, se defendió como pudo de ese ataque, pero sus esfuerzos fueron insuficientes.

Plataforma, burbuja y tripulantes se hundieron lenta pero

inexorablemente en el lago de lava de We'enai.

Arriba, la estrella más brillante de la vieja constelación del Lobo lucía azul e impasible en su acompasado latir celestial.

Los Templos Perdidos.

Y sucedió que Tore Q'om ingresó en la atmósfera de Oov, la gran estrella absolutamente blanca, más de 1800 veces más grande que una estrella tipo Sol (Oov era el huevo blanco que incubaba la sabiduría en secreto).

Y al entrar en ella, cargaba consigo a Quimera.

Llevó, pues, al pequeño Quimera a los mares de plasma de la atmósfera interior de la estrella, y lo sostuvo expuesto a sus corrientes, seguro de su naturaleza. Y Quimera nadó en el plasma del sol ardentísimo, como si fuese agua fresca.

Fue así, entonces, que entraron en los negros templos perdidos de Atolón --más allá de la Puerta de Tannhäuser--, las islas de materia extraña que flotan dentro del plasma de la estrella a miles de miles de grados de temperatura.

Y desde su interior veían, como luz en luz, como oro en marfil, la figura de la hermana gemela estelar de Oov: la hipergigante Luminosa, con su faz de ámbar.

Sí, desde las islas de negra protopiedra observaron a Luminosa pasar febril por el cielo, en su danza acompañada; pues el tiempo dentro de Oov era más rápido que fuera de ella y hacía que todo luciese acelerado en su exterior.

Allí, Tore Q'om le enseñó a Quimera que, en torno de aquella

megaestrella ámbar, estaba el Panóptico "Mundo de luz", el plano planeta artificial, hogar de los neutrales. Y en la plataforma 85, un barrio. Y en el barrio, un edificio. Y en el edificio, una esperanza para todos: Mārama.

Mārama era en parte su hermano, en parte su enemigo y en parte su aliado. Pero, por sobre todo, era la única esperanza de la humanidad. Con él debería formar un nido, con él debería generar un huevo, y de ese huevo debería nacer un hombre puro.

Así instruyó Tore Q'om a su hijo Quimera.

Y también le enseñó otras muchas cosas.

Pero nunca imaginó cuánto podría aprender de él.

Y resultó que Oov le habló a Quimera. Y Quimera lo escuchó.

En los templos perdidos de Atolón, en las mismas narices de quienes lo declaraban perdidos, moraba la verdad de la raza humana, de las formas gráficas y del cosmos mismo.

Y todo esto lo aprendió Quimera.

Quimera fue, entonces, el primer y último Gran Profeta. Aprendió a nadar en el blanco plasma de la estrella porque había nacido de una estrella, y supo entender el lenguaje de Oov porque un púlsar latía en sus genes.

Y los negros templos de materia extraña le hablaron y él escuchó y comprendió, y sus ojos rocosos y uniformes comenzaron a ver el universo como nadie antes lo había visto jamás.

Y llamó a las estrellas sus hermanas y sus instrumentos.

Así comenzó la transformación final de la humanidad.

* * *

Cada vez que Tore Q'om entraba en los templos de Atolón, cruzando la atmósfera interior de Oov, cerca del Centro Galáctico, le oprimía el pecho el averiguar cuánto habría crecido en soledad Quimera.

El tiempo en los templos era algo muy delicado. A veces, cuando el goshe entraba, se encontraba con un Quimera de cinco o siete años de edad estándar, y descubría que, mientras él había estado buscando provisiones o atendiendo otros asuntos en el exterior, habían pasado cuatro años dentro de la megaestrella.

Otras, Quimera tenía quince años y estaba en plena potencia. A veces, hallaba un bebé recién nacido y otras, un anciano de escamas oxidadas en verde.

El terror cedió cuando vio a su hijo nadando junto a la "Itzal Zuria". Un muchacho de unos veinte años se deslizaba en piruetas imposibles, una saeta bronceína junto a la sombra blanca.

Sí, el tiempo era algo delicado en Atolón de Oov; podía fluir hacia delante o hacia atrás. Y en poco tiempo había averiguado que, sin importar la edad que su hijo tuviese, éste atesoraba la experiencia de milenios de sabiduría.

Cuando aterrizó en las islas negras, Quimera ya estaba esperándolo. Tenía el ramaje de su cabeza desplegado y hacía que

desprendiesen flores de almendro para su padre.

Cuando por fin se encontraron, el muchacho cerró sus agallas y las guardó en su cuerpo, y ambos se fundieron en un abrazo cálido y fuerte.

--¿Qué alquimia es esa que haces con tu cabello de ramas?

Q'om admiraba esa capacidad de producir cosas que tenía el follaje de la cabeza de su hijo.

--No lo sé aún, pero puedo vivir de ella. Frutas, agua, sea lo que sea, vivo de mí mismo el tiempo que necesite.

--Algo muy bueno para un guerrero.

--E invaluable para un profeta.

Q'om entrecerró los ojos y tensó sus tentáculos ante la propuesta; pero el joven Quimera estiró una mano y tironeó de uno de los apéndices faciales de su padre, tal y como lo hacía cuando era un bebé.

Ambos rieron estruendosamente.

--Sin embargo eso no es lo mejor. No sé si es mi cuerpo lo que altero o tal vez el tiempo mismo, pero mira.

Y ante sus ojos, el goshe vio a Quimera envejecer y arquearse por la edad, para luego empequeñecer hasta el tamaño de un niño de 3 años, para luego volver a su primer aspecto veinteañero.

El tanalahy cayó de rodillas ante su hijo, pero Quimera estaba acostumbrado a esto, a la cuasi-adoración de su propio padre.

--Ya, ya, padre, no es necesario. Ven, hablemos de lo que me

cuentan el templo negro y la estrella blanca, y de lo que me susurra la estrella ámbar. A veces quiero gritar lo que sé. Pero debo hablarte tranquilo y explicártelo suavemente, porque eres, de entre todos los padres que he tenido, mi más verdadero padre.

--Bello como un neutro, radical como un macho, misterioso como una hembra... ¡Déjame adorarte, hijo!

--Más tarde lo harás, padre; cuando todos me adoren y me odien al mismo tiempo. No más temor, padre, sólo escucha y atesora.

Ambos se sentaron en una de las protopiedras que hacían temblar la sangre y el corazón con su solo contacto, y que creaban esa extraña atmósfera dentro de la atmósfera de la megaestrella. Entonces Quimera comenzó uno de sus largos sermones, Tore Q'om escuchándolo como su primer y fiel discípulo, y la estrella, a su alrededor, dictándole el contenido.

--En el huevo blanquísimo de fuego está el embrión de bronce y, en el embrión de bronce, otro huevo rojo y negro. Cuando se abra ese huevo, ¿qué sucederá con el embrión y con el huevo y con la orla de ámbar que flota sobre su cabeza y alberga toda la humanidad y su semilla más preciada?

»Soy el contenedor-contenido, padre; soy razón e imaginación. Soy las estrellas y su hijo, y las estrellas son mis instrumentos, mis máquinas, nada más. Yo soy su enviado. El huevo rojo y negro espera paciente, solo, asustado. Llegó la hora padre, es tiempo de que me una al mundo y traiga al hombre a la vida.

El goshe entendió perfectamente todo, aunque no sabía cómo.

Se agachó, besó los pies de su hijo (un dios nacido de sus entrañas más genuinas, de su odio y de su amor), y se dispuso a traerle lo que le estaba pidiendo.

¿En qué posición lo colocaba eso a él?

Pero Quimera lo detuvo.

--Espera. Primero necesito que comas de mí... Quiero que lo hagas.

Q'om giró sobre sí y estiró las manos. El muchacho agachó la cabeza y dejó caer de su ramaje una extraña fruta sobre las manos de su padre. Ésta parecía podrida, arrugada y mohosa. El tanalahy miró a su hijo, perplejo. La sombra de la duda se desvaneció en un instante en esos ojos como de madera rugosa y mordió el fruto con decisión.

La dulzura de su sabor lo sorprendió; era jugosa e intensa.

Sonrió y salió a cumplir su cometido.

* * *

El pequeño Mārama se hallaba sentado en los estrados externos del parvulario. No se sentía del todo solo, pero tampoco estaba a gusto en aquel sitio. Sus padres (su padre-padre, Simeón, y su padre-hermano, Chaske) se habían ausentado para buscarle una solución. Pero él no deseaba ninguna solución.

A Mārama no le importaba que la familia Irará terminase con él, sólo le interesaba estar junto a su familia.

Supo lo que había sucedido antes de que los acontecimientos pasaran. Aquello era normal. Apenas partió la nave, llegó el último mensaje, luego el segundo y por fin el primero; deconstruyendo la historia de la aventura de Simeón, Chaske y ese hermano-tío suyo al que quizás nunca conocería, Sarraillarotz (o incluso al hijo de éste).

Los mensajes habían llegado por estricto orden contra-cronológico: en primer lugar, el último y, finalmente, el inicial. Eso era lógico por el modo en que la nave enviaba sus mensajes: durante el viaje; lo cual implicaba hacerlo mientras plegaba, contraía y revertía el tiempo mismo.

De manera que supo de la batalla, y del inminente hundimiento de la plataforma y sus ocupantes en un foso de lava, mucho antes de saber que sus padres seguirían las predicciones de un pulsar.

La mayoría de sus compañeros y maestros ya le habían expresado sus condolencias, pero Mārama no podía terminar de comprender en su totalidad aquella pérdida, la profunda soledad a la que había sido arrojado de un día para el otro.

La luz de Luminosa, ambarina y cegadora, obligaba a casi todo el mundo a mantenerse en la ciudad propiamente dicha; o sea, bajo los cristales y muros de contención que evitaban que el día eterno irradiara y quemara los tejidos vivos de los habitantes del

Panóptico. Pero Mārama estaba preparado para sobrevivir bajo la luz de la estrella. Sus ojos, absolutamente planos y negros, como cuatro círculos dibujados en su rostro, filtraban cualquier radiación a elección suya; y su piel era una coraza rojo oscura, rugosa pero flexible. La boca, enorme, aunque apenas si una ranura, se sellaba como una cremallera en la intemperie.

El calor abrasador del núcleo galáctico lo tenía sin cuidado. Sus pies se mecían en el borde del bloque de mármol blanco y gris sobre el que se hallaba sentado, mientras dos de sus manos acariciaban los escalones inferiores, y las otras dos los superiores.

Estaba ensimismado. Los ojos clavados en la blancura teñida de bronce, y aun así irresistiblemente luminosa, que le devolvía el espejo del mármol de la Escalera de los Gigantes, la entrada del parvulario superior al que asistía.

Sus suspiros eran internos en la atmósfera calcinante. Su temperatura corporal, la de un hierro incandescente. Pero nada de eso podía quitarle el frío de la soledad que lo helaba por dentro.

De haber podido llorar, lo hubiera hecho.

Una figura transparente y movediza, como si el aire se condensara en una gelatina translúcida, se agitó frente a sus ojos. Mārama estaba acostumbrado a los "fantasmas del calor", los espejismos casi tangibles que se formaban en el aire supercalentado, mantenidos a nivel de superficie gracias a la increíble presión que ejercía el domo atmosférico del Panóptico. De niño solía jugar con ellos, correr

tras esas figuras de aire extra-caliente y bailar en sus giros y remolinos, o desgarrarlos con sus enormes brazos hasta deshacerlos como si estuvieran formados por dientes de león etéreos.

Así que no le prestó atención, ensimismado como estaba en su extraña pena sin dolor, cuando el fantasma le habló:

--¿Quieres un amigo?

La voz surgía de la masa de aire semoviente. Aquello era tan indudable como imposible.

El muchacho recordó los consejos de Simeón, y un olor a té de vainilla llenó su mente: "Nunca aceptes nada como aparenta ser"... y la contra-propuesta de su otro padre, Chaske, que tanto lo mimaba: "Pero no descartes las primeras impresiones demasiado rápidamente".

Dejó que sus ojos escanearan la figura invisible, y pronto halló una sección del espectro luminoso que le permitió verlo: ¡no era un fantasma del calor, era un tanalahy camuflado! Aunque, pensándolo bien, resultaba desconcertante que un ser de esa familia pudiese soportar la incandescente presencia de Luminosa sin ninguna protección.

El hombre supo que lo estaba viendo (tal vez por el sutil cambio en las poco demostrativas facciones del chico) y se sentó a su lado, sin ninguna ceremonia de presentación o respeto alguno por las formas tradicionales del Panóptico.

Se decía que los tanalahy mezclaban genes y sangre como quien mezcla un mazo de cartas: al azar... pero no tanto.

Mārama se acomodó mejor en el rellano de la escalera y lo contempló con detenimiento: dos ojos claros, uno oscuro, uno faltante, una masa de tentáculos en su rostro. Y luego esbozó una sonrisa suave y genuina.

Finalmente, afirmó con la cabeza como respuesta a su pregunta.

La voz del tanalahy salió de nuevo de la bruma de calor que lo componía:

--¿Quieres que yo sea tu amigo?

Mārama volvió a asentir, con su boca de cremallera estirada de lado a lado en el ancho rostro.

--Pero debo ser honesto contigo --prosiguió la voz--. Yo no debería serlo. Tus padres no me lo permitirían; no después de cómo me llevé a su vástago y de cómo posiblemente causé sus muertes de modo indirecto.

Mārama no parpadeaba, no podía hacerlo, sus cuatro ojos permanecían abiertos día y noche; pero podía desenfocarlos. Hizo esto por un instante. Dejó que el mundo salvajemente dorado que lo rodeaba brillara en toda su furia ante sus ojos-pupilas, y permitió que éstas se perdieran dentro de la luz como en el interior de una niebla.

Solo. Así es como estaba.

Quizás el niño que sus padres habían llamado Kóoklol fuera todo lo que le quedase del viejo clan Irará. Un niño que era en parte Chaske y Simeón y Sarraillarotz e incluso él, Mārama mismo. Pero que también era este ser que lo invitaba engañosamente a ser su amigo. O tal vez

no tan engañosamente.

La sangre pedía sangre. Venganza. Y era posible que un día la cumpliera. Pero ahora su alma imploraba cariño, un poco de compañía; la no-soledad.

Mārama estiró uno de sus larguísimos brazos y sostuvo la mano perfectamente humana de ese extraño, ese asesino, el semipadre de su hermano.

Un sutil chasquido de asombro emergió de la garganta del tanalahy, y finalmente cerró su mano sobre la del chico.

--Mi nombre es Tore Q'om --se presentó con voz dubitativa.

Su joven interlocutor asintió como dando a conocer que ya lo sabía.

Mārama comprendía que, de ser mayor, o de haber pasado más tiempo con sus padres, éste comportamiento sería inaceptable para él mismo. Pero ahora... ahora únicamente quería dejar de estar solo.

--Voy a llevarte con mi hijo --prosiguió el asesino--. Él mandó a pedir por ti. Y sé que tu bravo padre así lo hubiera querido.

Mārama volvió a asentir y se puso en marcha junto a la vibrante figura transparente hecha como de aire tórrido. Su mano larga parecía asirse a la nada cuando cruzó la plaza desierta, el puente vacío y la explanada desolada.

Finalmente, recordó que sus padres habían mezclado en él sus esencias, y que él podría revivirlos si lograba encontrar aunque sea una brizna de piel en las cercanías del pozo de lava de aquel mundo;

pero también sabía que aún no tenía ni la edad ni las fuerzas como para hacerlo o como para luchar contra un ser como éste, un verdadero "perro de la guerra", tal como contaban las leyendas de los libros de niños en el parvulario: un goshe.

De modo que mientras la nave los izaba, Mārama pensó que no sería tan descabellado después de todo, irse así, tan mansamente, con su enemigo.

* * *

La nave era un manajo de basura y deshechos, pero era rápida, y abandonó el Panóptico antes de que las autoridades pudieran darle alcance.

Cuando Mārama se dio cuenta a dónde se estaban dirigiendo, supo que jamás lo encontrarían.

La "Itzal Zuria" se introdujo limpiamente en la estrella hipergigante. Una sombra blanca hundiéndose en medio de un horno de fusión cuya magnitud y escala escapaban a cualquier mente.

Estaban dentro de Oov, la hermana estelar de Luminosa.

Había un algo de intranquilidad en el goshe a medida que horadaban la corona estelar, hasta que de pronto aflojó todos sus músculos. Mārama observó por el visor delantero y vio la fuente de su tranquilidad. Delante de ellos, brillante como una pequeña estrella dorada, un ser de escamas de bronce nadaba en las corrientes

del plasma solar. Un ser esbelto y joven, apenas más grande que el propio Mārama.

"Kóoklol", pensó éste, arrobado ante la visión.

--Quimera --explicó la voz de Tore Q'om, rompiendo el silencio y el ensimismamiento del muchachito--, mi hijo.

Por primera vez la cremallera de la boca de Mārama se abrió, y la fina línea en que se convirtió su boca expresó con una tonalidad tan musical como embelesadora:

--Mi hermano.

* * *

Cuando aterrizaron en los templos negros, Quimera ya estaba esperándolos allí. Parecía mayor de como había lucido al nadar en el plasma solar, pero aún se veía joven. Tal vez unos pocos años más adulto que el Irará.

Apenas Tore se le acercó, llevando de la mano a Mārama tal como si éste fuese un niño pequeño, el habitante de la estrella tomó la iniciativa.

Se dirigió hasta el muchachito, apoyó una rodilla en el suelo junto a él, aferrando la mano que hasta ese momento había estado sosteniendo su padre y la acarició entre las suyas. Entonces aproximó su rostro a Mārama y aspiró hondamente:

--Delicado, dulce, casi ácido, como la pimienta rosada; e igual

que ella, ni seca ni húmeda, ni macho ni hembra --volvió a tomar otra gran bocanada de aire--. Hay flores en tu ser, antiguas memorias de plantas olvidadas: peonias, fresias, rosas y violetas --luego acercó aún más su rostro y olisqueó con recato--. ¡Ah, y la eterna seducción del exótico ámbar gris, como un musgoso polvo hecho de océano! Y... y... ¿qué es eso, hermanito? --pegó su nariz a la mano del jovencito y la olió con deleite-- ¡Sí! ¡Cuero!

Mārama se sentía extraño pero no disgustado. A medida que Kóoklol (o "Quimera", como lo llamaba el goshe) iba olfateando su esencia, él se sentía más y más intrigado por ese ser de escamas de bronce bruñido y ojos de madera de almendro, tan similares a los de Chaske.

--¿Acaso soy un aroma para mi hermano? --murmuró Mārama con voz melodiosa.

Quimera alzó la cabeza de pronto, como golpeado por la armonía inesperada de aquella voz. Miró los cuatro ojos planos, opacos e inescrutables del Irará, y replicó en un raptó de arrobó:

--Un perfume exquisito que he estado extrañando aún antes de conocerlo.

Luego se puso de pie y lo juzgó por largo rato, dando silenciosas vueltas a su alrededor.

--¿Has estado sin protección bajo la luz de Luminosa? --preguntó finalmente.

El muchachito respondió con un dejo de orgullo:

--Y bajo el de Oov también.

Quimera ponderó aquello unos instantes más. Tomó carrera, recogió al muchacho, y, saltando desde las rocas negras, se lanzó a bucear con él dentro del plasma de la estrella.

Tore Q'om lanzó un grito a medio camino entre el terror y el triunfo cuando su hijo se sumergió en las corrientes térmicas con algo más que un puñado de cenizas entre sus brazos.

Luego, lentamente, volvió a subir a ese caos de nervios, tendones y deseos que era el "Itzal Zuria" y, tal y como se esperaba que hiciese, salió de la estrella con el rumbo que su hijo le había dado previamente.

* * *

Al aterrizar en los templos perdidos de Atolón, Quimera llevaba una brasa ardiente pero aún viva en sus brazos.

Se internó en los infinitos recovecos hechos de plegamientos en el tiempo, y llegó hasta un punto indeterminado que él conocía bien. Allí había un agua celeste y pura, imposible de existir, y a su frescura extrema le entregó el cuerpo de Mārama.

Quimera evitó que ni una sola gota lo tocara; aquello era un destilado puro de cronología caótica. Las fuentes primordiales de un mito ancestral, como las aguas de la creación o de un inconcebible diluvio estelar.

El jovencito, quieto y aterido del dolor de las quemaduras, comenzó a moverse en el agua a medida que su piel se desprendía de él como una corteza quemada. Parecía enrollarse y desenrollarse conforme envejecía y rejuvenecía al antojo de la fuente. Poco a poco sus gruñidos fueron gritos de dolor y, luego, tibios ayes.

Cuando todo su cuerpo se hubo regenerado, dejándolo intacto pero mucho más adulto, el ser de bronce extendió una mano hacia él.

El Irará se aferró a su hermano y dejó que éste lo sacara de ese lago de locura.

Una vez en la orilla, el líquido desapareció de su cuerpo, dejando a un Mārama adulto y perfectamente sano.

Quimera miró la mano con la que había asido al chico: ahora era notablemente más vieja que la otra. Sonrió. Bien valía el sacrificio y sería un buen recordatorio.

Muy despacio, el hijo del tanalahy y de la estirpe Irará condujo a Mārama por pasajes inverosímiles hasta una cámara amplia en la que, evidentemente, solía morar.

El chico entendía lo que le había sucedido, pero aún no podía comprenderlo. Había sido empujado a la vida adulta en un rito de iniciación literalizado, y ahora estaba a la altura de su hermano-mediohermano.

Mārama se tendió, exhausto, en el primer sitio que halló confortable y que resultó ser la cama de Quimera.

Él se sentó a prudente distancia y lo observó mientras se

adormecía. Volvió a aspirar los mismos aromas que había captado cuando lo viese por primera vez, pero ahora condensados e intensificados como en un perfume precioso.

De pronto, la voz de campana de cristal de Mārama dijo algo antes de quedarse profundamente dormido:

--Sabes que tu verdadero nombre es "Kóoklol" y no "Quimera", ¿verdad?

El ser broncíneo sonrió con la experiencia de mil vidas en una, y replicó en un susurro lo suficientemente bajo como para ser incapaz de despertar a su recién iniciado:

--¡Claro que sí, hermanito! ¡Pero ambos significan lo mismo para mí!

* * *

Cuando Mārama despertó, estaba solo.

Se sentía definitivamente diferente. No sólo había crecido, había cambiado por dentro.

Pensaba de modo extraño, pensaba de modo adulto. O al menos eso creía él.

Durante varios días recorrió la estancia y hasta se aventuró por algunos pasillos de los templos, pero desistió de hacerlo cuando unos pocos metros dentro de uno de ellos significaron casi tres días para dar con el cuarto principal nuevamente.

Aquel era un laberinto que cambiaba en el tiempo, no en el espacio, y Mārama se propuso respetarlo hasta aprender más de él. O hasta sentir la necesidad de ser encontrado.

Finalmente, Quimera regresó; y lo hizo cargado de frutos. Mārama sabía que provenían de su ser, el mismo Kóoklol se lo había explicado antes de dejarlo con una ración sustanciosa de aquellos, los cuales había extraído de un frondoso ramaje desplegado en su cabeza.

--¿Dónde has estado? --inquirió receloso el Irará apenas lo vio entrar por la puerta.

Quimera se rió estruendosamente. Por unos segundos pareció un anciano, luego adoptó la esencia del joven que su hermano conocía.

--¿Tanto me has extrañado, hermanito?

Mārama torció el gesto. ¿Debía negarlo? No lo sabía. Realmente no sabía si aquello había sido miedo o necesidad de compañía, o si en verdad lo había echado de menos en ese tiempo indefinible en que había estado solo.

--He estado perdido aquí.

Quimera se sentó a su lado y apoyó una mano en la rodilla del muchacho:

--Eso es bueno a veces.

Luego se levantó y volvió a salir hacia el plasma incandescente de la estrella de nácar. Cuando regresó (¿segundos, horas, siglos después?) traía una burbuja en sus manos: la típica burbuja viviente de una nave-plataforma. Ésta era pequeña y su superficie estaba

surcada por volutas iridiscentes que cambiaban de forma a cada instante.

--No quise que esta vez me extrañases --explicó Quimera misteriosamente mientras depositaba la burbuja sobre la cama.

Con un ademán invitó a Mārama a sentarse en un lado, mientras él se arrebuja en el otro. La burbuja parecía latir en medio de ambos.

Mārama la miró con detenimiento. Era muy similar a la de la plataforma de sus padres. Casi como una hija de ésta.

--¿Pudiste rescatarlos? --preguntó con esperanza trémula.

Quimera lo miró con algo de compasión.

--No lo sé. Mi padre Tore es quién me la trajo. Aún tiene la marca mnémica de Chaske y Simeón, incluso hay algo de mi padre-padre en ella. Supongo que pudo haberlo hecho... No sé si lo hizo.

Mārama comenzó a llorar. Su llanto era desesperado, como el de un niño pequeño.

Kóoklol cruzó la extensión de la enorme cama y tomó una de sus cuatro manos:

--Si tanto te importa, veré qué ha sucedido con ellos. Pero debes prometerme que, si lo hago, me ayudarás a cerrar el círculo.

El Irará lo observó con curiosidad y algo de renuencia.

--¿Ayudarte?

Quimera levantó con sumo cuidado la burbuja y la puso frente a los ojos de Mārama; tenía el tamaño de un puño grande.

--Ésta es la respuesta que tus padres buscaban. La tenían frente a sus ojos pero nunca pudieron verla. Esta burbuja y tú y yo somos el cumplimiento de la profecía... Nosotros tres somos el hombre original, porque todos los son... ¡Nunca hubo que crearlo, sólo sacarlo a la luz!

Mārama pasó otra de sus manos por la superficie de la burbuja y apretó más la que le sostenía Quimera. Algo extraño y atractivo yacía en esa esfera. Algo que lo atraía hacia ella, y también hacia su hermano-mediohermano, y hacia la posibilidad de cumplir con la tan añorada búsqueda de su familia.

Pero sobre todo, hacia la posibilidad de volver a ver a sus padres.

Quimera-Kóoklol señaló con su cabeza una de las frutas que también yacían en la cama.

--Ahora, hermanito, es hora de que comas de mis frutos. Sólo hay un modo de cosechar, y es sembrando las semillas.

Con la tercera mano libre, y sin dejar de mirar los ojos de madera de Quimera o de acariciar la superficie sedosa de la esfera, Mārama recogió uno de los dulces frutos que su hermano le estaba indicando, y comenzó a comerlo con verdadero gozo.

Mientras lo hacía, un pensamiento cruzó por su cabeza embargada de sensaciones encontradas: el goshe había tenido razón; él sí había deseado un amigo.

Y, en su corazón, sabía que Quimera era ese amigo.

* * *

Tore Q'om llegó al foso de lava y observó.

Las texturas rojas y verdes se mezclaban rabiosamente en la gigantesca laguna.

Metió la mano en su morral y tomó los suaves pétalos de flor de membrillar que su hijo le había ofrecido (pétalos pertenecientes a las flores que luego fructificaban en el ramaje de su cabellera) y los arrojó a la corriente viscosa.

En lugar de ser incinerados, los delicados tegumentos de suave tono cremoso intensificaron el color rosado de sus nervaduras; desarrollaron branquias, aletas y colas; y como peces de gasa nadaron de aquí para allá. Los pétalos eran ahora criaturas resistentes, delicadas y dulces, que buscaban algo en las corrientes ígneas; y una tras otra se fueron sumergiendo en la lava.

El descendiente de Nga Whetu se sentó en las piedras como un tanalahy, como un camaleón humano, y esperó durante horas. Era una piedra más y difícilmente algún ojo podría haberlo detectado, así que cuando la burbuja ascendió, nadie supo que él estaba allí.

La plataforma se hallaba desmembrada en su mayor parte, sin embargo algunas piezas vivientes habían sobrevivido dentro de la maltrecha burbuja marchita y cuarteada, cuya superficie opaca tenía el color blancuzco de un ojo cuajado y ciego. Semejaba un huevo que

se empecinaba en preservar la vida dentro de su fragilidad.

Apenas salió a flote, sostenida por las flores-peces, el cascarón se abrió en dos y dejó al descubierto tres cuerpos maltrechos que ya habían comenzado a revivir, pero que todavía estaban hundidos en el sopor de la reanimación.

El ondrión se arrastraba por entre los escombros nauseabundos y agonizantes de la plataforma buscando despertar a sus ocupantes, sin lograrlo.

En ese momento, como atraídos por un frenesí caníbal, los propios componentes de la nave comenzaron a intentar fagocitar a sus ocupantes. Fue entonces que los peces-flor saltaron sobre la plataforma y se ofrecieron como comida a la propia nave.

Tore miraba todo esto asombrado y en silencio, hasta que se dio cuenta quién era aquél que no se movía en lo absoluto.

Allí estaba él, el muchacho que infectara con su sangre. Un virus personal que logró unirse a la sangre Irará para dar un vástago nacido de su muslo. Sarraillarotz parecía estar muriendo.

El goshe se puso de pie y corrió, vadeando el pozo de lava a toda carrera. Subió de un salto a la plataforma maltrecha, y con sus manos y tentáculos aferró al jovencito de alabastro.

Puso toda su fuerza y su deseo en aquel acto y logró llevarlo a la superficie de piedra. Entonces, desestabilizada y sin burbuja que la protegiera, la plataforma comenzó nuevamente a ser arrastrada hacia la lava candente.

El grito del ondrión fue tan terrible que despertó a los tres durmientes.

A pesar de su condición, Sarraillarotz corrió hacia Chaske para intentar ayudarlo, pero lo único que logró fue hundirse en el líquido caliente. Su cuerpo cuasi pétreo lo protegía de la lava, pero hasta la roca cede finalmente ante la sangre de las entrañas de un planeta.

Con sus dedos finos y ahusados enganchó la plataforma, para que ésta y sus aturridos ocupantes no se hundiesen; y comenzó a tirar hacia la orilla.

Tore comprendió su intención y arrojó lo que quedaba de las flores de Quimera, las cuales nadaron presurosas a empujar y alimentar el instinto de autoconservación de los componentes de la nave. Sin embargo, aquello no parecía ser suficiente.

El tanalahy saltó entonces al río de fuego, se colocó junto a los peces-flores, y empujó la plataforma hasta que ésta estuvo afianzada entre las piedras.

Los gritos desesperados de Chaske y sus manos cubiertas de pelos chamuscados sacaron de la lava lo que quedaba de Sarraillarotz. Y fue Simeón quién izó a bordo al goshe.

--¿Acaso crees que yo, que resisto la luz del centro galáctico --farfulló el descendiente de Nga Whetu a su salvador--, no podría soportar el calor de un poco de piedra fundida?

Pero era obvio que el tanalahy estaba muy malherido.

Igual que lo estaba Sarraillarotz.

--¿Por qué? --fue la única pregunta de Simeón.

Tore señaló con un dedo muy humano y ennegrecido la figura que se retorció de dolor bajo los inútiles cuidados de Chaske.

--Porque ése era su mayor deseo. Y él es el mío.

Simeón ponderó aquello y volvió a preguntar, con tono grave:

--¿Qué te trajo a salvar a quienes ya habías matado?

Tore Q'om se enderezó lo mejor que pudo sobre sus piernas semi-consumidas y respondió con orgullo:

--¡La voluntad de mi hijo!

Simeón volvió a mirar al agonizante Sarraillarotz y a Chaske hundido en lágrimas y caricias imposibles, y supo que el goshe estaba hablando del bastardo.

--¿Y cuál es esa voluntad?

El tanalahy comenzó a reírse. Su risa era profunda y atroz. Pero también oportuna. Había más sabiduría en esos estertores que en toda su infructuosa búsqueda; entonces Simeón lo supo: ¡el bastardo tenía la respuesta!

--Quimera, mi hijo, es sangre Nga Whetu pero más que nada es savia Irará. Es una mezcla que ni tú ni él --dijo señalando a Chaske con asco-- entenderán jamás. La pureza de lo variado --volvió a mirar a Chaske, hundido en su llanto, y dejó que sus propias lágrimas cayeran de sus ojos: él también extrañaría al hermoso ser que yacía exánime en los brazos del neanderthaloide--. Aunque tal vez él haya comprendido --agregó en un susurro--. Pero la fuerza de la búsqueda,

de tu búsqueda, anima al corazón de mi hijo tanto como al tuyo.

Volvió a mirar a Chaske en su momento de dolor y se dejó llevar por el suyo propio. Él también lloraba a Sarraillarotz, a su modo.

--Supongo que es la segunda vez que perdonas mi vida
--interrumpió Simeón--, ¿qué quieres?

Tore lo miró. Había un dejo de tristeza en la voz del Irará. Había algo de sus ademanes que le recordaban a su propio hijo. ¡Su hijo!

--Quiero un retoño de la burbuja --exigió inflexible.

Simeón asintió en silencio. Caminó unos pocos pasos y cortó un trozo de burbuja derruida y mustia. Luego de elevarla ante los ojos de su interlocutor, dijo:

--Puedes criarla de esta cepa, tal como lo hacemos nosotros.

Tore recogió el frágil tejido viviente y comenzó a caminar de forma lenta y costosa hasta la zona donde su nave lo esperaba para recogerlo. La piel se le caía a girones con cada movimiento.

--¿Mārama está contigo? --gritó Simeón.

El tanalahy giró y asintió.

Entonces Chaske dejó el cuerpo exánime de su hermano tan amado y corrió con el cuchillo desenvainado hacia Tore Q'om. El goshe lo esperó resignado; no tenía fuerzas ni vida suficiente como para hacerle frente a aquella mole de furia.

--¡Él nos salvó... Y a Sarraillarotz... Y tal vez a todos los Irará! --el grito de su padre detuvo en seco a Chaske. Simeón

continuó--. Su cuerpo no se regenerará como el nuestro. Por eso está muriendo, por eso nuestro muchacho no pudo reponerse de la lava. Recuerda que su sangre habita en él.

Tore dio un paso en dirección a Chaske y susurró:

--Quimera... Kóoklol... está con tu Mārama. Juntos cumplirán el destino que ni tú ni yo pudimos completar. Pero creo que lo que piensan hacer requerirá de tu ayuda y la de tu padre... Yo --agregó mirando su propio cuerpo semidestrozado--, no tengo mucho más que ofrecerle ya.

Chaske le entregó el cuchillo de obsidiana al goshe y dijo:

--Dáselo. Dile que nosotros iremos a donde nos llame.

Con el cuchillo en una mano y la cepa de burbuja en la otra, Tore Q'om dejó que la nave lo alzara hasta su interior y dio órdenes para que cultivaran la burbuja mientras regresaba a los templos perdidos.

Allá abajo, mientras los motores de arcoíris del "Itzal Zuria" teñían el cielo, Chaske y Simeón comenzaron los ritos funerarios de su hijo común.

* * *

Quando la nave, errática y atormentada, penetró la corona de Oov, Quimera supo que la misión que le había encomendado a su padre había sido cumplida; pero que el costo había resultado demasiado

alto.

Entró en la "Sombra Blanca" y halló a la lanza de oro enroscada alrededor de una burbuja multicolor recién formada, mientras el hacha de obsidiana deshacía lenta y ritualmente el cuerpo semicalcinado de su padre muerto.

Un cuchillo, propio de un místico, estaba entre lo que quedaba de sus manos; y Quimera lo tomó, seguro de saber de dónde provenía: las señales de la estrella habían sido claras incluso antes de que él naciera, y Chaske siempre las había sabido leer. Podría confiar en él para terminar su encomienda.

Acarició los remanentes de la cabeza de su padre, y con un beso suave depositó una gota de néctar en los labios del único ser que había conocido... aparte de aquel muchacho Irará que ahora lo esperaba en el interior de unos imposibles edificios de piedras negras.

La lanza Kerren, abrió la boca en una ofrenda final. Quimera dejó que el ente serpentino se tragara la frágil burbuja; su cuerpo la protegería del calor de Oov, así como alguna vez lo había protegido y transportado a él mismo, recién nacido, dentro de su cuerpo.

La alzó y acarició como al más fiel de los servidores de su padre.

Antes de salir, dio una última mirada a la locura de los instrumentos y los aparatos vivientes que lloraban, en su caos enajenado, a su amo muerto. Entonces dejó que la nave decidiera su destino por sí misma. Se lo merecía.

Mientras nadaba en las corrientes de la corona solar hacia Atolón, pudo ver cómo la "Itzal Zuria", blanco sobre blanco, se hundía más y más dentro de la estrella, camino de su núcleo, hacia las últimas consecuencias de ese sol. Era una carrera final. Una aceleración postrera que dejaba una estela de gases multicolores como despedida. Un sueño de tiempos entrecruzados que, por un breve instante, lograron alterar infinitesimalmente la colosal templanza de Oov.

* * *

Cuando llegó a los templos, lo hizo de modo que no hubiesen transcurrido más que unos pocos minutos desde su partida. Sabía que Mārama lo extrañaría, aunque no lo admitiese.

Apenas dio unos pasos cuando las escamas de Kerren salieron volando en el tórrido viento y se dispersaron en cenizas a su alrededor. Pero la lanza, fiel al goshe hasta el final, había cumplido su cometido: la burbuja estaba intacta.

Con un suspiro de dolor y de esperanza, Quimera entró a los aposentos donde lo esperaba el dulce Mārama. Al verlo, apretó aún más fuertemente la burbuja entre sus manos, y cruzando la estancia en tres grandes zancadas, la depositó sobre la cama. Entonces, mirando a su amigo dijo:

--No quise que esta vez me extrañases.

El durmiente

--¿Quién te ha enseñado todo esto? --la voz de Mārama resonaba una y otra vez, pura y cristalina, en el interior de la cámara mayor de los templos perdidos. Las oscuras paredes que repelían su voz eran frescas y vítreas, y reverberaban suavemente con cada palabra. El frío del lugar hacía olvidar que se hallaban en el interior de un sol, flotando dentro del plasma de una estrella.

Quimera lo miró por detrás de la burbuja que ya había alcanzado el tamaño de un ser humano adulto y cuya superficie, de una translucidez láctea, era casi transparente.

--La estrella, supongo --respondió alzando los brazos recamados de pequeñas láminas bronceas. Su sonrisa estaba perfilada por unos exquisitos dientes rojos, como dagas.

La única luz del lugar se filtraba por las propias paredes que, de modo contradictorio, seguían siendo opacas y negras a pesar de dejar pasar una ínfima fracción de la luz marfilina de Oov. La suficiente como para crear un clima íntimo y tranquilo.

--Aun no entiendo lo que me pides, amigo.

A Quimera le gustaba ese apelativo; "amigo" era más profundo que "hermano" y sonrió nuevamente al escucharlo de labios de Mārama, rebotando luego una y otra vez en un eco que recorría los eones.

--Te pido una transformación, un sacrificio. Ni tú ni yo hemos

vivido mucho y, sin embargo, hemos vivido todo el tiempo posible dentro de estos templos. Y creo que ya intuyes, como yo, que la búsqueda de nuestra raza humana es risible... Ya somos humanos. No hay ninguna pureza, ni cosa por el estilo --Quimera se extendió sobre el largo banco de piedra y continuó hablando reclinado sobre él--. No quiero llegar a la forma humana original para probar que existe una forma limpia y pura de ser, sino para demostrar que toda forma es valiosa --un entusiasmo casi divino se apoderó de él. Se sentó de pronto y comenzó a hablar con grandes gesticulaciones y una voz tan fuerte que hacía vibrar las paredes negras y la propia luz que entraba por ellas--. Si puedo darles a los hombres la patencia de que en cada uno de nosotros se esconde el ser humano original, sin importar nuestra cultura, nuestra forma de reproducción, nuestra elección de vida, nuestro modo de pensar, nuestra forma gráfica; entonces habré tenido éxito. ¡La estrella lo sabe!

Mārama se sintió contagiado por esa fuerza casi profética que emanaba de su amigo y hermano. No obstante, no podía creer en aquello como en una revelación religiosa sino como en un hecho lógico. Y así se lo expresó a Kóoklol.

El hombre-dragón respondió con un tono más apaciguado y casi condescendiente:

--Tal vez sea como tú dices. Tal vez el púlsar haya estado programado por nuestros antepasados, cuya tecnología era tan vasta que podían adaptar a las estrellas mismas para dar su mensaje...

Después de todo construyeron una fortaleza dentro de un sol --dijo abarcando la estancia donde se hallaban--. Y si fuera así, ¿eso representaría alguna diferencia para ti?

El muchacho de cuero rojo y ojos planos sonrió con su boca casi tan grande como su rostro, mientras negaba con la cabeza.

--Entonces --prosiguió Quimera--, sea su origen divino o sea humano... en definitiva: siendo un misterio, ¿no vale la pena que lo revelemos? ¿No vale la pena demostrar que sólo se es humano siendo distinto y no igual, siendo lo que cada uno es y elige ser? Y más aún, ¿no sería maravilloso mostrar a esa humanidad que aún busca una inútil pureza, una cepa original, un ser privilegiado, que el único modo de ser seres humanos es en comunidad y no separándonos?

Mārama se inclinó hacia adelante en su propio banco de piedra y escuchó atento. Ahora era el momento cuando sabría qué cosa en concreto le pediría su amigo.

Quimera bajó los ojos y esperó unos segundos. Parecía que el bravo profeta estaba juntando coraje.

--No es con menos, sino con más que obtendremos a ese hombre original... Y no es algo que haya que crear; porque, de hecho, ya existe... Así es la economía de la naturaleza; encierra sus tesoros unos dentro de otros: yo la llave, tú el cofre --hubo una risa queda, lastimosa--. Una economía extraña la de la transformación. ¿Recuerdas cuando te conocí? ¿Recuerdas los aromas que descubrí en ti y que ahora se han acrecentado en una fruta madura? --ambos rieron

porque, mientras hablaban, los dos estaban comiendo de la fruta que el hombre-dragón y él compartían, el producto de su ser: un ser que se daba el alimento a sí mismo. "Como una serpiente que se muerde la cola", pensaron ambos al unísono... sin saber que lo estaban haciendo-- ¡Claro que lo recuerdas! Bueno, ni el cuero, ni el ámbar gris, ni las rosas o las violetas existen ya, pero su esencia está en ti, dormida, como un gen recesivo esperando despertar. Del mismo modo el hombre original está en todos y cada uno de nosotros, repartido en nuestras diferencias: una de sus características en esta sociedad; otra, en aquel modo de vivir la sexualidad; otra más en ese lenguaje en especial. ¿Comprendes?

El silencio se instaló entre ambos. La burbuja seguía aclarándose muy despacio sin llegar a ser del todo transparente.

Quimera volvió a hablar:

--Sí, esa es la economía de la estrella, supongo... Oov no es más que un huevo, así como Luminosa o cualquier otra estrella que brille con fuerza. Algún día eclosionarán en una gran explosión, y su devastación creará nueva materia en un milagro substancial... o en un proceso químico maravilloso... Esa materia dará vida, pero para ello debe cumplirse la economía de la naturaleza: para que algo exista, otra cosa debe ceder su lugar. No morir, sino transformarse. O, en el idioma místico, sacrificarse. Transmutarse.

Mārama intervino:

--Pero yo sé que lo nuevo ya no es del todo lo anterior. Mi propia

familia me lo enseñó. Yo soy Irará. El primer Irará. Pero no lo soy. Todo lo que él fue vive en mí, pero yo soy más que él. Yo soy yo...

--...Y así hablará de sí mismo nuestro descendiente --completó Quimera.

La burbuja desdibujaba a su interlocutor, pero Mārama podía ver el dolor en sus facciones. Con un susurro, decidió aliviar la carga de su amigo, diciendo por él lo que aquél no se atrevía a mencionar.

--Ni tú, ni yo, sino alguien nuevo... o tal vez alguien muy antiguo... pero alguien que será en parte tú y en parte yo, y que al mismo tiempo nos trascenderá. ¿Eso es lo que me pides?

Quimera miró a su hermanito, que obviamente ya no lo era. Ahora Mārama parecía tan antiguo como él. Aquellas palabras eran las de alguien que había crecido más allá de los juegos de tiempo de los templos perdidos. Podía decirse que apenas si habían estado juntos unos pocos días, o que habían vivido en común una existencia que se contaba en siglos, porque las dos cosas eran ciertas.

Fue Mārama quien se levantó de su asiento, caminó alrededor de la esfera de la burbuja latiente, y se sentó junto a Quimera.

--Ahora, amigo, es tiempo de que me cuentes cómo será este proceso. Porque soy un Irará que busca esta respuesta genética desde el inicio de mi linaje. Y porque la estrella te ha elegido para que cumplas sus designios. ¡Vamos, habla! ¡Ya es hora!

* * *

Mientras su mano acariciaba la burbuja, lo único que Mārama lamentaba era no poder ver a Chaske y a Simeón por última vez. Sabía que, en quien fuera que se convirtiesen, lo haría; pero le hubiera gustado verlos con sus propios ojos.

No, aquello no era cierto. Había algo más que lamentaba profundamente: no poder pasar más tiempo con Quimera.

Pronto serían uno y se suponía que ésa era la aspiración suprema del amor... Pero Mārama prefería el diálogo, el dos, el tres, la comunidad de afectos; la compañía de la palabra hablada y el desafío del "otro".

Hacia varios... minutos o siglos (lo que fuera que transcurriese dentro de esos nudos temporales que encerraban las piedras negras de Atolón y que los mantenían a salvo de la incineradora estrella) que Kóoklol estaba meditando, mientras él se preparaba mental y físicamente para lo que estaba por suceder.

Cuando Quimera abrió los ojos y lo miró interrogativamente, Mārama asintió. No valía la pena atrasar más aquello.

Cuatro manos, veinte dedos, se aferraron de pronto a la burbuja. El ser, cuya vida básica habían desarrollado pacientemente en estos últimos días, respondió al roce de Mārama como ante algo familiar. Era una burbuja hija de la de la plataforma de los Irará, y reconocía a un miembro de la familia cuando estaba frente a él.

Algo de los genes de Simeón formaba parte de su estructura, así

como de la de Mārama, y la burbuja obedeció sus órdenes.

La estrella misma era el ondrión con el que Quimera se comunicaba con la burbuja. Oov y el hombre-dragón se habían unificado en una sola mente... divina o transmecánica, eso era intrascendente ahora... Así, las órdenes de Kóoklol eran retransmitidas a la burbuja desde todo sitio posible, como un oleaje envolvente en cuyo seno flotaba la esfera viviente como un contenedor contenido. Era una orden sencilla porque la burbuja no era más que vida en su aspecto más básico.

La voz de la estrella era inapelable. Y la voz sólo decía una cosa: "así adentro como afuera".

Poco a poco, la lechosa translucidez de la burbuja comenzó a volverse un adentro-afuera. Una esfera de Moebius que sólo era posible en un sitio donde el tiempo mismo era un serpentario de nudos.

Cuando interior y exterior se identificaron, Quimera dio un último abrazo a Mārama.

--Supongo que todo ha sido dicho --murmuró con voz entrecortada en su oído--, pero quiero decir una última cosa que dé sentido a mi existencia: me alegro del destino que me llevó hasta este momento, hasta ti, hermanito... amigo mío.

Ambos apoyaron las frentes una contra la otra. Mārama hubiese deseado decir algo, pero sólo pudo asentir con un nudo en la garganta. "Un momento trascendente no puede tener palabras", le había dicho Chaske alguna vez, y ahora lo entendía.

Entonces, con una sonrisa, Quimera se introdujo en la esfera.

La esfera reconoció en él la lejana firma Irará y la todopoderosa voz de la estrella, y se ajustó a él. De a poco el hombre-dragón iba cayendo en un sopor. Sus escamas doradas se veían opacas bajo el velo blancuzco de aquella placenta-burbuja.

Ahora era tiempo de convertir esa placenta en una crisálida.

Solo, temeroso, sin la valentía con que su amigo había enfrentado su misión; Mārama se quedó contemplando la figura que lentamente se dormía dentro del cofre viviente.

Dudaba.

En el último momento una mano, la mano de Quimera, se apoyó contra la membranosa superficie de la esfera. Mārama hizo lo propio y musitó: "no te fallaré, no le fallaré a mi humanidad". La sonrisa de Kóoklol quedó de pronto congelada en un sueño sin sueños.

Sin perder tiempo y antes de que la burbuja comenzase a digerir a su amigo, Mārama cumplió con su parte de la misión.

De pronto, la cremallera de sus casi inexistentes labios se descorrió al máximo, desencajando ambas mandíbulas y hendiendo su cabeza como una horripilante granada madura, a medida que abría su descomunal boca.

Y, poco a poco, esa boca comenzó a engullir a la burbuja y a Quimera dentro de ella.

Como un guante, el cuero rojizo de la piel de Mārama se adaptó a su inmenso bocado. Y Mārama lloraba de pena y de dolor y de alegría,

porque sabía que ya no había vuelta atrás.

Luego de un tiempo incontable, concluyó su dolorosa operación.

Todos sus órganos estaban comprimidos, desplazados o aplastados por el enorme cuerpo que se había tragado, e incluso algunos ya habían comenzado a desaparecer en la propia burbuja con la que inexorablemente el Irará se estaba fusionando. Sólo su consciencia parecía permanecer alerta, mientras su cuerpo era digerido y adaptado en una crisálida viviente. Una crisálida inteligente y consciente. Demasiado consciente.

Los cuatro ojos de Mārama lucían asustados, hasta que de pronto comenzaron a adquirir la actitud de quien por fin comprende lo que apenas unos instantes atrás le estaba velado. Y es que la burbuja que los consumía y los transmutaba, también comunicaba sus mentes: la de Mārama, la de Kóoklol, la de la estrella.

Entonces la última orden escondida en el inconsciente de Quimera se disparó automáticamente desde su cerebro, empapó la atmósfera de hidrógeno y helio de la estrella, y volvió hacia la burbuja como un deseo irrefrenable.

Y la burbuja contrajo sobre sí todo el tiempo errático y laberíntico de Atolón, para desplegarlo en un salto colosal.

* * *

Cuando la nave aterrizó, la plataforma (que aún estaba

maltrecha) se apresuró a ingerir cuanta cantidad de plancton flotante pudo encontrar en esa sopa neblinosa en la que habían caído.

Simeón no se animó a sacarla de allí, pues la nave estaba en verdad débil y apenas si podía moverse; así que él y Chaske comenzaron a ascender la ladera de la montaña a pie.

El planeta era como un mar flotante, un spray continuo de fluidos difusos que formaban una densa niebla perenne, cuajada de vida, que lo cubría absolutamente todo.

Dentro de esa niebla flotaban animales de todo tipo. Y desde el fondo del abismo que parecía constituir su superficie, se extendían extrañas plantas etéreas y aterradoras que extendían sus brazos hacia las alturas, allí donde la luz de los pequeños soles infundía energía y vida al ecosistema.

--Tal vez ni siquiera fuesen plantas --sugirió en algún momento Chaske. Tal vez fuesen los anzuelos de enormes leviatanes de la calígene. O incluso las extrusiones de los edificios o los cultivos de toda una sociedad humana que vivía allá abajo, en el seno de las presiones insoportables del fondo de la bruma.

Sin embargo, aquí y allá, algunos picos montañosos cubiertos de escarcha y nieve se asomaban por encima de la niebla.

Hacia uno de esos picos ascendían los Irará, por entre la fauna extrañísima de ese mundo de saturación húmeda.

Dagda, el ondrión de Chaske, y la máscara de Simeón les servían para poder respirar en aquella humedad extrema. Paso tras paso,

luchando contra el peso de la neblina, se fueron abriendo terreno hacia la cima y, a medida que lo hacían, no sólo la liviandad del ambiente aumentaba, sino que lo hacía la luz de los dos soles.

Cuando la burbuja donde estaban Mārama y Kóoklol se desplazó por el tiempo con la fuerza de toda una estrella hipergigante, la oleada de percepción llegó hasta el neanderthaloide como una imagen nítida del sitio donde la profecía se cumpliría al fin. Xipe, el despellejado, la primavera de la nueva vida, el maíz que fructifica...

Las dos estrellas eran amarillas y pálidas. Débiles ecos del Sol de la mítica Tierra. Pero su luz danzaba feliz en la superficie, rescatando pequeños diamantes de hielo por entre la bruma condensada en nieve.

Aquel mundo despellejado de agua era Xipe. Aquellos soles, su maíz. La nieve retrocediendo: el alba de la primavera del ser humano.

Chaske los vio primero y lanzó un grito de horror y sorpresa.

Simeón corrió como pudo por entre la densa capa de nieve blanquísima y se desplomó junto a la figura que yacía, lustrosa como un cristal, entre tanta blancura.

Los inconfundibles cuatro ojos de Mārama los miraban con serena tranquilidad. El resto de su cuerpo tenía la apariencia de una burbuja lechosa, pero era duro como una crisálida.

Mientras sus ojos los seguían, no había boca u oído que contestaran o escuchasen a sus padres sollozantes. Pero esos ojos

en paz parecían querer transmitirle una sensación de propósito que ellos aún no comprendían.

Los cuatro brazos estaban entrelazados sobre el pecho. Sus dedos, una maraña prolijamente entretejida bajo lo que alguna vez había sido el mentón.

Y sobre su cabeza, pero dentro de ella, como una protuberancia hinchada, había otra cabeza: la de un ser pálido que dormía. Las pocas escamas que aún lo recubrían estaban fusionándose entre sí en algo suave. Sus dos ojos permanecían cerrados y lo que hubiera sido (o llegaría a ser) su boca, estaba fusionada con un hoyo en la frente de Mārama.

Los dos hombres comprendieron enseguida que dentro del cuerpo de su bello niño se estaba produciendo una metamorfosis; pero que el metamorfoseado no era Mārama, sino que Mārama era el receptáculo que lo posibilitaba.

La crisálida inteligente.

Oov encarnado.

El huevo consciente.

Chaske volvió a llorar tal como lo hiciera sobre Sarraillarotz. Otra pérdida. Otro hermano. Otro hijo. Y probablemente quien estuviese dentro fuese Kóoklol, a quien estaba perdiendo antes de conocer; una persona tan cercana a él que había podido hablarle con la claridad de una estrella a su mente, como un profeta a un místico, para decirle dónde debían encontrarlos.

Simeón leyó poco a poco, gracias a su pericia, el código que se tejía dentro y fuera de esa larva simbiótica, y comprendió.

--¿Sabes lo que éstos niños están haciendo? --le dijo a Chaske, mientras apoyaba una mano encima de su hombro.

--Muriendo --murmuró el gigante con rabia--; muriendo por nuestro sueño egoísta.

--No --replicó Simeón--, no mueren para probar nuestro sueño; renacen para probar que estábamos equivocados.

Chaske alzó la cabeza y miró a su padre con intriga.

--Ellos son el ser humano, hijo mío. Tal como siempre lo hemos sido todos nosotros --completó Simeón.

El inmenso ser cubierto de plumón gris se puso de pie:

--¿Qué quieres decir?

El padre acuclilló sus cuatro piernas junto al ser doble que yacía en la nieve. Los cuatro ojos lo seguían con curiosidad. Eran y no eran los de Mārama.

--Quiero decir --respondió mientras acariciaba la enorme cabeza del cuerpo translúcido: una dentro de la otra--, que ellos no van a transformarse en nada que no hayan sido siempre.

Se agachó hasta apoyar su boca sobre el hoyo respiratorio que unía a ambos seres (la frente del contenedor y la boca del contenido) y susurró: "Perdón".

Chaske cayó de rodillas al otro lado de la crisálida. Jamás hubiera imaginado a su padre pidiendo perdón.

--Perdónenme --repitió Simeón y, alzando la cabeza y abrazando a su hijo por sobre el cuerpo del ser simbiótico, volvió a insistir; ahora dirigiéndose a Chaske-- ¡Perdóname! Tú has perdido a tus vástagos para que yo entienda qué significa vivir.

Chaske apretó el cuerpo de su padre con furia, casi como si fuera a moler cada uno de sus huesos. Entonces aflojó lentamente su presa hasta terminar en un suave abrazo:

--Si alguien debe perdonarnos, padre, somos nosotros... a nosotros mismos.

* * *

Una noche, los ojos brillantes y vivaces de la crisálida parecieron sonreír de pronto.

Habían pasado 14 meses ABA y la cubierta opaca apenas si dejaba entrever al ser en el que se había transformado lo que alguna vez fuera Kóoklol: alguien con una piel de tonos tan familiares e indefinidos como el polvo.

La sonrisa de esos ojos se tornó en un brillo opaco, luego las lágrimas comenzaron a brotar de ellos como si una fuente se rompiese detrás de sus cuencas.

Finalmente, las pupilas se contrajeron y los párpados se cerraron por primera vez en 280 días.

Entonces se oyó un crujido como de papel viejo desgarrándose.

La crisálida inteligente había desaparecido y, con ella, el último vestigio del antiguo Mārama. Hacía tiempo que Kóoklol ya no era Kóoklol, y ahora esto...

Chaske y Simeón rodearon al ser. Desde hacía unos meses, la crisálida reposaba sobre la mesa de la plataforma. La nave se había trasladado, y ahora sus patas se apoyaban en el campo de bruma, mientras su burbuja atmosférica se elevaba por sobre ésta, bajo la luz de las estrellas y los soles.

Mārama y Kóoklol ya no estaban. O tal vez sí.

Un par de extrañas manos, parecidas a las del goshe, salieron primero. Cinco dedos en cada una.

Los brazos, articulados como los del neanderthaloide, eran sin embargo más finos y torneados.

La nueva criatura, nacida adulta, se reveló lampiña y con dos piernas terminadas en pies. Un pelo suave cubría la cima de su cráneo, cuyo rostro poseía dos ojos, una boca mesurada y de labios carnosos y una nariz prominente, pero no demasiado.

Era frágil; sin garras, ni colmillos y con una piel que no era cuero, ni escamas, ni ninguna otra coraza.

Aspiró el aire cono desesperación y lanzó un grito agónico. Luego se quedó exhausto.

Aquello era un humano original... Tal vez muy original.

--¿Ésta es la raíz de la que todos provenimos? --susurró Chaske.

--Esto es lo que todos somos en última instancia --respondió

Simeón.

En silencio, levantaron a la frágil criatura, casi tan alta como ellos, y le limpiaron los fluidos que aún la envolvían.

Entonces esperaron hasta que estuvo despierta.

Los ojos, marrones, tenían un brillo vítreo y tan frágil como el resto de su ser. Los cabellos sedosos descendían sobre un rostro ambiguo, hermoso en su extrañeza, imposible de decidir si era neutro, femenino o masculino.

--Hambre --dijo Chaske de pronto--, el hambre es lo primero. Hay que proporcionarle comida, padre.

Simeón se levantó y salió corriendo hacia una de las esquinas de la plataforma, donde comenzó a afanarse sobre unos extraños instrumentos.

La criatura miraba todo y parecía intentar comprenderlo. Había luz de razón en su mirada y curiosidad en su actitud. Sólo le faltaba un lenguaje que lo abriese al mundo.

--Yo soy Chaske --dijo el neanderthaloide señalándose, y de pronto se sintió sorprendido de haber aceptado al fin ese apelativo como nombre--. Él es Simeón --señaló hacia donde el cuadrúpedo de cuello alargado trabajaba--. Somos... bueno, no lo sé: en cierta forma tus padres, y en cierta forma tus hijos...

El ser humano lo miraba. Se esforzaba por entender. Chaske volvió a lo básico: nombrar. Después de todo: "lo que tiene nombre, existe".

Tras varios intentos, eso que era humano comenzó a repetir los nombres: un restallido sonoro para "Chaske", una resonancia casi musical para "Simeón".

Entonces el ser humano se señaló a sí mismo y esperó.

--¡Dale un nombre! --gritó Simeón desde su rincón de trabajo--
¡Lo necesita!

Un frío recorrió el espinazo del místico. ¿Un nombre? ¿Al primer ser humano? ¿Y sin poder definir si era él o ella o lo?

Un nombre.

Pensó en La Lengua, pensó en los muchos nombres maravillosos que había allí: Misun, pequeño hermano; Koda, amigo; Rangi, el cielo, el aire, una melodía...

Y entonces eligió uno que no tenía nada que ver con La lengua, sino que había escuchado en R'li, y lo dijo en voz alta, señalando al ser humano:

--Zoé.

Una sonrisa tímida asomó en los labios del denominado, y repitió:

--Zoo-e. Zo-e. Zoe. Zoé.

--Sí --insistió Chaske--, "Zoé".

Con un ruido a vajillas apareció Simeón.

--¿Zoé? --preguntó extrañado-- ¿Qué clase de palabra de La Lengua es esa? ¿Acaso un término secreto de los místicos?

Chaske respondió de buena gana, casi riendo, cuando vio aparecer

a su padre confundido y con la vitualla que había elegido para alimentar al humano por primera vez.

--No pertenece a La Lengua --respondió--, es de R'li, y significa "vida" en un lenguaje tan arcaico que apenas si conservamos unos pocos términos de él.

--Vida --saboreó Simeón--. Sí, Vida es un excelente nombre. Como siempre, hijo mío, tu talento sale a flote frente a lo más difícil --luego giró su cabeza hacia el ser humano y le tendió la vajilla--. Zoé, esto es para ti, bébelo; no hallarás néctar más perfecto en todo el universo. Se llama: té de vainilla.

La risa baja de Chaske resonó en una vibración palpable mientras Zoé tomaba la taza cálida entre sus manos, la olía, y esbozaba la más hermosa y extraña sonrisa que el universo hubiese visto en millones de años.

Agradecimientos

La dedicatoria dice a quienes agradezco en primer lugar.

La verdad es que fue mi marido, el escritor **Guillermo Echeverría**, quien siempre confió en esta obra y me alentó a terminarla.

Luego, es imposible que esta historia se completara sin la inspiración del genial artista **Alejandro Di Marco**, cuya obra Sleeper, posibilitó el cierre de la narración.

En la misma línea **Elías Combarro** me dio la confianza suficiente para "soñar activamente" con la posibilidad de hacerle justicia a semejante obra de arte con mi prosa.

Es por completo imprescindible que le de las gracias a **José Antonio Cordobés Montes**, una persona valiosísima y mi primer editor de novelas, quien se aventuró en esta publicación, y cuya amistad e inestimable ayuda hizo posible que esta obra llegara a ustedes, queridos lectores.

Sería imposible que esta novela viese la luz sin mis amigos, pero imparciales lectores, quienes me ayudaron a pulir los borradores: el licenciado y autor **Federico Caivano** en primerísimo lugar, y también a los maravillosos escritores **Roxana Lozano**, **Facundo Córdoba**, **Rolando Condis** y **Marcelo (Lex) Cardo**.

Y a todos los que me han apoyado de cerca y a la distancia en

esta tarea, y más que nada en la posibilidad de "ser distinta". Sobre todo a los luchadores por los derechos queer. Y a los acérrimos defensores de la profunda riqueza filosófica de la ciencia ficción y sus más altos valores. A seguir batallando sin descanso.

Así que a **Philip José Farmer, Ursula K. Le Guin, Ian Watson, Ted Sturgeon, Philip K, Dick, Frank Herbert, Octavia Butler, H. G. Wells, Samuel R. Delany, China Miéville** y tantos otros creadores de "bichos raros": muchas gracias, maestros.